

ANTONIO DELLEPIANE

DOS PATRICIAS ILUSTRES

Una patricia de antaño : Ma-
ría Sánchez de Mendeville. —
La compañera de un estadista :
Carmen Nóbrega de Avellaneda.

BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA «CONI»

684 — CALLE PERÚ — 684

1923

Lily Sosa de Newton
1966



DOS PATRICIAS ILUSTRES

DE LA PRESENTE OBRA
SE HA IMPRESO VEINTICINCO EJEMPLARES EN PAPEL DE HOLANDA
NUMERADOS DEL UNO AL VEINTICINCO

ANTONIO DELLEPIANE

DOS PATRICIAS ILUSTRES

Una patricia de antaño : Ma-
ria Sánchez de Mendeville. —
La compañera de un estadista :
Carmen Nóbrega de Avellaneda.



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA «CONI»

684 — CALLE PERÚ — 684

1923

DOS PATRICIAS ILUSTRES

PROEMIO

Accediendo a solicitudes amistosas, que, por sinceras y repetidas, fuera descortesía no atender, reuno en el presente volumen mis conferencias pronunciadas en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres con los títulos : Una patricia de antaño, y La compañera de un estadista. El hecho, a todas luces significativo, de haber sido publicadas en folletín por órganos de la prensa argentina tan calificados como La Nación, La Razón y El Diario autoriza a suponerles algún interés y a pensar que el autor, al escribirlas, ha tenido la suerte de acertar en su empeño de evitar la erudita pesadez, ajustándose así a los cánones del género literario, hoy tan en boga, de la confe-

rencia, « esa forma familiar de la enseñanza superior y libre », como lo definió certeramente Paul Deschanel en su discurso de incorporación a la Academia francesa.

La aproximación, en un mismo libro, de los medallones de ambas patricias, permitirá destacar, por contraste, los caracteres que las diferencian, y, lo que vale sin duda más, servirá quizá para discernir los rasgos esenciales de la « gran dama argentina », admirable tipo de mujer superior, en el cual se adunan, en hermosa síntesis eugénica, la gracia y ternura de los pueblos meridionales de Europa con la independencia de criterio y firmeza de carácter de las razas nórdicas. Tanto la señora de Mendeville, como la de Avellaneda, constituyen, a ese respecto, dos figuras arquetípicas de importancia y valor excepcional.

Nacida para brillar en el gran mundo ; viva y espiritual ; enamorada de las bellas letras tanto como del fausto y las elegancias de salón ; moveliza y combativa, la señora de Mendeville

emuló, en nuestro medio, con las grandes damas francesas de los dos últimos siglos, elegantemente pinceladas por Cousin, Sainte-Beuve, Deschanel y otros maestros en el delicioso portrait de femme, tan generalizado y gustado en Francia como raro o desconocido en las demás literaturas, incluso la hispánica y la argentina. Sociable, aunque no mundana; hallando su mayor placer en el íntimo comercio de unos pocos elegidos, antes que en las recepciones brillantes y grandiosas; modesta y recogida; amiga de volverse pequeña y enemiga de hacer sentir su acción sobre nadie y menos aún sobre el estadista que llegó a tener en sus manos los destinos del país, la señora de Avellaneda evoca sin esfuerzo el clásico modelo de la matrona romana, cuya dulce y austera fisonomía háse perpetuado, quizá con menor alteración, en las riberas del Tíber y del Tajo, del Manzanares y del Plata, que en las orillas del Sena.

Pero, si nuestras dos damas difieren entre sí por algunos rasgos morales, hay, en cambio,

uno, en que coinciden enteramente: su vocación y abnegación patrióticas. Los azares de la vida lleváronlas a ponerse en contacto con los hombres públicos y los escritores más notables de su tiempo; obligándolas asimismo a intervenir en hechos históricos de real trascendencia. Misia Mariquita conoció y trató a San Martín y Alvear, a Rivadavia y Guido, a Lavalle y Rosas; doña Carmen cultivó la amistad de Sarmiento y Vélez Sársfield, de Alsina y Roca, de Rawson y Pellegrini. La primera, respiró el ambiente literario y aspiró el incienso laudatorio de Echeverría, Alberdi, Florencio Varela y Juan María Gutiérrez, cuyas obras estimuló con su aplauso; la segunda, fué amiga alentadora de Guido Spano, Andrade, Wilde y Juana Manuela Gorriti. ¿Qué mucho, si por haberse visto forzadas a compartir el peso de graves asuntos públicos y por haber tenido que apurar, en más de una ocasión, el cáliz de amargos sinsabores, se aplique a ambas, al asociarlas en el título de un libro, el calificativo de « ilustres »,

que su importante actuación justifica tan plenamente?

No faltará tal vez quien tilde de frívolo o de inútil este género de trabajos. Muy distinta es la opinión que, al respecto, he llegado a formarme después de haber inquirido desde la cátedra universitaria, durante más de dos décadas, la más exacta comprensión posible de los hechos sociales e históricos. Una de las convicciones por mí adquiridas en esos estudios, ha sido, precisamente, la de que los historiadores hablan de los hombres quizá demasiado y de las mujeres menos de lo que debieran. La mujer ejerce en la historia un influjo innegable, por acción de presencia y muchas veces de ausencia. En la vida social, todo se encadena y todo concurre. Tal madre explica tal hijo; tal esposa hace comprender los acontecimientos que tuvieron por inspirador o por agente al marido; tal gobernante habría conducido su vida y los asuntos públicos de muy distinta manera, a haber tenido a su lado la compañera de que careció. La

acción histórica de la mujer, no por ser latente o larvada, es menos importante y a veces decisiva ; y la historiografía se vuelve más humana y científica cuando, al penetrar en lo íntimo y profundo de los hechos, consigue descubrir los hilos sutiles y apenas perceptibles con que se teje a menudo la trama de los sucesos por la suave mano de alguna mujer.

Lo dicho demuestra que si estas semblanzas revisten por veces el tono del panegírico, no es en razón de haberse propuesto deliberadamente el autor ensalzar sin motivo. Las damas por él retratadas fueron, en realidad, mujeres de excepción, que estuvieron más bien por arriba que por debajo del nivel de los elogios que aquí se les consagra. Grande ha sido, pues, la satisfacción experimentada al mostrarlas en plena luz y rendirles el justo homenaje a que son acreedoras. Pocas labores más gratas y a la par interesantes que las inherentes a esta clase de trabajos, mediante los cuales nos es dado convivir, en cierto modo, con espíritus selectos, ex-

plorar los recónditos misterios del alma femenina, descubrir el resorte impulsor de los actos de la mujer, escuchar los latidos de su noble corazón rebotante de afectos e impulsos exquisitos. Para trazar estas monografías de nuestra historia moral y social ha sido menester insinuar-se en el interior de los hogares; exhumar, del fondo de los cajones de antiguos escritorios, viejos papeles de familia; descifrar cartas privadas y esquelas íntimas; compulsar archivos públicos; prestar oído también alguna vez, con la reserva necesaria, a la voz de la tradición. Sea mi última palabra de reconocimiento para todas las personas que han facilitado mi tarea, y, muy especialmente, para mi ex discípulo y distinguido amigo, el doctor Carlos Lezica, poseedor de los papeles de su ilustre antecesora, la señora de Mendeville; y para los señores Pedro I. Caraffa y Juan Carlos Belaunde, dignísimos funcionarios del Museo Histórico Nacional.

A. D.

UNA PATRICIA DE ANTAÑO

MARÍA SÁNCHEZ DE MENDEVILLE

UNA PATRICIA DE ANTAÑO

MARÍA SÁNCHEZ DE MENDEVILLE

Señoras :

La gran dama argentina de quien voy a hablaros esta tarde, y de cuya figura y acción social procuraré haceros un esbozo, es, fuera de duda, una de esas personas de quienes podría decirse que gozan de popularidad histórica. ¿Quién no ha oído hablar o relatar anécdotas de Misia Mariquita, como se la llama afectuosa y familiarmente, usando el gracioso argentinismo sincopado? ¿Quién no ha leído algunas de las páginas que historiadores, tradicionistas y viajeros dedican en sus obras a

describir el salón de María Sánchez de Thompson — después, señora de Mendeville — con sus muros tapizados de damasco de seda de color oro ; su regia araña de plata, pendiente del techo, todo cubierto de espejos encuadrados en rico artesonado ; su mobiliario de estilo, completado por un arpa y un clavicordio, en cuyas frágiles cuerdas, de cristalinos sonos, vibraron por vez primera, según tradición conocida, los graves y solemnes acordes del himno patrio ; y, por último — detalle inevitable, que no perdonan los embadurnadores de cuadros históricos, — la vastedad de las dimensiones del recinto, en cuyo ámbito espacioso podían entregarse, sin tropiezo, al solaz de la danza hasta sesenta parejas a la vez ? Por interesantes que sean estas pinturas, no es mi ánimo, con todo, repetir las. Otro, y tal vez más útil, es el intento que persigo. Propóngome no menos que valorar el renombre de la prestigiosa señora. ¿ Poseyó, en verdad, cualidades de excepción, de esas que desta-

can a una persona por sobre el nivel común y la ofrecen, como arquetipo, a las pósteras generaciones? ¿Realizó alguno o algunos de esos actos que, por su influjo social, aseguran a su autor perpetua recordación en la memoria de las gentes? Tal es el asunto de este trabajo, preparado, con amor, en obsequio de la noble institución cultural que ha tenido la gentileza de brindarme esta simpática tribuna y con el cual aspiro — toleradme la ambición — a inaugurar en nuestro país un género de estudios hasta ahora, entre nosotros, descuidado, iniciando, con este primer boceto, la galería de las mujeres célebres argentinas.

I

María de Todos los Santos Sánchez de Velazco y Trillo nació en esta ciudad el 1° de

noviembre de 1786 (1), quince años después de efectuado el casamiento de sus padres, que lo fueron : don Cecilio Sánchez de Velazco, oriundo de Granada, y doña Magdalena Trillo, natural de Buenos Aires (2). Al contraer su enlace con Sánchez de Velazco, ostentaba ya doña Magdalena las tocas de viudez de un primer esposo : don Manuel del Arco, segundón de noble casa, hermano del marqués del Arco Hermoso. De no menos alto abolengo gloriábase, por su parte, don Cecilio, y tal condición linajuda, sumada a ciertas calidades de juicio e ilustración reconocidas por su consorte, formáronle, al parecer, un capital moral, suficiente para compensar, a falta de bienes pecuniarios, la cuantiosa fortuna que aportó al matrimonio doña Magdalena.

En la atmósfera tibia y regalada, apacible

(1) Archivo parroquial de la Merced, libro XVI de bautismos, folio 117.

(2) Casados el 22 de marzo de 1771, archivo parroquial de la Merced, libro V de matrimonios, folio 301.

y pesadamente religiosa de este hogar colonial, pudiente y de humos y gustos aristocráticos, corrieron los días de infancia y adolescencia de la vivaz y despierta Mariquita; la que, a fuer de hija única habida en edad prosecta, formó su espíritu y templó su carácter al mimoso arrullo de sus progenitores, quienes, a usanza de esos tiempos en que no existían ni escuelas ni maestros para niñas, inculcáronle, por sí mismos, las nociones primarias del saber. Más feliz en esto que muchas de sus coetáneas, de no inferior posición social, para las cuales las letras del alfabeto y los signos caligráficos eran algo tan misterioso como los geroglíficos egipcios no descifrados todavía (1), aprendió Mariquita, en

(1) « Entre nosotros no están todavía olvidados, por muy antiguos, los tiempos en que damas muy principales no sabían leer. » (SARMIENTO, *Obras*, tomo 44, página 9.) « Trasportándonos no más que a principios de este siglo (el XIX), aun en las familias poderosas (pudientes) prevalecía la costumbre de no enseñar a escribir a las mujeres, y señoras viven aún a quienes sus padres negaron el beneficio de saber leer siquiera. » (SARMIENTO, *Obras*, tomo

el hogar doméstico, a leer y a escribir con una hermosa letra, cuyos rasgos, nítidos y firmes, reproducen la escritura de su padre. Cuando más tarde, pues, dícele a su amiga Candelaria Somellera, aludiendo a las mujeres de su generación :

Nosotras sólo sabíamos
Ir a oír misa y rezar
Componer nuestros vestidos
Y zurcir y remendar,

este « nosotras » sólo tiene un valor relativo, y no se aplica, por cierto, a la autora de la epístola. Todo hace, además, suponer que don Cecilio, sea por estímulo de sus propios deseos, sea por el aguijón de los de su hija, se dió tiempo, entre el desempeño de sus cargos capitulares de alcalde de primer voto, regidor,

11, página 122.) Basta ver — en el acta de fundación de la Sociedad de Beneficencia (1823), que lleva al pie las firmas de las socias presentes — la defectuosa caligrafía de algunas de las señoras firmantes, para comprender cuán exacta es la afirmación de Sarmiento.

fiel ejecutor, defensor de pobres y alcalde de barrio, para cultivar, con alguna extensión y resultado, la curiosa inteligencia de Mariquita. Ni es tampoco aventurado presumir que ésta completara, por sí sola, sus nociones del mundo y de la vida, entregándose furtivamente, durante la ausencia de madre o la modorra propicia de la siesta, en el patio interior de los esclavos de la casa y al amparo vigilante de alguna mulata ladina, cómplice en el pecado, entregándose, digo, a la lectura deleitosa de tal o cual libro de esparcimiento imaginativo substraído a la biblioteca de don Cecilio, el *Quijote*, quizá, cuando no las comedias del apasionado Lope o del travieso y malicioso Tirso.

Toda una obra teatral a lo Tirso o Lope de Vega, que parecería de pura invención si no estuviera ampliamente documentada por papeles de familia y expedientes judiciales conservados en los archivos públicos, resultó, en verdad, su primer casamiento con el alférez

de fragata de la real armada, don Martín Jacobo Thompson. Primo materno de Mariquita, cuya edad aventajaba en nueve años (1), con acceso y familiaridad en la casa, sus hermosas prendas varoniles y esmerada educación, recibida en España, fueron parte, sin duda, para inflamar la romancesca fantasía de la niña, infundiendo en su almita sensible de 14 años (2) una pasión amorosa tanto más

(1) Nacido el 23 de abril de 1777 : Archivo parroquial de la Merced, libro 14 de bautismos, folio 80 vuelta.

(2) La precocidad en el noviazgo y el matrimonio es un rasgo de la época, como lo comprueba la siguiente lista de doce patricias que se casan antes de cumplir los 20 años : Isabel Calvimontes de Agrelo, a los 13 ; Remedios Escalada de San Martín, a los 14 ; María Eugenia Escalada de De María, Magdalena Güemes de Tejada, Bernardina Chavarría de Viamonte, a los 15 ; Carmen Quintanilla de Alvear, entre 15 y 16 ; Laureana Ferrari de Olazábal, Francisca Silveira de Ibarrola, a los 16 ; María Tiburcia Rodríguez de Fernández Blanco, Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente, entre 16 y 17 ; María Sánchez de Mendeville, comprometida a los 14, casada a los 18 ; Mercedes Lasala de Riglos, a los 19 ; total : una a los 13 ; una a los 14 ; ocho entre 15 y 17 ; una, a los 18 y una a los 19. Estos enlaces precoces, especialmente en la línea femenina, daban a nuestros antepasados, con cierta frecuencia,

intensa cuanto mayor se manifestó la oposición de sus padres, quienes, inmediatamente de percibir los amoríos, cerráronle al galán las puertas de la casa.

Iníciase, de este modo, la exposición de la pieza, que, como otras de igual asunto, se desarrolla en tres actos. En el primero, el autoritario don Cecilio, apelando a recursos vedados, hace uso de su privanza con el virrey del Pino, y consigue que éste aleje a Thompson de Buenos Aires, para lo cual le confía la misión de conducir un patache a Montevideo llevando la carta del negro, o sea la orden de quedarse allí a prestar sus servicios militares. Entre tanto, los padres de la doncella intentan vanamente hacerla tomar por esposo al que ellos le tienen destinado, el cual, si no falla una antigua tradición de familia, era un don Juan, ya un tanto revenido, el capitán

el placer de verse reproducidos en la tercera y hasta en la cuarta generación, lo que constituye, en nuestros días, una verdadera rareza.

don Diego del Arco, sobrino del primer esposo de doña Magdalena y a quien su propio padre retrata en una carta de esta guisa: « dicho capitán es, como casi todos los militares, destrozador de caudales en vicios de juego y mujeres... Tiene fragilidad de pedir prestado y hacer trampas por cuyo término me tiene aburrido y ninguna he de pagar ». Si éste era, en efecto, el novio oficial, se explica sin esfuerzo que la joven prefiriera al oficial... de marina y rehusara enérgicamente unirse al primero, por mucho que, para quebrar su voluntad, « no se la separara del confesonario » y se recurriera también « a su retiro espiritual en la casa de ejercicios », como lo narra un documento. Así termina el acto primero. El segundo da principio con los preparativos para el casamiento forzado de Mariquita, que ha salido de su reclusión tan enamorada como antes; ocurren después diversos episodios, en los cuales reaparece Thompson, que ha regresado de su

paseo involuntario; cerrándose el acto con una escena movida, de un efecto teatral infalible: ha llegado el momento de la ceremonia nupcial y va a atarse para siempre el lazo indisoluble — grillete en este caso — entre María Sánchez y « el novio aparejado por los padres », como le llama el documento citado; cuando, de pronto, ¡ oh inesperada sorpresa! preséntase en la casa un ministro togado a explorar la voluntad de la interesada, por orden del mismísimo virrey, a quien ella ha escrito con tal objeto. Es fácil de imaginar el cuadro que se sigue, cuando la novia manifiesta al oficial público su intención de casarse con Thompson: la indignación dolorida de los padres, el despecho del desairado pretendiente, petrificado en estatua como el don Bártolo rossiniano, y el revolver de ojos y risas sofocadas de la negra servidumbre criolla que, por de contado, hace causa común con la amita y el novio americanos contra el amo y el novio peninsulares. Al comenzar el acto

tercero han transcurrido tres años, durante los cuales el inflexible don Cecilio ha pasado a mejor vida, y Thompson, a quien los azares de su carrera militar habían llevado hasta España, al reclamo de Mariquita ha vuelto a Buenos Aires resuelto a dar contra la madre empecinada la batalla judicial decisiva. Toda esta jornada se llena con las peripecias del ruidoso juicio de disenso, que se ventila en forma ante los tribunales y se falla en definitiva a favor de los amantes, cuya boda bendice, el 29 de julio de 1805, el reverendo padre jubilado fray Cayetano Rodríguez (1); tardío pero feliz desenlace que aplaudirán de seguro cuantos entiendan que en asuntos de esta índole debe concluir por imponerse el amor.

María Sánchez asociaba sus destinos a los de Martín Thompson en momentos poco propicios para constituir un hogar y entregarse

(1) Archivo parroquial de la Merced, libro VI de matrimonios, folio 456. Véase el juicio en el Apéndice.

S.^{ra} D.^{na} Martin Thompson

Mis S.^{ra} meo resionada p.^{ra} la de
Um. q.^{ta} acavo de raseria deg.^o para termi-
nare la instancia q.^{ta} adirijido al Exmo S.^{ra}
Pixer a efecto deg.^o meabilite para q.^{ta} sele-
brems el matisimonio quatenemus, con-
nataado, mediante aque se opone mise-
ñora Madxe se lea mandado q.^{ta} presente
poder mio podra Um, a serlo rindiendo
esta carta pues p.^{ra} ella solo doi contada la
amplisud q.^{ta} sea neserario en el concecto de
q.^{ta} sera ruficiente abista deg.^o las actuales
sircustancias no permite otra cosa, y
p.^{ra} q.^{ta} conite la firmo en, to.^o Ay.^o a 11 de
Julio de 1804

María de los Santos
Sanchez

por entero a saborear sus dulzuras. La sociedad argentina iba muy pronto a ser sacudida por convulsiones profundas y violentos cataclismos, lanzándose en la pendiente de las luchas armadas, las revoluciones políticas y las reformas sociales. Sólo por el hecho de haberse unido a un militar, joven y en servicio activo, María Sánchez hallábase condenada a vivir en la intranquilidad y la zozobra en que pasaron sus días todas las madres, hijas y esposas de guerreros o de políticos en aquellos tiempos heróicos. La luna de miel de su matrimonio vióse ya perturbada por las invasiones británicas de 1806 y 1807. Sucediéronse muy pronto los trágicos sucesos del año 10. En todos ellos, cúpole actuar activamente a Thompson, no sólo por exigírselo así las obligaciones de su carrera, sino también, con toda seguridad, estimulado y aplaudido por su misma esposa. Dotada de un alma apasionada y vehemente, ambiciosa, como la que más, del adelanto de su marido y del lustre de

su casa, María Sánchez de Thompson entró, desde entonces, en las preocupaciones de la cosa pública, mezclóse en sus agitaciones, participó de sus vicisitudes. Lo que pudiera llamarse la actuación pública de doña María Sánchez arranca, así, de la fecha de su enlace con Thompson, en 1805, llegando hasta su fallecimiento en 1868, a través de 60 años y tres generaciones sucesivas de hombres políticos : los que hicieron la revolución y emanciparon el país; los que lucharon por constituirlo, soportaron la dictadura o sufrieron la proscripción ; los que, vueltos del largo exilio, derrocaron al dictador y organizaron la nación. En los tres períodos históricos tuvo, doña María Sánchez, papel descollante, aunque en forma distinta. En el primero, que fué el de la embriaguez revolucionaria y patriótica, al par que el de mayor opulencia y fausto de la familia, pocas iniciativas y movimientos sociales prodúcense en Buenos Aires sin que, directa o indirectamente, no aparezca en ellos

en forma destacada la activa y ardorosa patri-
cia. Trátase así, en 1812, de auxiliar las pe-
nurias del tesoro público allegándole algunos
recursos para la compra de armas. Las patrio-
tas más encumbradas forman, con este fin, una
especie de logia o complot, congregándose en
la mansión señorial de los Escalada, para po-
ner por obra el pensamiento. Anotadas las
cuotas subscritas por las damas allí reuni-
das, dispónense, éstas, a ofrecer al gobierno
lo recolectado, con cuyo motivo ocurre un
interesante, episodio, que la tradición narra
de esta manera:

— Yo tengo redactada una nota que voy a
leerles — dijo María Sánchez de Thompson. —
Dámela, Remedios — continuó, dirigiéndose a la
joven novia de San Martín. — Pongan atención y
corrijan lo que no les parezca bien.

María Sánchez levantó el escrito a la altura de
la luz, y leyó...

Sus cómplices escuchaban en silencio.

— ¡Está bien, muy bien ! dijeron todas, cuando

hubo concluído, firmemos ; y tomó la pluma la esposa de Alvear, diciéndole al oído a María Sánchez :

— Esto te lo ha escrito Monteagudo.

— No lo repitas, Carmen.

— ¿ Por qué ? ¿ Qué hay de malo ?

— Hay de malo, que no es verdad.

— ¿ Y cómo me probarías que no es verdad ?

— Así, — dijo María Sánchez, acercando a la bujía el oficio y quemándolo.

— ¿ Qué has hecho ? — gritaron todas.

— Nada ; castigar a esta calumniadora. Siéntate, Carmen, y escribe : voy a probarte que yo no necesito secretario.

La de Alvear se sentó maquinalmente.

— Ponga usted ahí : Excelentísimo señor.

— ¿ En abreviatura ?

— Sí, en abreviatura.

— Ya está.

— Ahora, un poco más abajo :

« La causa de la humanidad, etc. »

Sigue, después, la conceptuosa nota escrita en el estilo periodístico de entonces, y en la cual figura la histórica frase : « Yo armé el

brazo de ese valiente, que aseguró su gloria y nuestra libertad », cuya concisión y elegancia lapidarias — mal que pese al historiador Pelliza — acusan la experta colaboración del fogoso tribuno, a quien señaló, como redactor del documento, la certera intuición de Carmen Quintanilla.

II

Incorporados de lleno, los esposos Thompson, a la vida pública y a las agitaciones del país, el carácter social y expansivo de ambos hizo al punto, de su espléndida morada de la calle Unquera — antes del Empedrado y ahora de la Florida — un sitio frecuentado por lo mejor y más espectable de la sociedad porteña de la época. El venerable caserón colonial de los Trillo y Sánchez de Velazco — cuyos severos salones, pocos años antes, en

plena edad virreinal, sólo se abrían para reuniones acompasadas y ceremoniosas, para visitas de personajes encorbatados : tiesos oidores de la Real audiencia, solemnes regidores del Cabildo, graves canónigos magistrales, que acudían allí a comentar los emocionantes acontecimientos europeos, o la apetitosa chismografía lugareña, mientras jugaban la sosegada partida de malilla o paladeaban el espumoso y fragante chocolate, — transformóse en una animada mansión mundana y en una suerte de club o salón político, centro de información noticiosa y foco, siempre encendido, de actividad pública, por el cual desfilaría, en el transcurso de varias décadas, la mayor parte de los personajes políticos en actividad o disponibilidad. ¿Queréis conocer el salón intelectual de María Sánchez de Thompson pintado por la pluma brillante de un historiador argentino que, si no conoció a la dama en aquellos tiempos, alcanzó a tratarla posteriormente ? He aquí ese cuadro, movido

y rico de color, como todos los dejados por el talentoso historiógrafo, y con el cual podéis formaros una primera impresión de nuestro asunto, y no digo una opinión definitiva, porque, como sabéis, no es precisamente la exactitud la cualidad dominante del doctor López :

La época de la Asamblea General Constituyente y del gobierno del director Posadas (1814), es también una época de transformación en las costumbres, en la vida interior de la familia, y en el carácter de los negocios comerciales. Aseguróse, entonces, un sentimiento espontáneo de que el país tenía ganada su independencia. Cierta alegría pública y comunicativa comenzó a poner lucida e inspirada a la buena sociedad. Abriéronse algunos salones, y entre ellos el de Lasala y el de la señora doña María Sánchez de Thompson (de Mandeville, después), donde Alvear, Larrea, Monteagudo, Rodríguez Peña, Lafinur, fray Cayetano Rodríguez, algunos médicos y publicistas extranjeros como Carta Molina, Gaffarot, Belmar (el padre y el hijo), Loreille, el físico Lozier, el bota-

nista Ciarinelli, Wilde, el iniciador de los estudios económicos, el pintor Gould y otros, se reunían, animados de la más exquisita galantería, a pasear su espíritu por las grandes novedades del tiempo y por los azares de la causa del país. Mientras Belmar lucía su intimidad con Benjamín Constart, y trazaba los caracteres de su talento y de sus doctrinas, ante la atención encantada de los liberales que lo escuchaban, Lozier y Ferrati amenizaban la culta tertulia con pruebas de física y de química, que iniciaban en los conocimientos naturales a sus contertulianos, y que hacían del salón de la señora de Thompson una verdadera academia de progreso y de cultura. Alvear y Larrea primaban, entre todos, por la rapidez, la originalidad y la audacia de sus concepciones; y eran los galanes más favorecidos de las damas que acudían a hacer estrado en redor de la dueña de aquel templo, un tanto profano, en que todos abrían su espíritu a las luces del siglo. Allí leía López sus estrofas; y, algunas veces, un niño, Juan Cruz Varela, declamaba sus loas a la patria y a la victoria, en que Júpiter hacía el primer papel entre los protectores que nuestra causa tenía en el cielo...

La dueña de aquel salón, en cuya cabeza entraban todas las reminiscencias e imitaciones de los salones del Directorio y del Consulado francés, prodigaba su inmenso caudal en el delicado placer de reunir en su casa adornos exquisitos y curiosos de la industria y del arte europeo; porcelanas, grabados, relojes mecánicos con fuentes de agua permanentes, figuradas por una combinación de cristales, preciosidades de sobremesa, anteojos fugaces, si se quiere, pero que eran novedades encantadoras para los que nada de eso habían visto, hasta entonces, sino los productos decaídos y burdos que el monopolio colonial les traía. Después de eso, banquetes, servicio francés y cuanto la fantasía de una dama rica, entregada a las impresiones y a los estímulos del presente, sin amargas ni perturbadoras previsiones del porvenir, podía reunir en torno de su belleza proverbial, con la vivacidad de uno de los espíritus más animados que puedan poner alas al cuerpo de una mujer. Era también poetisa, y prosista llena de ingenio y de oportunidad.

« Bella, poetisa, prosista llena de ingenio y de oportunidad », son ¿ cómo diríamos ?

otras tantas galantes exageraciones del doctor López. No es posible llamar prosista o poetisa a doña María Sánchez sin hacer violencia a esos términos, según veremos después. No era tampoco bella, a no ser que López use el vocablo en igual sentido al de aquella señora que, a raíz de una conversación interesante, llegó a encontrar hermoso a Rivadavia, quien, como nadie ignora, abusaba un tanto del derecho que tienen los hombres de ser feos(1). Las hadas rehusá-

(1) La dama en cuestión no es otra que doña Justa Foguet de Sánchez, de quien más tarde hablaremos al ocuparnos de las amigas de la señora de Mendeville. La anécdota ha sido recogida por López, quien la relata en una salada nota de su *Historia de la República Argentina* (t. X, pág. 83), designando a la protagonista con iniciales transparentes: « El señor Rivadavia tenía un trato demasiado solemne y substancial con los hombres, que jamás degeneraba en punta de chiste o en conceptos familiares. Con las damas, a cuyo trato era muy dado, modificaba su formalismo, pero nunca el decoro de los conceptos ni la elevación de las ideas; y como poseía un tesoro inagotable de conocimientos útiles y de anécdotas interesantes sobre la educación y el influjo de la mujer en la cultura y en las costumbres de las naciones, sabía interesarlas y



Retrato al óleo de Maria Sánchez de Mendeville en 1845,
por Rugendas, existente en el Museo histórico nacional

ronle a Mariquita la gracia de la belleza; diéronle, en cambio, resarciéndola con usura, la belleza de la gracia. Sin ser propiamente fea, María Sánchez no descollaba por la académica perfección de las líneas del rostro, como lo demuestran acabadamente los mejores retratos suyos que han llegado hasta nosotros: la pequeña tela, en poder de su distinguido biznieto don Faustino Lezica, pintada por mano poco hábil, en el año mil ochocientos veinte y tantos; el poético óleo de Rugendas, del año 1845, según creo; y el fidelísimo daguerreotipo de Pozzo, sacado probablemente entre los años 1850 y 1860, propiedad, los úl-

levantar su espíritu, poniéndolas en comunicación de ideas y de aspiraciones con él... Una de las señoras más distinguidas de aquel tiempo, doña J. F. de S. contaba en una numerosa reunión que la noche anterior había estado en el «salón de Rivadavia»; y ponderando lo que le había oído y aprendido, exclamó entusiasmada: «¡Es un hombre precioso!...» Excusado decir que provocó grandes tentaciones de risa; pero ella repitió: «¡precioso e interesante!» Y lo singular es, que tanta verdad había en el elogio como en las risas que lo habían cruzado.

timos, del Museo histórico nacional. Estos tres documentos iconográficos concuerdan en mostrárnosla con una fisonomía por demás atrayente y simpática, pero en modo alguno hermosa, por lo que a la corrección de las formas se refiere. En su rostro oval y delgado, más bien alargado que redondo y en que no se advierte facción alguna que choque ni que disuene, dos rasgos solicitan inmediatamente la atención del observador: los ojos y la boca; dotados aquéllos de una mirada llena de inteligencia, que parece penetrar hasta el fondo del alma, pero sin enceguecer ni turbar, y antes bien como acariciando al que los mira; grande, la segunda, y formada por dos labios gruesos — labios de orador o de « causeuse », — que se nos figura van a abrirse para conversar, y que, plegándose en una leve sonrisa bondadosa, completan la expresividad y dulzura de la mirada. Menudita de estatura, finamente modelada y bien proporcionada de cuerpo, viva y graciosa en sus

movimientos, María Sánchez reproducía el tipo encantador de no pocas mujeres porteñas, rimando, en eurítmico consorcio, la sal gitanesca de una granadina con el encanto sutil y la suprema elegancia de una parisienne. Y para no incurrir en el tilde de exagerado que acabo, hace un instante, de ponerle a López, voy a atribuirme la libertad de ceder aquí la palabra a un turista francés, excelente observador de las costumbres de nuestro país, y a quien debemos una amable y muy bien pincelada semblanza de la porteña de antaño, inspirada en la propia Mariquita Sánchez, cuya gracia conquistadora dejó deslumbrado al entusiasta viajero :

Corramos pronto a situarnos en las cuatro esquinas de las calles del Perú y de la Victoria, a una cuadra de la Plaza... En momentos que se comienza a iluminar la ciudad, el ruido cesa gradualmente ; las carretillas y los carros han sido reconducidos al lugar de su paradero ; los changadores, representados por negros robustos, mu-

latos e indios patagones, han regresado a sus tugurios de los barrios apartados; los gauchos se han apresurado a ganar su rancho; en fin, todo lo que podía ofuscar la vista de un europeo recientemente desembarcado, háse eclipsado para hacer lugar a la población decente y civilizada, que sólo esperaba la hora en que el ardiente Febo deja respirar a la casta Selene, para mostrarse en los lugares públicos digna de la alta opinión que ha concebido de sí misma... Mirad: he ahí que comienza la procesión de bellezas porteñas. ¿Véis esa fila no interrumpida de veinte mujeres que marchan con lentitud, balanceándose muellemente al movimiento regulador del abanico? Y bien, es una sola familia, de la cual no tenéis por delante, felizmente, sino la porción femenina, pues si los hombres no adoptaran el partido de pasearse por su lado no habría ya medio de circular en la calle.

Contemos: doce hijas núbiles encantadoras; la madre, todavía joven y buena moza; tres tías, un tanto envidiosas de sus sobrinas, sonriendo a todo el mundo y lanzando más de una mirada significativa; una abuela, aún fresca y bizarra; en fin, tres criadas, mulatas, chinas o negras, que

rien, bajo el manto, a más de un caballero cuyos galanteos han favorecido... Observad aquel nuevo grupo que avanza y en medio del cual se percibe esa soberbia figura que lleva altivamente, pero con majestad, la cabeza adornada con rosas y coronada por un magnífico peinetón... Es la bella Mariquita, a quien se llama la « estrella del sur ». Esa multitud de jóvenes, cuya conversación es tan animada, no la dejará pasar sin rendirle sus homenajes. Rodeada por todos ellos, ved con qué gracia encantadora, con qué soltura contesta a cada uno llamándole por su nombre. El círculo aumenta, pues Mariquita subyuga todos los corazones... Extranjeros o porteños, todos ambicionan el honor de ser por ella notados. Se la cumplimenta por la gracia que desplegó en la última tertulia, bailando divinamente un « cielito » y la « montonera ».

Ayudada por su madre, primas, tías y criadas, consigue al fin Mariquita desprenderse de la muchedumbre de adoradores. He ahí que se dirige del lado de la Alameda ; sigamos la corriente que nos lleva tras ella. ¡Cómo recobra su dignidad, su porte de reina ! La creeréis orgullosa, inarborable, desdeñosa. Y bien, nada de eso : es la mejor

criatura que pueda encontrarse. Tiene sensibilidad, genio festivo, candor, pero, sobre todas las cosas, se ama a sí misma. No ha dado aún su corazón; no lo dará tal vez nunca, sobre todo si se casa con un extranjero (una porteña rara vez rehusa a un extranjero); pero, si llegara a suceder que dispusiera de aquél, casada o no, lo que ninguno podía asegurar, ¡dichoso el mortal a quien elija!

Dejando ya a la Mariquita simbólica y volviendo a la real, ¿no os parece, señoras, que un noviazgo tan largo y lleno de sinsabores, como había sido el suyo, coronado, felizmente, por un enlace venturoso, y sellado después con la venida al mundo de cinco hermosas criaturas (1), no os parece, repito, merecedor

(1) Clementina, nacida el 5 de diciembre de 1807: Archivo parroquial de la Merced, libro XXI de bautismos, folio 222, vuelta; Juan, nacido el 23 de junio de 1809: Archivo parroquial de la Merced, libro XXII de bautismos, folio 70; Magdalena, nacida el 26 de mayo de 1811: Archivo parroquial de la Merced, libro XXII de bautismos, folio 221; Florencia, nacida el 6 de noviembre de 1812: Archivo parroquial de la Merced, libro XXIII de

de una existencia dulce y prolongada? No fué así, sin embargo. La ley de la ironía, que se complace en conducir los asuntos humanos con un ilogismo a menudo desconcertante, dispuso las cosas de muy diversa manera. Enviado el coronel Thompson, en 1816, a los Estados Unidos, en misión diplomático-militar, pagó el tributo humano a la muerte en 1817, durante su viaje de regreso; inesperada y brusca catástrofe que debió ensombrecer el espíritu y sacudir las fibras más íntimas del corazón en la joven esposa. No pertenecía ésta, sin embargo, al género de esas viudas que, según el dicho de Bossuet, se enterrarán por sí mismas en la tumba del esposo muerto. Sea que su alma exuberante necesitara arder y consumirse en el fuego de una pasión amorosa o considerara más fácil, dando un jefe a su hogar, realizar el programa de

bautismos, folio 59, vuelta; Albina, nacida el 28 de febrero de 1815: Archivo parroquial de la Merced, libro XXIII de bautismos, folio 187.

las madres: educar a los hijos y darles carrera; casar a las hijas, lo que implica, en cierto modo, darles también carrera; el hecho es que doña María Sánchez, repitiendo el caso de su propia madre, contrajo segundas nupcias, en 1820, con don Juan Bautista Washington de Mendeville, joven de distinguida familia francesa, cuidada educación y escogidos modales. Con esta unión ábrese en la vida de doña María Sánchez un nuevo período que se inicia en los albores de la época rivadaviana, y se vincula, muy principalmente, a la fundación y organización de la Sociedad de Beneficencia; genial concepción de un estadista que, anticipándose al porvenir y previendo quizá el advenimiento de la mujer en la gestión de la cosa pública, crea un organismo administrativo destinado, sin duda, con el andar del tiempo, a convertirse en verdadero ministerio de Estado, para dar a la mujer una discreta participación en las tareas del gobierno al frente de institutos cu-

yas funciones maternas, piadosas y educativas, tan bien se armonizan con la constitución psíquica del sexo y su más adecuada misión social. La señora de Mendeville se entregó por entero a la obra imperecedera del gran precursor, redactando actas y comunicaciones oficiales, inspeccionando hospitales y hospicios, fundando establecimientos de educación en la ciudad y en la campaña semisalvaje de Buenos Aires — para lo cual vióse obligada a realizar viajes molestos y peligrosos — difundiendo nuevos métodos pedagógicos como el denominado lancasteriano o de enseñanza mutua, entonces en boga, — pronunciando discursos en las ceremonias públicas y hasta escribiendo una plegaria, destinada a las huérfanas del asilo, tan llena de místico fervor como bella de forma. Primera secretaria de la institución al constituirse ésta, solemnemente, en aquel memorable 12 de abril de 1823, con la pompa oratoria y el ceremonial protocolar que ponía

en todos los actos públicos Bernardino Rivadavia, no faltan quienes sospechen que el grupo inicial de socias fundadoras formóse, principalmente, con amigas de la señora de Mendeville, la que, si no ocupó entonces el primer puesto en la corporación, fué sólo a causa de la nacionalidad del nombre que llevaba. Como quiera que sea, este impedimento, si lo hubo, no obstó, siete años más tarde, para que llegara a la presidencia, que ocupó, durante los períodos consecutivos de 1830 a 1832, y que volvió a desempeñar, treinta y cinco años después, en los años de 1866 y 1867. La simple mención de estos hechos, si no existieran otros de los cuales se hará mención oportunamente, bastaría para demostrar hasta qué punto se identificó la señora de Mendeville con la Sociedad de Beneficencia, cuya historia, cuando se la escriba, resultará inseparable de la de aquélla, entre sus socias, la más representativa y esclarecida.

III

La unión con Mendeville abrió nuevamente de par en par las puertas de la hospitalaria mansión de doña María Sánchez a sus numerosos amigos y conocidos. No escaseaban entre éstos los forasteros, representados, ya por el comandante y oficiales de alguna nave europea, que recalaban en el salón de la señora de Mendeville como en seguro puerto de refugio contra las inclemencias sociales de aquellos tiempos borrascosos, ya por algún personaje de fuste, como García del Río, quien, de paso para Europa, llega, en 1822, a Buenos Aires, recomendado a doña Mariquita por el general San Martín, y que, poco después, informa extensamente a Bernardo de Monteagudo sobre el estado de la opinión pública en esta ciudad, escribiéndole una im-

portante carta cifrada, cuya clave y traducción se ha descubierto no hace mucho :

Mariquita Thompson — dícele a Monteagudo su antiguo colega de ministerio — os es adicta. Ella es la gaceta de Buenos Aires, y por ella es lo que digo (1).

Además de una exacta información noticiosa, todos los tertulianos, estantes o habi-

(1) Nótese que García del Río designa a la entonces señora de Mendeville por su antiguo nombre, vale decir, aquel con que la conocieron y seguían llamándola San Martín, Monteagudo, y otros tertulianos de su primer salón. La carta a Monteagudo, fechada en Río de Janeiro el 2 de julio de 1822, se publicó, por vez primera, cifrada, en la *Historia del Perú independiente*, por Mariano Felipe Paz Soldán, Lima, 1870, tomo I, página 374, y su contenido quedó ignorado hasta que don Carlos Vicuña Mackenna hizo conocer la clave y traducción de este y otros documentos relativos a la misión confiada, a fines de 1821, por el general San Martín a Juan García del Río y Diego Paroissien. Su cometido consistía en negociar, en Europa, el establecimiento de una monarquía para el Perú, según instrucciones que se les dieron, y a cuya sinceridad presta entero crédito el compilador y comentarador chileno del *Epistolario de O'Higgins*, don Ernesto de la Cruz (Santiago de Chile, 1917, página 311 y siguientes).

tantes, residentes en la ciudad o meras aves de paso, iban a buscar en aquel ambiente de exquisita amabilidad y superior distinción, la satisfacción de necesidades muy altas del espíritu: el cultivo de la conversación culta en que brota la anécdota pintoresca o la frase conceptuosa, que condensan, en sintética fórmula literaria, un carácter o actitud individual, un estado colectivo, una situación política. Si ha habido alguna vez un salón en Buenos Aires, ese fué, seguramente, el de doña María Sánchez. Ninguna dama argentina, ni antes, ni después de Misia Mariquita, reunió, como ella, las calidades necesarias para formar y tener un salón, lo que, como no ignoráis, es algo bien distinto de ofrecer recepciones, más o menos selectas y fastuosas, como en un club, o dar banquetes, más o menos bien servidos, como en un hotel, u organizar partidas de juego, más o menos interesantes o interesadas, como en un casino. Hay quienes presumen ser cosa sencilla y fácil tener

y dirigir un salón, sin sospechar siquiera los dones infinitos y variados talentos que el cargo demanda. Unid a una amabilidad ilimitada y a prueba de desvíos, el arte de conquistar amigos y de conservarlos ; de cautivar voluntades y de retenerlas ; de calmar vanidades irritadas ; de soportar y guardar confianzas. Agregad el don de simpatizar con las penas y contrariedades de los demás ; de compartir sus triunfos, interesarse en sus éxitos, convivir sus ilusiones y esperanzas. Agregad, todavía, un ánimo siempre dispuesto a poner los medios e influjo propios al servicio de los otros ; a reconocerles sus virtudes y a perdonarles sus defectos ; a derrochar ingenio, en todo instante, para que cada uno de los invitados se encuentre, bajo nuestro techo, cómodo y complacido, dado que, recibir a alguien, como se ha dicho atinadamente, es encargarse de su felicidad mientras se le hospeda. Reunid todo lo que acabo de anotar y algo que omito todavía, para no com-

plicar la fórmula, y tendréis un salón, como lo tuvieron algunas grandes damas europeas, que sea asilo de la cultura, invernáculo donde crezcan las flores raras de la cortesía y el buen tono; academias donde se ejerza la magistratura del gusto estético; escuelas donde se practique la virtud de la tolerancia; universidades donde se curse y profese las altas « civilidades » que hacen posible el encanto y la dicha del vivir.

Un poco de lo apuntado, ya que todo ello sería ingenuo, aun hoy mismo, pretender encontrarlo en sociedades incipientes como la nuestra, hubo en las tertulias íntimas y en las grandes recepciones de la señora de Mendeville; la que halló en su segundo cónyuge un colaborador competente y siempre dispuesto a secundarla en tan gratas tareas, para las cuales poseía aptitudes especiales, no acompañadas, por desgracia, de otras menos brillantes pero más indispensables en el gobierno de la vida. No es inferir un agravio a

la verdad histórica decir que, al unirse con Mendeville, doña María Sánchez no hizo sino agregar, a los cinco hijos que ya tenía, otro más a quien dar carrera: su propio marido, al cual no tardaron en seguir tres nuevos retoños. Acreciéronse, así, las necesidades de la familia, sin que aumentaran las rentas en proporción. Se ha dicho que gastar es el primer deber social de los ricos, como el de los pobres es economizar. El historiador López nos ha referido ya y explicado cómo doña María Sánchez había hecho suya esta máxima, admitida y puesta en práctica, con igual o mayor convicción aún, por el caballero de Mendeville. Tanto bajo el aspecto pecuniario, pues, como por otros conceptos, el segundo matrimonio, lejos de obviarle dificultades a nuestra dama, trajo, más bien, como consecuencia, el aumentárselas.

Sus primeros rozamientos con el dictador Rosas tuvieron así por causa a Mendeville. Designado éste, en 1828, cónsul general de

su majestad cristianísima en las Provincias Unidas del Río de la Plata, su carácter inquieto y quisquilloso, sus actitudes diplomáticas arrogantes — obedeceran o no éstas a instrucciones del gobierno francés — condujéronle a promover reiterados incidentes con las autoridades argentinas, muy celosas, en aquel tiempo, por mantener los fueros de la independencia nacional contra las veleidades colonizadoras y los desplantes soberbios de algunas potencias europeas en sus relaciones con los débiles y anárquicos estados de la América del Sud. Uno de esos incidentes, el reconocimiento del marqués de Vins de Peyssac, como cónsul general y encargado de negocios de Francia en Buenos Aires, acordado por Rosas en 1836, después de una serie de humillaciones infligidas al nuevo enviado, y cediendo, en apariencia, a la intervención y valimiento de su amiga doña María Sánchez, motivó, entre ésta y el dictador, un cambio de cartas agri-dulces, que arroja

vivísima luz sobre las relaciones entre ambos personajes. Rosas censura a doña Mariquita por el celo que ésta demuestra en dar solución inmediata al asunto, llegando a poner en duda el patriotismo americano de su amiga:

Conocí antes — escríbele — una María Sánchez, buena y virtuosa federal. La desconozco, ahora, en el billete con tu firma que he recibido de una francesita parlanchina y coqueta.

La misiva, como véis, reviste, en su laconismo, todo el carácter de una confesión, para el que se halle un poco familiarizado con el arte de leer en las almas a través de los gestos y expresiones. En esas breves líneas, trasúntase a Rosas en alto relieve, con su fisonomía habitual, entre sarcástica y amenazadora. Su antipatía y desdén incoercibles por los refinamientos de la civilización europea detonan en esas tres palabras « francesita parlanchina y coqueta, » que resuenan como un estallido y constituyen una interesante

caricatura, trazada por la mano misma del dictador, de la señora de Mendeville, cuya réplica, irónica y valerosa, estaréis ya impacientes por conocer. Héla aquí en su integridad, pues cada una de sus frases, y hasta de sus palabras, tiene también un alto valor psicológico :

 Mi querido Juan Manuel :

 Te doy mil gracias por tu carta. De cualquier modo que me hayas contestado, sólo el hacerlo con tanta puntualidad en medio de tus graves ocupaciones, es ya una fineza que en todo tiempo te sabré agradecer. No quiero dejarte en la duda de si te ha escrito una francesa o una americana. Te diré que, desde que estoy unida a un francés, he servido a mi país con más celo y entusiasmo aún, y lo haré siempre del mismo modo, a no ser que se ponga en oposición de la Francia, pues, en tal caso, seré francesa, porque mi marido es francés y está al servicio de su nación. Tú, que pones en el « cepo » a Encarnación, si no se adorna con tu divisa, debes de aprobarme, tanto más

cuanto que, no sólo sigo tu doctrina, sino las reglas del honor y del deber. ¿Qué harías si Encarnación se te hiciera unitaria? Yo sé lo que harías. Así, mi amigo, en tu mano está que yo sea americana o francesa. Te quiero como a un hermano y sentiría me declararas la guerra. Hasta entonces, permíteme que te hable con la franqueza de nuestra amistad de la infancia, y créeme tu amiga.

Es rasgo común a déspotas y a poderosos, el admitir que, en determinadas circunstancias, se les contradiga y hasta se tenga la osadía de lanzarles al rostro verdades mortificantes. Rosas no escapó, seguramente, a la regla. Poseía, por otra parte, la gran condición, tan útil en la vida, de saber esperar. Todo induce, pues, a suponer que, por entonces, dejó sin respuesta a su cara amiga de infancia, devorando en silencio la irritación que no pudo dejar de causarle el cáustico billete de la « francesita ». La francofobia ambiente, cada vez más acentuada, y que culminaría en aquel pintoresco grito : ¡ Muera el rey guarda chan-

chos Luis Felipe ! iba pronto a brindarle la ocasión de tomar la revancha. En cuanto a la calificación de « buena y virtuosa federal », con que condecora a la señora de Mendeville, la adhesión de ésta a la santa causa debió revestir igual sinceridad y parecido entusiasmo a los que manifestaron tantas otras matronas de la época, consistiendo sólo en la prima de un seguro tomado en previsión de los riesgos de la Mazorca.

Nunca hubo, en efecto, antagonismo mayor entre dos personas, como el que existía entre don Juan Manuel de Rosas y la señora de Mendeville. Limitado de inteligencia y estrecho de ideas, sobrio y sencillo por ineducación, obstinado e intolerante, imperioso y soberbio, el uno ; talentosa y comprensiva, sensible y de gustos delicados, abierta a todas las formas y hábitos progresistas y con la bondad inagotable de una hermana de caridad, la otra, Rosas y doña María Sánchez, eran dos naturalezas tan antitéticas, por sus

caracteres, como pueden serlo un algarrobo de duro y áspero tronco y el tallo, flexible y grácil, de un clavel. Ambos cumplieron, de acuerdo con su sino, su respectiva función social, brindando el algarrobo la reciedumbre de su fibra para instrumentos de contención, hasta cierto punto necesarios, en el desborde de pasiones bravías, indómitas como bestias selváticas ; ofreciendo el clavel el color y la forma, el aroma y la esencia de sus

flores, para restañar heridas, perfumar y ennoblecer la existencia. A esta oposición, congénita e irreductible agregad, aún, la tendencia europeizante de nuestra dama, dos de cuyas hijas habíanse ya unido a franceses en matrimonio, debiendo, la tercera, aliarse en breve a un español, y comprenderéis, sin dificultad, por qué, la amiga de Rivadavia estaba fatalmente predestinada a formar en las filas de los opositores de Rosas ; y por qué se vió pronto compelida, malgrado su federalismo de compromiso, a tomar el ca-

mino de la emigración, no tanto por correr la suerte de su esposo — que se había alejado anteriormente del país y de la familia, para continuar su carrera consular en el Ecuador y fallecer mucho después en Francia, — cuanto por seguir el destino de su hijo Juan Thompson, afiliado al grupo juvenil del Salón literario, que se alzó en armas contra el Restaurador, afiliándose primero en la conspiración de Maza, alistándose después en la revolución del Sud, y formando, por último, en las cruzadas redentoras de Lavalle, Paz y los sitiados de la Nueva Troya.

VI

Con la partida forzada a Montevideo, donde residió hasta la caída del tirano, salvo algunas rápidas visitas a Buenos Aires y una corta estada en Río de Janeiro, comienza el

período quizá más interesante en la existencia de nuestra dama. La senda de la vida, antes para ella despojada y engalanada, a uno y otro lado del trayecto, por huertos florecidos y rientes panoramas, había comenzado, de tiempo atrás, a volverse abrupta y espinosa. A partir de su éxodo tórnasele dolorosa *vía crucis*, sembrada de estrecheces, privaciones, sobresaltos y penas de todo linaje y magnitud, desde las incomodidades materiales, más duras para aquél que ha nadado siempre en la abundancia y la riqueza — « ¡estoy cansada de vivir entre humedades y ratones! » dirá en cierta ocasión — hasta la angustiada incertidumbre por la suerte del hijo, que se encuentra en el ejército libertador, expuesto a las terribles contingencias de una guerra sin cuartel: — « ¡qué penas tenemos las madres, hijo mío! » exclamará en otra oportunidad. — Todo lo soporta, sin embargo, doña María Sánchez, con el ánimo entero de la mujer fuerte, hallando todavía en su bello ca-

rácter, bondadoso y expansivo, resignado y jovial, fuerzas bastantes para disimular púdicamente sus congojas, a fin de no afligir la tristeza de los otros y para encender en ellos la luz de la dorada ilusión y el fuego confortador de la divina esperanza. Dejadme, señoras, documentar estas afirmaciones y completar, con algunos rasgos, la silueta prometida, utilizando, al efecto, la correspondencia cambiada durante esos años entre María Sánchez de Mendeville y sus hijos y amigos íntimos, de quienes se veía cruelmente separada y con los cuales continuaba, por escrito, la interrumpida tertulia de anteriores y más dulces días.

Una larga carta suya dirigida a Alberdi el 25 de mayo de 1839, describe personajes y escenas de la proscripción, de sumo interés documentario y que podrían ser trasladados al lienzo, tal es la animación y colorido de la pintura. Juzgad :

Hoy llegaron a casa de Lavalle varios jefes argentinos que venían por su llamamiento. Cuando entré en la salita, me sorprendió la figura del coronel Vilela. Tiene una cabeza que podría servir de modelo a un pintor para un militar imponente; me recordaba esos de la Guardia Vieja de Napoleón. Lavalle tiene la afabilidad de una buena educación y la natural franqueza de un valiente. Así, recibía a los que se iban presentando con abrazos cariñosos y francos. Algunos de esos héroes tienen la apariencia de una suma pero digna pobreza. Yo miraba esta reunión de hombres, que parecían envejecidos más por la adversidad que por el tiempo, y pensaba que ellos dirían: « después de tantos trabajos, tenemos que empezar de nuevo a conquistar nuestra patria y la libertad ».

He aquí otro cuadro de conspiradores que, a diferencia del anterior, está iluminado con vívidos toques de luz que lo alegran :

Marín me tomó la mano, y, con toda gentileza, me condujo a su habitación, en donde estaban reunidos en intimidad. ¡ Qué buen rato de abandono, de bromas y de patriotismo ! Brindamos,

con dulce, por la libertad y por la juventud. Un catre de lienzo nos servía de sofá. ¡Qué concierto de elogios para el hombre que nos tiraniza! Pero, sobre todo, ¡qué cuadro de corazones sinceros, de buenos deseos y de verdadero patriotismo!

Ved, por último, esta pintura de un interior, el cual, por ser nada menos que el del noble y esforzado caudillo, a quien suele llamar en sus cartas « el Redentor », parece bosquejado con mano temblorosa de férvida unci6n patri6tica y tierna efusi6n maternal :

La familia de Lavalle se compone de una mujer admirable por sus virtudes y por su dulzura y finos modales ; de cuatro hijos, dos varones y dos mujeres : todos lindos. No se puede dar un cuadro m6s interesante. Cuando encuentro una familia que puede figurar y dar influencia, perteneciente a la civilizaci6n, mi coraz6n reposa como cansado de los tormentos que ofrece la barb6rie. Hay mil pequeños indicios que la cultura demuestra y que la vista acostumbrada distingue r6pidamente, proporcionando un placer inexplicable

a quien, como yo, lo siente. Comparaba este grupo de personas con quienes nos entendíamos sin penas ni esfuerzos, con quienes nos acariciábamos por medio de recíprocas atenciones, y recordaba al mulato Eusebio y demás locos. Ah, ¡qué dolor, qué tormento es la sociedad bruta y áspera para un corazón sensible y acostumbrado largo tiempo a los encantos de la refinada cultura!

Como véis, la señora de Mendeville se halla en Montevideo en contacto inmediato con los dirigentes y al tanto de todos los planes políticos y militares. Conoce los hilos de la trama, los teje ella misma, en ocasiones, sirviendo de agente eficaz para transmitir órdenes, circular noticias y sugerir rumbos o soluciones. No es que la tarea convenga a sus aptitudes, pues la intriga y el juego políticos la disgustan, y la complejidad de los intereses y pasiones que se agitan en el escenario, y que se hace necesario armonizar, la desconciertan y atribulan. Una « Babel » y un « Infierno », tales resultan, para ella, los episo-

dios y enredos, las peripecias y complicaciones del drama a que asiste entre bastidores y en el cual se ve casi forzada a aceptar un papel que no condice con su carácter.

Este año ha pasado por mi cabeza como un siglo — escríbele a su hijo Juan Thompson. — Estoy cansada y muy cansada de lo que veo y sé. Quisiera ignorar todo, vivir en una choza, abandonada al destino, y mi destino bizarro me pone siempre al corriente de tantas cosas que me afligen sin poderlas remediar. Mucho he envidiado a las mujeres que no pasan de cierta altura; que no comprenden sino lo que ocurre en la esfera donde tienen que vivir; para las que hay mil goces, fáciles de adquirir; y que ni sospechan las penas que se sienten en otra. La elevación de ideas, ya sabes cuánto cuesta; y, lo mejor que le puede a uno suceder es que lo tomen por extravagante, si es hombre, y por pedante, si es mujer. Pero, como no nos dió la Providencia la facultad de escoger nuestra hechura, no hay más que resignarse.

Dotada, por otra parte, de la lucidez de un espíritu superior, no tarda en percibir las fa-

llas y miserias, las ilusiones y fanatismos del partido a que pertenece. Sus simpatías unitarias no la ofuscan y ciegan, hasta el punto de no ver los propios defectos y las calidades positivas del adversario.

Ya sabrás la dispersión y trastorno del Sud: la muerte del pobre Crámer y la de Castelli. Es inútil te diga la causa más indudable que parece ha producido estos males: impericia, desorden, desunión. La principal cabeza parece no estaba buena. ¿Era un trastorno mental o causado por algo? No sé; pero hubo trastorno y todo se perdió... Mucho te habrá esto sorprendido. A mí, no. Pienso que la descomposición de elementos que tenemos en todo, para todo, nos ha de dar mucho trabajo para organizar algo compacto que produzca algún resultado sólido.

Al mismo Juan, a propósito de los tácticos de club y los estrategias de sobremesa:

Ya te harás cargo lo que se murmura de la lentitud de ese ejército, pues sabes lo fácil que es dar batallas y conseguir victorias a los que están

comiendo y durmiendo tranquilos, y no ignoras que hay gran propensión entre nosotros para desaprobarlo todo .

Las cartas a Juan Thompson, de que proceden estos párrafos, contienen curiosas noticias y valiosas reflexiones acerca de los hechos acaecidos o todavía en gestación. Los díceres corrientes y los rumores comprobados son allí expuestos y comentados en forma un tanto descosida y hasta, más de una vez, descuidada; pero con tal elevación de ideas y naturalidad de expresión que, malgrado su sencillez familiar y tono confidencial, esas páginas reflejan un alto honor sobre la madre y la patriota que las escribe. Su aguda perspicacia de mujer desengañada, sugiérole con frecuencia observaciones sobre los sucesos y juicios sobre los hombres, de una exactitud y pesimismo que serían desconsoladores, si no estuvieran dulcificados por un espíritu de suave y cristiana resignación y acompañados por la voluntad irreductible de con-

tinuar luchando hasta el triunfo del bien.

Escuchad algunas de esas reflexiones :

Todo lo que me dices sobre el ejército, ya lo adivinaba yo, y si hubieras oído el sermón que hice — sermón en desierto — sobre el artículo « La proa al Sud », creerías que era tu carta copiada. Rabié y dije las mismas palabras, pero ; qué quieres ! hay hombres peor que mujeres, y después nos ridiculizan y nos llaman charlatanas.

En el mismo sentido :

No te puedo decir lo aburrida que estoy de ver tantas miserias de nuestra sociedad ; no encuentro que han adelantado en proporción de los azotes que les han dado. Las mismas niñerías que tenía la criatura recién nacida, las tiene a los 30 años.

Sobre la defección de un jefe unitario :

Me entristece cada día más ver que, en estos países, hay más vicios que en los viejos y no existe el vigor y las ventajas de los países nuevos. Es como si viéramos los niños con canas y llenos de

vicios. Los buenos deben, pues, trabajar doble y sin desalentarse; despreciar a los corrompidos en silencio; no acriminar a los que se extravíen, sino con acciones nobles y grandes, hacer bien y no entretenerse en mirar a los que hacen mal.

Anotemos, todavía, estos viriles consejos al hijo incorporado a la falange de periodistas que, con Florencio Varela y Rivera Indarte a la cabeza, substituyendo el cañón por la pluma y las balas por las ideas, se proponen derribar a Rosas « a gacetazos », como ellos dicen :

Veo, con gusto, te quedas en el pueblo libertador; pero tiemblo por la tarea que vas a emprender, dado el gran trabajo, la poca utilidad y los inmensos disgustos que tendrás. Por otra parte, te tengo envidia... Mucho bien puedes hacer inspirando, con destreza y dulzura, cuanto tienda a ilustrar la sociedad y a alejarla de ese abismo de odios y rencores a que la han conducido tantas causas que conoces como yo. Ten siempre un noble objeto en tus producciones, y así cosecharás la recompensa, en tu corazón y en el ánimo de los

que lo tengan ; con cuyo sufragio debes satisfacer. Comprendo que una de tus penas será la sencillez y claridad con que deberás escribir para ser entendido ; pero hay en la simplicidad también elegancia.

Después de lo político, lo doméstico y familiar. Tranquilizada, un tanto por el lado de los riesgos bélicos, que no alcanzarán ya al hijo publicista, sino en forma por demás remota, la imaginación calenturienta de la madre prevé, en las correrías de Juan por aquellos pueblos apartados, otro género de peligros — los sociales — de los que procura ponerlo en salvo con fina astucia y femenil diplomacia. Al tropiezo posible de una alianza inferior, siempre lamentable, opone, sin cesar, un antídoto poderoso : el dulce recuerdo de la prometida que espera, en Buenos Aires, el desenlace de la tragedia para reanudar el cándido idilio interrumpido por la contienda fratricida. El motivo de la novia, verdadero *leit motif* en esta corresponden-

cia, aparece en cada carta, con ligeras variantes, pero tratado siempre con un cariño y una delicadeza que revelan, a las claras, la preocupación intencionada de la autora por un tema de su predilección. Alguna vez, el propósito perseguido denúnciase de manera inequívoca, dándose al asunto el aspecto del consejo, presentado en forma franca y casi diría ruda si la crudeza del concepto no se hallara suavizada por la distinción y elevación con que se le formula.

Miss Wilson — o sea la señorita Carmen Belgrano, en la clave secreta de algunos nombres que figuran en estas cartas — tan afligida como te harás cargo... Yo le doy las noticias que puedo sobre tí. Quiera Dios que puedas realizar tus deseos, pues me parece una persona de mérito y que te ama verdaderamente.

Séame permitido, señoras, interrumpir aquí a misia Mariquita, para ratificar su opinión sobre Carmen Belgrano, y haceros co-

nocer un retrato de ésta, perfilado por Grousac en su *Noticia biográfica del doctor Diego Alcorta*, de quien Carmen era hermana política :

Aumentaba la gracia risueña del recién estrenado hogar la presencia de Carmen Belgrano, hermana de María Josefa, que unía a las virtudes de ésta prendas de seducción más exteriores y brillantes : música y algo literata, fué, al parecer, la sobrina predilecta del general, y, creo, su colaboradora en la traducción del *Farewell Address*, de Washington ; además, amiga apreciadísima del grupo juvenil que rodeaba a su hermano Manuel y, más tarde, de Rawson, con quien mantuvo una correspondencia interesante. También el autor del himno argentino le demostró, hasta el fin, el más sincero afecto ; y tengo a la vista varias composiciones autógrafas, a ella dedicadas por el venerable patricio, enternedoras por lo ingenuo del sentimiento en tan avanzada edad, y acaso más persuasivas que si fueran buenas.

Tal era la novia de Juan Thompson, cuyas condiciones personales — dicho sea al

pasar — no desmerecían de las de su amada, lo que hace comprender el empeño en unirlos de misia Mariquita, a quien entrego nuevamente la palabra :

Piensa bien en la delicadeza de tal compromiso, para no exponerte a las distracciones, que te harían un gran mal. Por muchas penas que cause un amor delicado me parecen preferibles a las disipaciones que pervierten el corazón y que después no dejan goces, porque se embrutece el alma, como el cuerpo. No creo que las ninfas de esos prados sean un gran escollo ; pero como te gustaba la negra petiza... ; Quién sabe las rarezas que verás por ahí ! ; Dios te detenga !...

El escollo de una mesalianza indeseable, con alguna ninfa pardusca de los prados correntinos debió, en cierto momento, perseguir a la madre hasta el punto de ponerla cavilosa, pues, en una de sus últimas cartas, anúnciale a Juan los proyectos que ha concebido para allanar las dificultades económicas del enlace. Transcribo este párrafo interesan-

te, que pone ante nuestros ojos la sencillez de las costumbres de aquella época en nuestro país :

Ya conoces mi corazón y te harás cargo que, si no puedo procurar a mis hijos bienes de fortuna, me esfuerzo, sin embargo, en partir con ellos la sola riqueza que no me ha quitado la suerte : los sentimientos de cariño en que nada mi alma cuando se trata de su felicidad... Así, lejos de encontrar obstáculos en mí, hallarás los auxilios que de mí dependan para que llenes tu sagrado compromiso, porque no es fácil encuentres nada mejor y te debes considerar ya obligado, muy formalmente, para no pensar en buscar los medios de concluir este asunto. Ella es tan modesta que se contentará con vivir en nuestra casa, en los cuartos del patio ; le haré una librea a Patricio ; les lavará tía Josefa, y, listo.

¿ Desearéis, sin duda conocer el epílogo de este idílico romance ? « Hay anillos nupciales — se ha dicho bellamente — que se escurren por sí solos de los dedos de los novios. » Así

aconteció con los que se cambiaron Juan Thompson y Carmen Belgrano, que continuaban, poco después, su andar en la vida, marchando cada cual por su propio sendero.

V

Naturaleza atractiva y desbordante, fácil a la simpatía y pronta siempre a vibrar con almas afines a la suya, hízose, doña Mariquita, un círculo de amigas a ella semejantes en gustos y tendencias intelectuales y hasta, un poco también, en el carácter: *qui se ressemble s'assemble*. Un voluminoso legajo de cartas, guardadas con todo cuidado, deja entrever el elevado precio en que tenía doña Mariquita esas amistades, que cultivaba con atención y exquisita delicadeza. Leyendo el interesante epistolario, podemos proporcionarnos el sabroso placer de atisbar la con-

versación de ese grupo de señoras que charlan, pluma en mano, a través de la distancia, consolándose en sus desgracias, consultándose en sus conflictos, auxiliándose y confortándose en sus dificultades y penurias. Forman esa pléyade de damas porteñas, representativas de nuestra sociedad distinguida y culta, en una época ya alejada de la actual casi por 80 años : María Gómez de Calzadilla, Justa Foguet de Sánchez, Pilar Spano de Guido, Candelaria Somellera y algunas otras. Sorprendamos su deliciosa charla. Justa Foguet de Sánchez, que nos ha dejado su autorretrato en estas breves líneas : « Siempre quiero con exceso, y, por desgracia, aborrezco casi del mismo modo » ; es, por este rasgo de carácter, la que más se asemeja a doña Mariquita, quien ha escrito una vez sobre sí misma : « Sabes que todo siento con vehemencia. » En lo que ambas difieren, si hemos de creer a la primera, es en la maestría para ejercer el papel de *consolatrix afflictorum* :

Quisiera parecerme a usted en el arte de medicina de los corazones enfermos — escribe a su amiga Mariquita. — Usted tiene, siempre a mano, bálsamo para poner sobre las heridas, y yo, espinas; porque, sin duda, estaba de duelo la naturaleza cuando me formó a mí tan lúgubre, y se ocupó de usted en sus días de triunfo y esplendor.

Este tema vuelve sin cesar, con ligeras variaciones, en las cartas de la señora de Sánchez y demás amigas a doña María Sánchez:

Usted sabe, con dedos de rosa tocar las llagas del corazón y del alma, para mejorarlas, si es imposible curarlas... Usted tiene el instinto de la beneficencia, y por ese celestial instinto, sin querer lisonjear, lisonjea usted a una madre por el lado más sensible a su corazón.

Llenaríamos páginas enteras, si nos propusiéramos copiar todas las frases análogas a éstas que hallamos en las cartas dirigidas a María Sánchez de Mendeville, cuya hermosura moral resulta así atestiguada por el

consenso unánime de sus amigas. Oigamos, ahora, a nuestras damas sobre otro género de asuntos, los de orden social e intelectual :

Es en mi poder — escribe María Gómez de Calzadilla — tu apreciable del 9 del corriente, y, por ella, veo que gozas de buena salud, que cultivas siempre tu alegre genio, y que te entretienes, con ventajas para todos, en las relaciones de amistad, que tanto absorben tu tiempo. Esto, si bien te da algún trabajo, debe lisonjarte, por otra parte, pues es claro que tus amigas tendrán, como yo, el mayor gusto en recibir tus cartas. Siempre amenas, no menos variadas que cultas, ellas justifican el bien merecido concepto de las porteñas, su natural viveza y particular talento... Cuando yo recuerdo lo poco que nos han enseñado, generalmente hablando, y observo, al presente, cuánto se ha debilitado la idea de hacernos progresar, me muero de pena. Porque es para mí un principio, que las sociedades se ilustrarían más pronto si el cultivo de la razón fuera simultáneo en ambos sexos; no precisamente igual, pero siempre proporcionado. ¿ Habrá algún motivo para negarle a la mujer la parte que le es dado tener en la me-

jora social ? ¿ No tiene ella calidades particulares, en la combinación de su ingenio, que al hombre no le es dado poseer ? Espero que, cuando tengas un lugarcito, me des tu opinión sobre esto, ya que, sin saber cómo, me he deslizado en materia tan ardua para mí. Pero tú tienes la culpa y tus cartas también.

Para concluir de daros idea del altísimo aprecio y valor asignados a la ilustración de la mujer y al saber, en general, por la brillante constelación de señoras que formaban María Sánchez de Mendeville y sus amigas, tomo este nuevo párrafo de una carta de Justa Foguet de Sánchez :

Con motivo de haber leído en los diarios los acalorados debates de Mr. Thiers, le pregunté a un argentino, recién llegado de Europa, qué pensaban allí de nuestro país, y me dijo lo que yo ya había oído a otros, y que no me sorprende ni me ofende : que muy pocos saben allá que en Buenos Aires se viste casi con la misma elegancia que en París, y mucho menos que, hasta a las señoras, les sea aquí familiar la literatura francesa.

Pedíle entonces les contara que las señoras argentinas ya habían olvidado a Voltaire, a Volney y hasta a Mme. de Staël; que conocían a Víctor Hugo, Lamartine, Dumas, Suë, De la Vigne, Kock, Gozlan, Marcelina Valmore, Arago, Ducange, Nodier, Balzac, y, en fin, por no parecer pedante, no alargué la lista...

La lista es, efectivamente, no sólo larga, sino también un tanto heterogénea. Se explica así, sin esfuerzo, que después de ingerir semejante *menú* literario, en el cual se interpolan los delicados platos de Hugo, Lamartine y De la Vigne, con los *ragouts* para el servicio de Suë y Paul de Kock, la distinguida dama se sintiera un poco fatigada de estómago, y llegara a estampar, en un acceso de depresión de carácter, tal vez neurasténico, estas palabras desoladoras :

Estamos en huesos y piel... La actividad de nuestras almas ha devorado nuestros pobres cuerpos... Toda la utilidad que he recogido es envidiar la imbecilidad.

Entre las producciones propiamente literarias, diríamos, de María Sánchez de Mendeville, ninguna os interesará tanto, de seguro, como la carta en verso a Candelaria Somellera, que merece, no sólo ser conocida en su totalidad, sino también analizada con algún detenimiento. La epístola en cuestión fué escrita con un propósito que se enuncia en la primera estrofa :

Tú te quejas, pobre amiga,
De tu triste soledad
Y yo quiero convencerte
Que te debes consolar.

Acto continuo empieza la demostración, que consiste en contraponer las costumbres y reuniones sociales antiguas, llenas de amenidad, franqueza y encanto, a las del día, saturadas de empaque y mutismo, etiqueta y aburrimiento. Observad este cuadro edénico del buen tiempo viejo :

¿ Has pensado que ahora existe
Nuestra antigua sociedad,
Donde todo era cariño,
Dulzura, amabilidad ;
Donde todos a porfía,
Le querían tributar
Culto fino y delicado
A la divina amistad ;
En donde cada señora
Era una divinidad,
Y el respeto y el cariño
Se sabían hermanar ;
Donde la gracia y el chiste
Se veían siempre brillar ;
Donde encontrabas amigos,
Consecuencia y lealtad ?
No, mi amiga, ya no existe
Esa dulce amenidad,
Y lo que ahora se encuentra
Yo te lo voy a contar.

Comparad la antigua edad de oro con la
de hierro que la ha reemplazado :

Los hombres, muy ocupados,
No quieren ya conversar ;
En vano buscar asuntos,
A nada responderán.
Un sí, un no, un por supuesto,
Es cuanto puedes sacar ;
Y bien pronto te apercibes
De que no quieren hablar,
Y ¿ qué se hacen estos mudos ?
Ahora preguntarás.
¡ Oh ! ¿ Qué se hacen ? Aburrirse,
Fastidiarse y bostezar.
Ya sabes que ahora es la moda
Todas las mesas llenar
De frasquitos y juguetes
Para tener que limpiar.
Pues éste es un gran recurso
Para poder arañar
Los muebles y hacerte un ruido
Que te hace desesperar.
Mirando que rompen todo,
Distraídos y sin pensar,
Para evitarte un ahogo,
Los convidas a bailar.

Viene aquí el pasaje patético de la composición. Llevado en alas de su Pegaso, el poeta recarga las tintas sombrías del cuadro y pinta escenas destinadas a horripilar a su lectora y lectores posibles. No es ya sólo por falta de amenidad que pecan las nuevas costumbres, sino, también, lo que es mucho más grave, por el lado de la moralidad. Para persuadirse de ello, basta comparar las danzas de antaño, ceremoniosas y solemnes, constituídas por parejas que caminan tomadas de la mano y se hacen respetuosas reverencias, con el nuevo baile, introducido por la moda de entonces, el vals, especie de torbellino frenético en el cual las niñas pierden girones de su vestido y de su pudor :

¡ Ay, amiga! Si ahora vieras
Este combate naval
En que se ahogan las niñas
Por no poder respirar.
Y se ponen tan cerquita
Que, si por casualidad,

Se rompieran los vestidos...
No se podría mirar.
Este es un baile a lo Congo
A saltitos y a compás,
Es un candombe de blancos,
Que no puedes tú pensar.
Un baile desaforado
Sin gracia, ni dignidad,
Para darse unos abrazos
Que te harían asustar.
Los vestidos se usan largos,
Y es garboso y esencial
Que se rompan a tirones
Como por casualidad,
Y que tomen los pedazos
Los señores, con afán,
Y se los pongan al brazo
Para poder continuar.
¿ Y, las niñas, me preguntas,
No se las vé sonrojar ?
Tienen que cerrar los ojos
Y en el hombro descansar.
Se concluye esta fatiga
Y se pone a conversar
Cada uno con su pareja.

¡ Esto es el juicio final !
Todos son celos y quejas
Pelea descomunal,
Y los más lindos amores
Veo en el baile enterrar.

Hecha la demostración, la autora de la epístola, se encara con la destinataria para decirla:

Ya ves, pues, amiga mía,
Que no tienes que envidiar
A la bella juventud
Que nos viene a reemplazar.

No obstante la evidencia de la argumentación, la autora se considera obligada a reforzarla, y, a tal efecto, parangona la educación antigua con la moderna, deduciendo conclusiones también desfavorables para la última, que abruma a los niños con el estudio de multitud de asignaturas científicas y de ramos de adorno, no consiguiendo, en definitiva, hacer de ellos, sino simples mudos, tan aburridos y aburridos como sus propios padres:

Y si tienes tentaciones
De volver a comenzar
La vida, piensa el trabajo
Que tendrías que arrostrar.
Nosotras sólo sabíamos
Ir a oír misa y rezar
Componer nuestros vestidos
Y zurcir y remendar.
Pero, ahora ; si tú vieras
Lo que se debe enseñar !
Diez maestros a cada hora
Sin dejarlos descansar
Inglés, francés, italiano,
Dibujo, canto, o tirar
La pistola y el florete,
Y hasta el coche manejar.
Se enseñan las matemáticas,
También hay necesidad
De historia y de geografía
Y no sé qué cosas más.
Y todos estos primores,
Nadie lo sospechará
Que lo saben los niñitos...
Porque no quieren hablar,
Tan mudos están como ellos.

La conclusión final, de la cuarteta y la epístola, no puede ser más pesimista y desconsoladora para los que abrigan ilusiones sobre la perfectibilidad humana y el progreso social :

¡ Se muere la sociedad,
Se muere el amor, amiga
Y se muere la amistad !

¿ Será verdad que la autora de esta composición estaba atacada realmente de progresofobia y abrigaba, con sinceridad, las ideas versificadas en este himno al misoneísmo ? No lo creo, por mi parte. En mi sentir, toda la obra es una muestra acabada del alma compasiva, a la par que del genio travieso y finalmente irónico de la autora que, ni mientras escribía esos versos, ni antes, ni después, ni nunca, creyó un solo momento en la agonía de la amistad, del amor, y de la sociabilidad ; en las ventajas de la educación antigua sobre la moderna ; en la decadencia paulatina de las costumbres, en la substitución de los an-

géllicos y placenteros hábitos de tiempos preteritos, por otros, más rudos y tediosos. Para interpretar esa carta con exactitud y darle su verdadera significación, conviene recordar, ante todo, la finísima observación de Sainte-Beuve : « uno se modela siempre, bajo ciertos respectos, en la persona a quien escribe ». Al vaciarse en el molde arcaico de su amiga Candelaria Somellera, doña Mariquita no hacía, desde luego, sino obedecer a la ley de adaptación señalada por Sainte-Beuve, la que, dicho sea de paso, se cumple, a mi juicio, tanto en los diálogos a distancia y por medio de la pluma, como en toda conversación oral. Obedecía, además, a la tendencia, muy suya, de no chocar, con su modernismo, *el antigüismo* — pasadme la palabra — de su amiga, y al deseo de mitigar la nostalgia y el aburrimiento, inherentes a la confinación en un pueblo de la campaña, a que se hallaba sometida Candelaria Somellera, alma chapada a la antigua y algo misantrópica, como se transpa-

renta en varias de sus cartas a doña María Sánchez, de las cuales extraigo los siguientes párrafos, alusivos a la composición que nos ocupa :

A mi niño Antonio he mandado dos días y no te ha encontrado... Los lindos versos que enviaste son muy gustados en el pueblo, pues el niño los dice con mucha gracia. Es tan vivo, que le voy a poner en el colegio.

Supongo, señoras, no dejará de interesaros saber que ese pueblo, cuyos moradores tanto gustaban de los versos comentados, no es otro que la actual barriada de San José de Flores; al cual se llegaba, desde lo que era entonces la ciudad de Buenos Aires, cruzando una agreste campaña, en carretas que empleaban a veces días, para recorrer el trayecto que hoy salva en minutos un automóvil, y que ese niño Antonio, tan vivo de inteligencia y que con tanto despejo recitaba en el pueblo la epístola rimada de doña Mariquita,

andando los años ha llegado a ser nada menos que un príncipe de la iglesia: el virtuoso e ilustre prelado doctor Mariano Antonio Espinosa, arzobispo de Buenos Aires.

VI

Los últimos párrafos de carta transcritos, nos informan sobre la presencia, en esta ciudad, antes de caído Rosas, de la señora de Mendeville, quien, como ya lo dijimos, cortaba, de vez en cuando, su destierro en Montevideo con rápidas visitas a la ciudad natal, efectuadas en los momentos de tregua en la lucha y al amparo de salvo-conductos o permisos policiales conseguidos mediante la intercesión de amigos influyentes del bando rosista. En una de esas breves estadas en Buenos Aires escribió la bellísima carta a Esteban Echeverría, fechada en esta ciudad el

17 de abril de 1845, que pertenece al fondo de documentos del Museo histórico nacional. Toda el alma ardiente y apasionada por la bondad y la belleza de la señora de Mendeville se vuelca en esa hermosa carta al hombre que, por su vuelo de pensador y su dedicación de poeta, brillaba, entonces, como un sol, en el grupo intelectual de los emigrados, hiriendo, con los vívidos rayos de su talento, la romántica imaginación de sus contemporáneos. Para las mujeres ilustradas de esa época, prontas a vibrar con la nota quejumbrosa, poseía, además, el vate del *Himno al dolor*, el prestigio atrayente del infortunio. Nada tiene, pues, de extraño que María Sánchez de Mendeville y Esteban Echeverría se vincularan con una de esas amistades fundadas en la afinidad de las almas y en la recíproca simpatía, que, cuando se forman entre un hombre y una mujer, son fuente perenne de goces delicados, floreciendo y perfumando dos existencias. Así debió de nacer y de ser

Mi estimado Echabarra, espero
que U. tendrá la bondad de venir
esta noche a ser un poco de
Música: muy de prisa

Su amiga

María S. de Mendive

V. D. Esteban Echabarra

la amistad de Echeverría y la señora de Mendeville, consistiendo, para la última, en una confusa amalgama de admiración por el talento del escritor y el carácter del patriota, de compasión por las desdichas del hombre y de tierna efusión maternal. ¿Mezclóse, en este comercio amistoso, algún otro sentimiento? ¿Alióse, al afecto del uno por el otro, algún pequeño grano de pasión amorosa? La conjetura puede a primera vista parecer absurda y hasta ridícula, por tratarse de una señora ya casi sexagenaria y de un hombre que sólo frisaba en la cuarentena. No lo es, sin embargo, con relación a seres que rompen el molde común, como lo fueron Echeverría y la señora de Mendeville, y para quienes la vida afectiva e intelectual suele tener una duración mayor que la normal. ¿Ponéis en duda esta afirmación? Escuchad lo que escribe doña Mariquita a su hija Florencia, nueve años después de esta época, vale decir, a los sesenta y siete años de edad:

Vernet, piensa irse a Europa en febrero. Sería para mí un apoyo porque este amigo es muy bueno — y nada de otro sentimiento — lo que es una ventaja. Es como una mujer para mí; pero sería una protección.

¿Ponéis en duda que la interesante dama, que, como véis, se creía aún, en sus años altos, capaz de inspirar pasiones amorosas, las inspirara realmente? Soportad la lectura de este billete, escrito en 1849 por un admirador o adorador, tan rendido como respetuoso, de los muchos que conquistó en vida doña María Sánchez con su gracia fascinadora, el encanto inefable de su espíritu y el imán poderoso de su corazón. Dejo la carta en el idioma en que fué escrita para conservarle el sabor que posee en la lengua original :

Río Janeiro, 18 avril 1849.

Je sais bien que vous ne pensez jamais a moi. Je sais même que, si parfois mon souvenir vient traverser votre mémoire, vous en êtes fachée.

Je ne vous ressemble pas. Je vous suis toujours attaché, je vous serais toujours attaché, ne fut-ce que pour vous faire enrager.

Me voici aux lieux où vous avez respiré, ce qui serait une raison, pour moi, d'y mieux respirer, s'il m'était possible d'être heureux loin de mes amis.

Vous n'avez qu'une chose à faire, c'est de venir couler tranquillement vos jours dans une charmante petite maison que je vais arranger à Botafogo.

Si tant de bonheur ne m'est promis, j'espère, au moins, que vous compterez sérieusement sur moi, comme sur un véritable ami, et que vous serez bien persuadée du bonheur que j'éprouverais à vous revoir.

Adieu, ne m'oubliez pas, je ne suis pas heureux et j'ai besoin de croire qu'il reste sur cette terre quelques personnes qui s'intéressent encore à moi.

Adieu.

Baron Picolet d'Hermillon.

Conocidos estos hechos, que iluminan con viva claridad los más íntimos repliegues de

un alma, vengamos nuevamente a la carta de que iba a hablaros. En ella se revela, de cuerpo entero, « el médico de los corazones » que ya conocéis, ejerciendo esta vez su sublime ministerio en uno de los casos más difíciles que pudieran ofrecerse en materia de afligidos. Si hubo, alguna vez, hombre que necesitó ser consolado, ese fué, ciertamente, el autor de los *Consuelos*. Su incurable tristeza, el desencanto que respiran sus producciones, no eran, en él, simple postura intelectual, mera cuestión de moda literaria, sino el efecto de causas bien reales e imposibles de eludir: el presentimiento de una muerte próxima, la idea de una vida inacabada, malograda por la doble circunstancia de una enfermedad corporal incurable y de un ambiente social asfixiante. Ved, ahora, cómo desempeña su angélica misión la señora de Mendeville, quien comienza su carta informando a Echeverría sobre el mal éxito de un encargo que éste le ha confiado :

Querido amigo: Usted pensará que lo tengo olvidado. Ni por un momento lo crea usted; pero es imposible sacar partido de su pacotilla... Tenga usted un poco más de paciencia; no se ahogue en la arena; cobre valor; puede ser que esto se pueda realizar mejor y, en este caso, tendré mucho gusto de servirle, pues soy su amiga.

Observad con qué arte exquisito acaricia en seguida el alma dolorida de Echeverría con los más halagadores elogios:

Vamos a la gloria. El señor Rugendas — este Rugendas, es el pintor de mérito a quien debemos el retrato al óleo de doña Mariquita, que ya conocéis — el señor Rugendas, a quien ha visto usted en casa de Pepita, habría tenido mucho gusto en conversar con usted; pero, como no hay nada más difícil que hacer apartes en nuestra sociedad, porque ignora los placeres de la libertad social, se quedó muy calladito. Este señor es un admirador de usted y *es voto*. Es un hombre de alta concepción. Conoce nuestra América, se ha identificado con ella, es un americano indulgente y amante de nuestro pobre país. Tengo el placer de hablar con

él de todo, y me ha contado que ha hecho dos cuadros, tomando sus *Rimas* de usted por asunto. De modo que usted tendrá este lauro, sin sospecharlo. Le he dado un ejemplar de sus *Rimas*; le he hablado de las últimas composiciones de usted que aún no han visto la luz. Tiene una alta idea del saber de usted y le admira y le quiere por la opinión que sus poesías le han dado de su corazón y sensibilidad. Considera perfecta la pintura que usted hace de las pampas. Cree él que usted concibió primero el paisaje, y, después, tomó sus figuras como accesorio para completar aquél. Mucho deseo que hable usted con él, cuando vuelva. Yo le he hablado de usted con extensión, con el aprecio que hago de su juicio y talento. Rugendas publicará un viaje, que será, sin duda, el primero de más valer para América. Ahora recorre esta pobre patria nuestra, toma vistas y golpes de dibujo, para trabajar.

Después de hacer espejear la gloria ante los ojos entristecidos del poeta, procura levantarle el ánimo y prorrumpe en estas exclamaciones :

¡ No se embrutezca usted, por Dios ; luche con el plomo que llueve sobre la imaginación ; alce la cabeza ; no se duerma ; trabaje, para ver los cuadros de Rugendas !

Palabras alentadoras y vibrantes, que debieron resonar como toques de clarín en los oídos de Echeverría; a quien, su habilísimo galeno, concluye por propinarle la morfina de la resignación en la forma usual, tan conocida como eficaz, consistente en no contrariar el monodéismo del sujeto y en poner, sin cesar, ante sus ojos, el espectáculo del infortunio ajeno.

¡ Qué bien hizo usted en ponerle María a la gaucha de su romance ! Este es nombre perseguido por la desgracia, nombre fatal. Para una heroína desgraciada es el más a propósito.

En fin, la desgracia está a la moda. ¿ Qué me dice usted de Juanita S... ? Hay, para un poeta, asunto. ¡ Qué destino perverso ! No hay que aspirar a la felicidad en esta indigna vida. ¿ Ha conocido usted algún dichoso ? Sólo un instante, para

atormentarlo después con la privación del bien que ha poseído. Y, en esta nuestra tierra, el mal viene en profusión, y los consuelos, para siquiera suavizarlo, ninguno.

Así tonificaba, como con un generoso cordial, María Sánchez de Mendeville, el alma doliente de su amigo; así disipaba, con los destellos de la gloria, las sombras que entenebrecían el espíritu del poeta, en el atardecer prematuro de su vida, truncada por la muerte, apenas cinco años después, sin alcanzar a ver su patria libertada para siempre de las cadenas del despotismo.

VII

La página gloriosa escrita por Urquiza en los campos de Caseros restituyó a María Sánchez de Mendeville a su hogar de Buenos Aires, del que había salido trece años antes,

creyendo volver en un plazo de pocos meses. Tan habituada estaba ya a la idea de su destierro, que, cuando conoció el resultado de la batalla y la fuga del tirano negábase a darle crédito :

Puedes juzgar, por mi pulso, cómo está mi cabeza y mi corazón — escribe a su hija Florencia, en forma incoherente y atropellada. — ¡ Te acuerdas, cuando murió Mr. Bacle, que yo creí que se hacía el muerto ? Pues, ni más ni menos. Estoy aturdida, tonta... ¡ Cómo estarán las patriotas de mi país ! ¡ Si será verdad ? A cada momento lloro ; no puedo hacer nada ; ando de un lado a otro, como tonta, deseando buques de esa tierra de mis lágrimas... ¡ Cómo me acuerdo de doña Luisa, de la negra Jerónima ! Dilas mil cosas... A todos quisiera escribir, pero el pulso está tan agitado, que no me deja sino abrazarte con tus hijos.

Un mes después de Caseros, el gobierno de Buenos Aires reinstalaba, por decreto, la Sociedad de Beneficencia ; y, a los tres días de dictada la resolución gubernativa, las socias

designadas oficialmente, y entre las cuales encontramos a María Sánchez de Mendeville y al grupo de sus amigas que ya conocéis, Justa Foguet de Sánchez, María Gómez de Calzadilla, Pilar Spano de Guido, Isabel Casamayor de Luca, y otras, congregábanse para reconstruir la fundación rivadaviana que el déspota había demolido, al par de tantas otras, movido por ese odio persecutorio y destructor característico de los que son incapaces de crear. En esa sesión memorable, como en la que, veinte y nueve años antes, habíase efectuado para colocar los cimientos de la institución, María Sánchez de Mendeville actúa también de secretaria. Huelga decir que, en el desempeño de este cargo como en toda la labor reconstructiva y progresista que llevó después a cabo la meritoria corporación, su ilustrada y talentosa secretaria de entonces tuvo papel y parte preeminentes. Sale de este trabajo el detallar esos hechos, dado que mi propósito no es escribir una biografía sino

bosquejar un retrato; viéndose, por lo mismo, colmada mi ambición si consigo transformar el fantasma pálido y evanescente de María Sánchez de Mendeville, que aparece en historias, crónicas y tradiciones, más o menos fantásticas, en una figura humana, viviente y expresiva, con huesos que se acusan bajo los músculos y sangre que se transparenta bajo la piel. Para ello, he procurado mostrársela en forma que os figuréis estar viéndola y oyéndola; ni más ni menos que como habló y se condujo en los episodios culminantes de su existencia. Tal método de estudio y modo de ejecución nos pone ahora, saltando algunos años de la vida de doña Mariquita, en presencia de un incidente a todas luces importante: la polémica que sostuvo con Sarmiento. No es el caso de relatar aquí todas las peripecias de ese encuentro, en el cual, en definitiva, las autoridades escolares, representadas entonces por el gran educador, reivindicaban para ellas solas el privilegio de correr

con la educación de la mujer; despojando a la Sociedad de Beneficencia de las escuelas públicas para niñas que ésta mantuvo bajo su dirección desde 1823, en que abrió los cinco primeros establecimientos del género existentes en el país, hasta 1876, en que todos ellos pasaron a depender de la Dirección General de Escuelas de Buenos Aires, en virtud de la ley de educación común. Inicianse las primeras guerrillas a propósito de la enseñanza de la caligrafía, para la cual, Sarmiento, había recomendado los cuadernos reglados. La Sociedad de Beneficencia cometió la grave falta, en opinión de Sarmiento, de escuchar, al respecto, el dictamen « que se permitió emitir » una maestra de escuela, cuyas opiniones analiza y rebate en su informe elevado al gobierno en 1856.

En un segundo memorial, pasado el año 1859, Sarmiento arremete, ya directamente, contra la Sociedad de Beneficencia, con el empuje que le es peculiar y su incontinencia ver-

bal acostumbrada. Incúlpa de presentar al gobierno estadísticas erróneas y fulmina acres censuras por la enseñanza que se imparte en el colegio de huérfanas, impropia de las asiladas, por su elevación, y más adecuada para preparar « Damas de las Camelias », que es a donde conduce « la elevación femenil sin recursos ». Sólo María Sánchez de Mendeville, entre todas sus compañeras, podía, con su gran autoridad y superior espíritu, recoger el guante del atleta formidable, y justar con él por los fueros y el crédito de la corporación a que pertenecía. Hubo así de salirle al encuentro y de hacerle frente; y lo hizo por medio de un informe que presentó al gobierno la Sociedad de Beneficencia. El notable alegato fué remachado con una carta confidencial al propio Sarmiento, exquisita en su amable ironía :

¡ Qué mala partida me ha hecho el viejo amigo — dícele — con ese negro informe ! Mis compañeras están sentidas en alto grado ; pero yo tengo mi

filosofía... Créame usted que lo he desconocido... porque, en sus ideas de progreso, se empeña en destruir nuestra corporación. En un país en que los hombres están siempre en guerra civil ¿no cree usted sea utilísimo que las señoras cuiden de los establecimientos de caridad y educación de la mujer ?

Y después de estos pases de mano magnéticos, con una finura y una gracia encantadora, le aplica el epíteto de loco, con que el público lapida ya al profeta que lo contradice:

¡ Vaya, mi amigo, que ha « delirado » usted en ese informe ! Usted es un injusto, — agrega. — No se contenta con la política y los muchachos, y quiere pelearse con las mujeres. ¡ No sabe usted qué malos enemigos son las mujeres !...

Después de cuya frase, que no se sabe bien si importa una terrible amenaza o una amistosa advertencia, tiende gentilmente la mano a su adversario y le invita a firmar, en el interés público, un generoso tratado de paz :

No nos haga la guerra, que podemos hacer mucho bien estando de acuerdo. Por mi parte, no hago caso de sus recriminaciones, porque creo que ellas se deben a su celo por la educación, y por eso lo perdono.

Erigiéndonos, por nuestra parte, en jueces de campo del hermoso torneo, ¿no es el caso de decir que Sarmiento y María Sánchez de Mendeville eran digno rival el uno del otro?

VIII

Un médico de almas, eso fué, como vimos en una de las manifestaciones más simpáticas de su carácter, María Sánchez de Mendeville. Y, debemos añadir, no un médico cualquiera y adocenado, sino el grande y profundo clínico, que, por haber cursado estudios completos en la escuela práctica del dolor y en la universidad del infortunio, sabía bien

que no hay enfermedades sino enfermos, cada uno de los cuales reclama un diagnóstico especial y un tratamiento curativo también específico. Habéis visto ya, con qué habilidad distrae y mitiga los acerbos dolores de Echeverría; observad ahora su *modus operandi*, verdaderamente magistral, en un caso tan difícil como el anterior, pero de índole diferente. Se trata del alma enferma de Alberdi, torturado, según se sabe, por la idea de creerse negado y perseguido en su propio país: un caso típico de monomanía persecutoria intelectual, que evolucionó en el mismo sentido de los casos análogos de manicomio, convirtiéndose, al final, el perseguido en perseguidor y rebajando la colosal figura del sociólogo a la minúscula de detractor de Mitre, Sarmiento, Vélez Sársfield y otras altas personalidades argentinas. He aquí el récipe de la doctora de Mendeville, en el cual se combinan, *secundum artem*, elogios a la obra y la persona de Alberdi, curiosas apreciaciones

sobre el medio intelectual americano y crítica de costumbres; todo ello, admirablemente adaptado a la idiosincracia del paciente :

¡ Con cuánto gusto he visto la brillante reputación que usted se ha adquirido ! Ello no me ha sorprendido, porque preveí que usted sería un hombre de valer, cuando era usted un niño y nos iba a leer sus versos, todos los días, en nuestra casa de la calle del *Mercadito*. ¡ Cuántas cosas han pasado por nuestras cabezas, amigo mío ! Y ¡ qué feliz ha sido usted en pasar lejos de aquí estos años desgraciados, y poder contraerse al estudio y a cosas útiles ! He devorado su libro y lo tengo sobre mi mesa. Comprendo todos los compromisos que usted ha tenido que arrostrar, y, no habiendo sido usted testigo de muchos acontecimientos, apruebo mucho el medio de exposición que usted ha adoptado. Es muy difícil escribir sobre nuestras cosas ; pero usted ha salido del paso muy bien, y nada, a mis ojos, más digno de elogio, que su modestia. La arrogancia y la presunción pierden muchas capacidades jóvenes en nuestro país. Así, permita usted a su vieja amiga que lo felicite de todo corazón. Pero no quiero

sólo contentarme con esto, sino que también deseo hablarle de estas dos patrias nuestras. Animada de patriotismo y de un sentimiento humanitario, anhelando el progreso y la civilización, quisiera que los que, como usted, trabajan, tuvieran la recompensa que merecen, y que, conociendo los males que devoran a estas pobres tierras, pudieran encontrar el remedio. Usted escribe de lejos, mi amigo, y con muy buena intención, pero olvidándose un poco de la realidad. ¿Cómo le dará a usted una idea de esta triste realidad? ¿Qué constitución puede ser bastante para pueblos que desconocen, a cada momento, los deberes del hombre en sociedad? Ya sabe usted la composición de nuestra sociedad: pereza y envidia; todo trabajo constante cansa y fastidia. ¿Cómo aprender nada? Encontrando en sí mismo esta resistencia, para lo que pide tiempo y estudio, no se puede saber nada; y entonces se aborrece al que sabe, y no hay estímulo sino envidia. No se puede usted hacer una idea del lujo de estos pueblos pobres; así en las personas como en las casas. Todos quieren tener, no sólo grandes comodidades, sino un gran lujo; y como ya usted sabe que suelen levantarse las grandes fortunas mediante in-

trigas políticas, ya se puede usted hacer cargo que no faltan aspirantes.

Trece años de permanencia en cualquier ciudad, es espacio de tiempo suficiente para que, quien los haya pasado, experimente alguna vez, después de ausentarse, irresistibles deseos de volver al lugar donde gozó emociones placenteras y sufrió punzantes dolores. Esto importa decir que doña Mariquita retornó a Montevideo en más de una ocasión; y aun residió en la atrayente ciudad un nuevo período de su existencia, que pasaríamos por alto si no estuviera asociado a la serie de cartas que dirigió desde allí a su hija Florencia Thompson de Lezica, y en las cuales la ilustre señora nos muestra hasta el fondo su gran carácter. En esa correspondencia, a diferencia de la que mantuvo con su hijo Juan Thompson, se habla un poco menos de política y un poco más de la familia, de los amigos y conocidos, de la sociedad en general;

mezclándose, a las noticias cambiadas, risueños comentarios, agudas observaciones, certeras reflexiones sobre el mundo y la vida. Recorriendo esas cartas, encantadoras por el *negligé* de su estilo, imagínase el lector estar escuchando, desde una habitación contigua a la que ocupan nuestras damas, el diálogo íntimo y sabroso, confidencial y picante, que ambas sostienen con la libertad y confianza absolutas de los que creen hablar sin testigos. Y no deja también de ocurrir, a veces, en esas cartas, como en las conversaciones a solas, que uno de los interlocutores recomiende al otro el secreto de lo que cuenta o dice: esto no se puede decir; guárdate de repetir esto. Escuchemos a nuestra dama:

La pobre M... me parte el alma. Mujer que tiene pasiones, tiene méritos; y, sea en la clase que sea, hay corazón, y es lo que aprecio. A las que se consideran impecables, les tiemblo: suelen ser perversas. En mi larga peregrinación por el mundo he notado que las castas Susanas son, a me-

nudo, un saco de envidia, defendiéndose, las más veces, porque nadie las persigue, o por vanidad; pero no digas esto, hija, porque me tendrán por una bandolera.

Acabáis de oír cómo practicaba doña Mariquita el deber de la tolerancia; ved, ahora, como ejercitaba, en medio de la estrechez a que la habían reducido reveses de la fortuna, la santa virtud de la caridad:

No puedo decirte lo que me duele no tener una casita para las de Larrea. La de Mr. Denis, que es la mayor y con cuartos más grandes, se las ofrecería por seis meses, gratis. Ya conoces mi corazón. ¡Cómo siento el ser pobre!

Vamos a cosas más alegres, según exclama ella misma en otra carta:

Como tanto me halagan, ponderan y agasajan, hago ánimo, algunas veces, para ir al mundo. Esta es mi filosofía: para ser gente, es preciso ir donde va la gente decente. Vamos peleando con la suerte, hija, y prolongando la vida. El viernes santo,

aguantar; el día de pascua, aturdirse; porque divertirse, el que tiene memoria, no es posible.

Notad cómo, a pesar de los años, persiste en ella el culto femenino por la estética de la persona, y esa coquetería, púdica y honesta, que en la mujer es una obligación, casi diría moral:

Esta noche es el baile de Amaral. Voy como máquina, pero voy; y te daré cuenta de mi toaleta: el vestido de blonda negro, puesto sobre un raso rosa bajo — traje que usó la emperatriz de Francia. Como era de descote, lo he hecho abierto, con una guarnición de blonda en el descote y una camisita con valencianas. En la cabeza, un peinadito de encaje fino, con dos marabús, y, en la punta, mi rico alfiler a lo María Estuardo. De suerte que: el cuerpo como una emperatriz y la cabeza como una reina, ¿qué más se puede pedir cuando hay biznietos?

Reparad, todavía, cómo la apasiona y encanta la buena sociedad, el trato de gente fina, como ella dice; y cuán gratamente cos-



Daguerreotipo de la señora de Mendeville
existente en el Museo histórico nacional

quillea su amor propio el verse buscada y agasajada por personas de valía, no obstante el cambio en su situación pecuniaria :

Lo que hay de cierto es que, tanto en el baile anterior, como en todos aquellos a que he asistido, he tenido siempre un círculo de lo mejor y no he estado un momento sola ; pero estoy cansada del mundo : quisiera un jardincito, una casita limpia, y soledad. No obstante, otros son más desgraciados que yo ; y así ; paciencia ! no se enoje Dios y me quite esta actividad, que tanto me envidian.

El ensueño de la casita limpia, con un jardincito y soledad, aparece en otra carta, pero esta vez en forma más práctica y con una variante, la ausencia de soledad ; lo que está más de acuerdo con el carácter sociable de doña Mariquita :

Si no me voy a Europa, regresaré allí para vivir en mi casa ; alquilaré solamente el depósito, la cochera y un pedazo de la huerta, con lo que obtendré lo mismo que antes ; haré plantar árbo-

les en el segundo patio, y será mi quinta; y de este modo me daré el gusto de comer los domingos con todos mis nietos, y de lucir a mis nietas en el salón donde creció su madre.

IX

Arrendar sólo una parte del gran caserón colonial, dando a éste salida por la calle lateral de Cuyo; reservarse, para vivir, el cuerpo delantero del edificio, con las habitaciones sobre la calle de la Florida, con el primer patio— en cuyo centro seguía floreciendo todos los años el viejo naranjo, debajo del cual había jugado cuando niña y departido, cuando casada, con Liniers y Berresford, San Martín y Alvear, Pueyrredón y Bonpland, y tantos y tantos otros personajes históricos; — hacer plantar árboles en el segundo patio, el de los esclavos, para darse la ilusión de la vida campestre... convengamos, señoras, en que el

sueño de María Sánchez de Mendeville no era ambicioso en demasía. Por eso, no transcurrió mucho tiempo sin que le fuera dado realizarlo, instalándose, como lo pensara, en la antigua casa solariega, donde pasaría los últimos años de su vida, reconfortada por el afecto caluroso de los suyos y dulcemente embriagada por el incienso del respeto social que no podía faltar a quien, como ella, habíase prodigado sin tasa en beneficios particulares y en servicios públicos. Y es de justicia y de utilidad reconocer que no se le escatimaron, a María Sánchez de Mendeville, en el ocaso de su existencia, ni el cariño de los propios, ni el aprecio y consideración de los extraños. No bien reintegrada a su querida Buenos Aires — la patria de sus lágrimas, como ella dice, — se la rodea y festeja, se la adula y agasaja. La Sociedad de Beneficencia, que tanto le debía, llévala a la vicepresidencia, primero, después, a la presidencia; y en este nombramiento no es fácil discernir

cuál es el que honra y cuál es el honrado : si la benemérita institución de Rivadavia o la principal colaboradora del insigne hombre público en la fundación del instituto ; y la mujer que, por sus talentos administrativos, por su penetrante intuición de los hombres y cosas del país, por su espíritu progresista, por sus condiciones y virtudes sociales personifica, con mayor vigor y relieve, las altas dotes de la dama pública argentina. El corazón sensible de Misia Mariquita debió, más de una vez, henchirse de inmensa satisfacción y de legítimo orgullo ante las demostraciones cariñosas de amigos y conocidos, y ante el respeto público que la seguía a todas partes. Multitud de hombres de distintas generaciones, desde el atildado secretario de San Martín, el general Tomás Guido, hasta el grupo de los jóvenes que se iniciaban entonces en la vida social — los Estrada, Moreno, Obligado, pasando por los compañeros de su hijo Juan Thompson, restos gloriosos del fa-

moso grupo literario de 1836, como Juan María Gutiérrez, frecuentaban el tercero y último salón de Misia Mariquita, donde, a falta de las luces irradiadas por la regia araña de plata colonial, brillaban las chispas del ingenio de la dueña de casa. El sillón de la anciana veíase rodeado por jóvenes y viejos que acudían, sin cesar, a deleitarse con el encanto de su verba chistosa y animada, sugerente e inagotable, como esos manantiales de agua viva y permanente, alimentados por fuentes recónditas de ilimitado caudal. Los recuerdos de la patria vieja, de los tiempos heroicos de nuestra gesta revolucionaria, o las téticas escenas y los cuadros sombríos de la dictadura acudían espontáneamente a su memoria de oro, y fluían en tropel de sus labios elocuentes en anécdotas pintorescas, en relatos coloridos, impregnados de férvido patriotismo y sazonados, no pocas veces, con un ático grano de fina malicia.

Llegados a esta altura de la vida de nues-

tra dama, y después del desfile, como cinematográfico, de episodios históricos en los cuales tomó parte y de altas personalidades con quienes se halló en contacto, hémos ya habilitados para recapitular, en un juicio de conjunto, la figura y acción social de María Sánchez de Mendeville. Se la deforma, a mi parecer, sin conseguir agrandarla, cuando se la compara a otras damas ilustres de distinta época y nación, como madame de Sevigné o madame de Staël; y la expresión que a su respecto se atribuye a Echeverría, la Corina del Plata, no es tampoco más feliz. La figura de la señora de Mendeville, desde luego, no tiene valor universal, como lo tienen, sin género alguno de duda, las de madame de Staël y madame de Sevigné. A diferencia de la acción y la gloria de éstas, la gloria y la acción de doña María Sánchez sólo tienen por marco su propio país; dentro del cual se nos ofrece, por cierto, con todos los caracteres de un espíritu selecto e indiscutiblemente superior, sin que

ello nos autorice, sin embargo, para graduarla de poetisa y prosista llena de gracia y oportunidad, como López la califica. La escasa cultura que recibió, y que sólo pudo ampliar después, imperfectamente, más que por el estudio, por medio de lecturas desordenadas e insuficientes y por el trato con personas ilustradas, explican, de sobra, por qué no es posible titularla de escritora, a pesar de sus cartas, llenas de amenidad, pero que no trascienden del tono y la forma de la conversación familiar o de salón, y no obstante algunas pocas composiciones en verso, que no traspasan el límite de lo que pudiera llamarse pasatiempos rimados. Hechas estas reservas, que implican decir lo que no fué María Sánchez de Mendeville, porque no podía serlo, y no porque careciera de notorias condiciones para serlo, digamos lo que realmente fué. Fué, ante todo y sobre todo, un gran corazón, y es ésta también la cualidad que ella toma, en primer término, para aquilatar el valer de los demás :

Procura en tus amistades—aconséjale a Juan— dar la preferencia a gentes que sientan con vehemencia y no sean egoístas. Esas personas, que tienen sus pasiones arregladas como papel de música, no entrarán en mi corazón... Por eso, nuestra patria ha venido al triste estado en que se encuentra. Se mira padecer al prójimo con serenidad, y cada uno no ve en las penas de otro las de un semejante, sino para reservarse más, a fin que no le toque.

Y aludiendo, en seguida, a la prisión de Juan María Gutiérrez, a quien sus íntimos apodan, por ironía, el Ñato, agrega :

Bien sabes por qué estoy aquí en el destierro : por seres menos aun que indiferentes, y que no valen, en mi concepto, ni un zapato del Ñato. Vaya, hijo, que he visto cosas en esta patria que cada día me entristecen más. No seas egoísta, Juan mío, que aunque el alma sensible sufra también tiene goces que valen bien comprarse caros.

Fué, además, una voluntad en acción, y por serlo, no obstante arraigadas creencias re-

ligiosas, prefería practicar el culto en obras, antes que en palabras :

Yo pienso — escribe al director de un colegio — que lo que necesitamos son madres de familia que sean industriosas, que crien sus hijos cristianos, pero activos. Se puede orar lavando, planchando, cosiendo, cuidando sus hijos : en suma, yo quiero religión en acción. No quiero esas mujeres que hacen consistir la religión en estar ociosas, rezando todo el día. ¿ Qué sería el mundo, si no hiciéramos sino meditar ? Yo veo que Dios no descansa en sus obras. Desde el más pequeño insecto hasta el animal más grande no están constantemente durmiendo o reposando... ¿ No es esto una lección permanente que debemos imitar?... No se imagine usted que no elevo yo mi alma a Dios sin cesar ; pero las madres de familia tienen grandes deberes, y es preciso llenarlos con prudencia... Todo esto es sólo para usted, confiada en su discreción y prudencia.

Y para la historia, agrego, por mi parte, que no puede inculpar a María Sánchez de Mende-ville, por el hecho de acogerse a la propia

autoridad del Divino Maestro, cuando dice :
« día vendrá en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad ».

Fué, por último, una mujer de talento, comparable, bajo ciertos respectos y dentro de su sexo, a lo que representó Sarmiento en el suyo : por su afán de saber ; por su europeísmo inteligente ; por su empeño en formar la cultura argentina, con el aporte de todas las culturas. y hasta no el instrumento civilizador que utilizaba : la educación popular.

Al gobernador Ferré—escríbele a Juan Thompson, en 1840 — yo no puedo servirle sino para las escuelas de niñas. Cuando se acabe la guerra, trataremos de esto y tendré el mayor placer en que se adelante, bajo sus auspicios, en una cosa tan esencial ; porque es preciso empezar por las mujeres, si se quiere civilizar un país, y más entre nosotros, que los hombres no son bastantes y que tienen las armas en las manos para destruirse constantemente.

Mujer extraordinaria, de corazón, de acción y de pensamiento, no es fácil encontrar otra argentina que la supere, ni que, tal vez, la iguale, en la simultánea y armónica posesión de tan excelsas calidades, por lo cual constituye, en mi sentir, como el arquetipo de la gran dama argentina, no pulida aún suficientemente por una cultura intelectual superior, pero que sólo espera recibirla, para reflejar, con hermosas irisaciones como el brillante en sus múltiples facetas, la luz esplendorosa de la vida.

X

La severidad del método usado para bosquejar, según las reglas, una silueta física y moral de María Sánchez de Mendeville, que se aproxime a la exactitud asequible en materias históricas, no prohíbe, y antes aconseja — si bien con las reservas y precauciones del

caso — el empleo de las fuentes testimoniales y tradicionales. El anecdotario de Misia Mariquita que me ha sido dado recoger, tan interesante como rico, confirma, en un todo, la información documental y su interpretación psicológica. Ejemplo, esta preciosa historieta que nos refería días pasados, en esta misma casa, una dama respetable: la señora Dolores Lavalle de Lavalle. Consentid que os la cuente e interprete a mi modo, enfilando, en el hilo de mi exposición, esa magnífica perla. Discutían, una vez, las socias de la Beneficencia, en forma tan apasionada, que Misia Mariquita, allí presente, dejándose llevar, al parecer, por un movimiento de fastidio, quitóse la gorra que llevaba puesta y la arrojó con violencia al suelo. Acababa apenas de llevar a cabo acto tan poco parlamentario, como muy de su carácter apasionado, cuando, recobrando el imperio de sus nervios, si es que lo perdió en realidad, y sacando partido de su propia falta, recogía la gorra del pavimento y se casti-

gaba a sí misma con una amonestación que, en el fondo, importaba un auto-elogio y quizá una censura para algunas compañeras: « ¿ Qué es esto, Mariquita ? ¿ Te estás poniendo guaranga, acaso ? » Espíritu sin arrugas, por lo que véis, continuaba, anciana, sintiendo como cuando joven ; y uno de los asiduos de su último salón nos cuenta que seguía pensando también de la misma manera. « Mantuvo siempre la juventud y el frescor de las ideas — escribe Santiago Estrada — gracias a su comercio con los libros y a su aspiración, extraña a la ancianidad, de continuar desarrollando las fuerzas intelectuales, a pesar de los años y de la vida fatigada que soportaba. » Con efecto, fué una pasión de doña Mariquita, desde sus tiempos juveniles, la lectura seria e instructiva ; y no faltan documentos que hagan luz sobre el carácter de las obras con que alimentaba su curiosidad universal y satisfacía su ansia de elevarse espiritualmente. Ya en 1822 obséquiala alguien el *Quijote*, tra-

ducido al francés, colmando, con ese regalo, un deseo o capricho expresado por la señora. En su ancianidad, uno de los muchos hombres superiores, que puede decirse sus hijos intelectuales, por haber ella contribuído a formarlos con su aplauso y consejos experimentados, Juan María Gutiérrez, no halla mejor manera de manifestarle su afecto y gratitud, verdaderamente filiales, que enviándole aquellos libros cuya lectura pudiera interesarla. ¿Qué libros son esos, preguntaráis? El mismo Gutiérrez va a daros la respuesta en dos hermosas misivas. He aquí la primera :

Noviembre 1º de 1861.

Mi querida amiga : Hoy están pensando en usted sus hijos y sus infinitos amigos, en todas partes del mundo. De Chile, de Francia, de España, le mandan a usted, con el pensamiento, tiernos saludos y felicitaciones. Yo me uno a todos los que la estiman y aman a usted, para desearle toda la felicidad posible y para abrazarla contra el corazón.

Le mando uno de los libros más espirituales

que se conocen, aunque un poco mortificante para nuestro orgullo, pues nos muestra lo mucho que nos parecemos a los pájaros y a los cuadrúpedos.

Mi familia la saluda a usted conmigo, y le desea, como yo, un día feliz.

Suyo como siempre.

Gutiérrez.

Y bien, señoras, por la fecha de la carta y la descripción del libro acompañado, éste no está, quizá, muy distante de ser, nada menos, que *El origen de las especies*, del naturalista filósofo Carlos Roberto Darwin! No creáis, sin embargo, que las obras obsequiadas por Gutiérrez a Misia Mariquita, igualaran siempre en austeridad a la mencionada. Como alumno sobresaliente y predilecto de la maestra en almas doloridas que fué la señora de Mendeville, también Gutiérrez ejercía *in anima nobili* el arte de consolar, especialmente cuando se trataba de su gran amiga. Esta tenía concedido el privilegio, sólo acordado a los que se ama, de desahogar en él sus espli-

nes y decepciones. Fastidiada, así, en cierta ocasión, por el auge inexplicable de un figurón político, tan inflado como vacío, escribe a su amigo :

No sé cómo darme cuenta de ciertos hechos sino diciendo que entran *en moda* ciertos individuos a quienes los ponen para todo, con asombro del que piensa ; y nos encontramos, así, con unos personajes, de los que creíamos una nulidad. En fin, mi amigo, estoy aburrida, sin fe ni esperanza, y hasta la caridad me va faltando.

Siempre que Gutiérrez sabe, o supone, a Misia Mariquita, en estos estados de ánimo, apela a su recetario y le envía la pócima restauradora : una carta cariñosa acompañada de un libro ameno. En un caso como éste, debió haber sido enviada la segunda carta, que dice así :

Mi querida amiga: No sé en qué disposición de espíritu la encontrarán a usted estos renglones. ; Hace tanto tiempo que no nos vemos ! Somos

como dos viajeros, cada uno de los cuales da la vuelta al mundo por su lado, y, de cuando en cuando, se encuentran sobre el *boulevard* y conversan de sus excursiones como si el día antes se hubieran separado.

Mis viajes son por las regiones del papel impreso, las más serenas, y en donde no tratamos sino a personas de nuestra completa satisfacción. Allí he encontrado un retrato de madame Récamier, pintado con la pluma de M. Guizot: se lo mando a usted.

Cumplo, al hacer esta remisión, con un mandato que me impone no se qué voz íntima que me hablaba de usted durante la lectura atenta que he hecho, dos veces, de ese precioso estudio. ¡ Ojalá le proporcione la distracción agradable de algunos momentos !

Desearé que todas las personas de esa casa estén buenas, y que usted me diga que está contenta y gozando de la primavera extemporánea que nos ha traído Junio.

Su invariable amigo.

Juan María Gutiérrez.

Junio 12, a la noche.

La fecha de este billete, como habréis notado, no lleva indicación del año en que fué escrito. Ignoro, entonces, por qué motivo — no sé si por el tono grave y el timbre melancólico que asume allí la voz de Gutiérrez, o por el voto cariñoso que formula, de que la primavera infernal de nuestro junio se muestre propicia al bienestar de su amiga, — no bien leído ese billete, ocurrióseme enviado en los años extremos de la vida de Misia Mariquita, tal vez en el mismo de su muerte, acaecida en 1868. La fecha de aparición, en libro, del trabajo de Guizot sobre Madame Récamier — 1868 — acentuó mi sospecha, que quedó rigurosamente corroborada con el hallazgo, entre los papeles de Gutiérrez, del acuse de recibo de Misia Mariquita. No una sino dos cartas escribe ésta al príncipe de los críticos rioplatenses para agradecer y comentar su misiva. En la primera, datada simplemente: Domingo, dícele:

Mi querido amigo : Mucho agradezco su carta. Hace tiempo que estoy muy triste y sin aquel aparente valor que usted conoce. Mi inteligencia vive en un desierto... Su carta no podía venir mejor. ¡ Cuánta razón tiene usted para decir que somos dos viajeros ! Pero yo ando por el polo glacial, mientras usted, según su carta, recorre países más templados...

Discurre, en seguida, largamente sobre una obra en preparación, de Gutiérrez, diciéndole :

Yo tenía mil deseos de escribirle hace días para felicitarlo por la idea de su obra ; pero no tenía con quien mandar la carta. ¡ Qué simpatías tenemos ! Yo habría pensado y deseado hacer esa obra, es decir, hubiera querido saber hacerla ; y, para consolarme de mi impotencia, me decía : y ¿ quién la leerá ?... Usted hará un gran servicio, pues nuestro idioma se estropea entre nosotros de un modo deplorable. Yo conservo una traducción de Menvielle que leo cuando puedo para recoger frases y lenguaje, como quien toma un cordial.

¿No encontráis, señoras, de una belleza moral estupenda el caso de esta anciana de 82 años, cuya vida ha sido hondamente labrada por el infortunio, y cuyo corazón sangra dolorosamente por heridas nunca del todo cicatrizadas, como son las que abre en la noble víscera la muerte de hijos y nietos adorados; que se yergue, con estoicismo, sobre pesares y dolencias; y, persistiendo en su culto por la elegancia del decir, indicio inequívoco de alcurnia interior, se afana todavía en escoger, en un libro de cabecera, voces y frases que habrán de hermohear su lenguaje, como quien, llevado del deseo de adornar su persona, busca piedras y joyas preciosas en un alhajero? La admirable octogenaria hace después sabrosas consideraciones sobre el estudio de Guizot, mostrando conocer el asunto hasta en el detalle, perteneciente al gabinete reservado de la historia, del defecto de conformación física de que adolecía la bellísima francesa:

Vamos a nuestra madame Récamier, de la que tengo muchas noticias por personas que he tratado. Era muy linda, aunque no gran inteligencia; pero en el mundo en que vivió se aprendía aún más que en los libros; y con un carácter sociable como el que tenía pudo ser todo lo que dice el artículo de Guizot. Pero yo le diré a usted un *secreto*: era un *sér incompleto* y no podía sentir las pasiones; no conocía los celos, la desesperación de una infamia o una ingratitud. Su vida era un arroyuelo suave, sin borrascas, y su belleza se conservaba así mejor, porque nada podía alterarla... Y como no daba preferencias a ningún adorador, todos quedaban resignados... Voy a contarle una anécdota espiritual. Madame Récamier y madame Staël estaban una vez en sociedad con monsieur de Talleyrand, quien dirigía a las dos preciosos cumplimientos. Ellas le exigieron, entonces, dijera a cuál de las dos daba preferencia en su afecto. Esta broma, sostenida con gracia y talento, envolvía mil agudezas de los tres, hasta que, madame Staël, dícele de pronto que ella lo va a poner en la ocasión de decidirse. Suponiendo que las dos cayeran juntas al agua, ¿a quién socorrería usted primero? A madame Récamier,

costestó Talleyrand, porque usted *nadaría sola*. ;Vea usted qué gracioso modo de lisonjear a las dos! ;Ay, amigo, qué encanto es la sociedad de gente fina! Yo he gozado mucho en ella, y así siento más mi soledad...

En los últimos párrafos de su carta, Misia Mariquita encuentra, en la facilidad de adaptación a interlocutores o corresponsales que le era característica, el medio de halagar el liberalismo volteriano del eminente rector de la Universidad de Buenos Aires :

Esta carta ha sido mi misa. No he salido, por el tiempo, y he aprovechado el rato.

Después de lo cual dirige a su amigo un cariñoso y a la par melancólico reproche :

No me olvide tanto, que no me queda mucho que vivir; todo el día pienso en esto.

El segundo billete, correlacionado con el anterior, lleva la fecha de 20 de junio de 1868

y ha sido escrito siete días después del primero, pero enviado junto con éste :

Parece que hubiera un hilo eléctrico entre nosotros—comienza.— Yo he pensado mucho en usted en estos días, y veo, con gusto, que también usted ha pensado en mí. Estaba ayer en mi cuarto cuando me trajeron su libro (se trata de un nuevo envío de Gutiérrez). Mandé corriendo a buscar al emisario para darle la carta adjunta que, desde el domingo, duerme en mi cartera... Hace días que pienso mucho en mi último viaje, y en los momentos que puedo arreglo papeles. No se puede imaginar usted las cartas de usted que he quemado. Creo que a nadie ha escrito usted más que a mí. Algo separo para que usted mismo lo quemé. Mi espíritu y mi cuerpo están muy abatidos... Con respecto al pobre San Martín, cuando nos veamos le diré a usted algo para la historia. Usted que recoge cenizas aprovechará.

No nos ha sido dado averiguar si la prometida entrevista se verificó. Lo más probable es que la señora de Mendeville se llevara a la tumba los datos, seguramente interesan-

tes, sobre el libertador de América, que para un trabajo en gestación pensaba comunicar a Juan María Gutiérrez, pues el instante de partir para el viaje postrero fué anunciándose cada vez más, por indicios menos dudosos. Presintiendo ya, a comienzos de octubre, la proximidad de su fin, preocupóse en el arreglo de todos sus asuntos, así mundanos como ultraterrenos; y, al ir a prepararse para morir como cristiana, tuvo todavía una ocurrencia que nos la muestra tal como era: resignada y sonriente, aun ante el trance supremo, pidió a los suyos que los últimos auxilios y consuelos espirituales le fueran administrados, no por el cura de la parroquia, ya anciano y achacoso, sino por otro sacerdote de edad menos avanzada, porque, según dijo con fina intención, « hasta para morir, era preferible entenderse con jóvenes ». Y se durmió, después, serenamente, en la paz del Señor, el sábado 23 de octubre, ocho días antes de aquel en que debía entrar en los 83

años de una vida útil y completa, ejemplar y fecunda. Su agonía fué tan plácida y dulce como habían sido, en definitiva y a pesar de ciertos arranques pasionales, los adentros de su carácter, y aún después de muerta su rostro continuaba sonriendo, entre jovial y bondadoso, a los que, movidos por una fuerza atractiva irresistible, acudían a contemplarla por última vez. « Me he trasladado junto al lecho mortuorio de nuestra buena inspectora », narra sencillamente una de las discípulas de la Escuela normal, muy ajena de suponer que sus palabras pudieran ser alguna vez recogidas por la historia. « Su semblante, agrega, estaba tranquilo : parecía que dormía al son de músicas celestiales. » Belleza de expresión, como véis, belleza espiritual, que no excluye, a mi ver, el que pueda también aplicársele el helénico verso del poeta brasileño : *¡ Tanto era bella no seu rosto a morte !* : ¡ Tan hermosa, en su rostro, era la muerte !

De cualquier manera, señoras, lo que na-

die osó nunca negarle a María Sánchez de Mendeville, ni el mismo Rosás, quien sólo intentó zaherirla por su espiritualidad, su elegancia y su gracia, fué su hermosura interior, la belleza del alma, flor inmortal, como dice San Luis, que jamás semarchita.

APÉNDICE

I

El valor histórico de las tradiciones

Conocida es la tradición romancesca, fijada literariamente y difundida por el tradicionista don Prats y S. Obispo, sobre un rasgo de amor ligado de Martín Thompson, cuyos padres habíanse ligado entre sí por un voto recíproco, según el cual el que sobreviviera al otro se obligaba a enclaustrarse en un convento. Fallecido primeramente el esposo, su viuda cumplió lo pactado tomando el hábito de las monjas clarisas, sin esperar para ello el regreso del hijo único, Martín, que por entonces se educaba en España. Vuelto éste a Buenos Aires, acometióle un vivo deseo de ver y de abrazar a su madre, y no pudiendo reprimir ese impulso echó mano, para sa-

tisfacerlo, de un ardid ingenioso. Mezclándose a los vecinos del barrio que, según costumbre de la época, se prestaban graciosamente a descargar las carretas que proveían de leña al convento, consiguió penetrar al interior de éste, logrando por fin descubrir a la autora de sus días en la encapuchada figura de una de las reclusas, la que, no bien el joven se le dió a conocer y se dispuso a abrazarla, lo rechazó fría y severamente, dejándolo traspasado de pena. En la narración de Obligado, calcada sobre el relato epistolar, que hemos tenido a la vista, de un miembro de la familia, se contienen diversas inexactitudes que no está demás señalar, en parte a lo menos.

Martín Jacobo Thompson, novio de Mariquita, aparece allí designado con los nombres de Martín Lorenzo, y su padre, Antonio Pablo Thompson, con los de Pablo Guillermo. Este último, según Obligado, resultaría ser un segundón de noble familia, irlandesa y católica, llegado con algún caudal a Buenos Aires a mediados del siglo XVIII. Entretanto, los documentos refieren a su respecto lo siguiente.

Don Antonio Pablo Thompson era hijo legíti-

mo de don Guillermo Thompson y de doña Isabel Martin. Nació en la ciudad de Londres y no en Irlanda. Vino de Cádiz a Buenos Aires, en 1751, como piloto del navío mercante *San Jorge*, cuyo maestro era don Ramón de Palacios. Tenía 32 años de edad. Pertenecía a la religión protestante anglicana, e hizo solemne profesión de fe cristiana católica romana; por lo cual, en 1752, consiguió se le otorgara licencia para contraer matrimonio con doña Francisca Aldao. Firmó después « Pablo Thompson », en lugar de « Antonio Pablo Thompson », como lo hacía antes. (Archivo de la Curia Eclesiástica: Extracto del legajo 22, exp. 114.)

Obligado deja correr libremente su fantasía al referir la boda celebrada entre Thompson, viudo ya de doña Francisca Aldao, y su segunda esposa, o sea, la que debía ser madre de Martín Jacobo. Ésta, dice, era « una de las más reales mozas de su tiempo, que lo fué el año de los tres sietes, primero del Virreinato » (1777); agregando todavía a su respecto, que « si el rubio hijo de Albión nació hablando inglés, sabía ella hablar francés, y con pronunciación o timbre tan argentino como el de las *peluconas* de señor padre,

cuando sus esclavos variaban la plata, al sacarlas de los zurroneos y tirarlas con desprecio al montón donde se asoleaban, del que nunca faltó una ».

La crueldad de los documentos rectifica todas estas poéticas circunstancias en la prosaica forma que se verá :

« Año de 1773, día 23 de noviembre.

« *Señor provisor vicario, y gobernador general :*

« Don Pablo Tompson, viudo de legítimo matrimonio con doña Francisca Aldao, en la mejor forma que haya lugar en derecho, parezco ante V. E. y digo: Que animado de el deseo de ejercitar una obra de caridad con doña Tiburcia López y Escribano, mujer que se halla ya en los veinte y cinco años de su edad, destituida de padre, y sin recurso alguno en las necesidades que padece por causa de su pobreza, me he determinado a desposarme con ella para proporcionarle por este medio, el correspondiente remedio; y respecto al impedimento de afinidad que tengo, en tercer grado, de cópula lícita, por haber si-

do mi difunta mujer doña Francisca, tía segunda de la expresada doña Tiburcia, con la cual se hallaba, en tercer grado de consanguinidad, ocurro a la piedad de V. S. a fin de que teniendo presentes los justificados motivos que se ha alegado, se sirva concederme la dispensa necesaria para proceder a dicho matrimonio; por tanto

« A V. S. pido y suplico, se sirva hacerme la merced y gracia, que llevo expresada, y parece de justicia, que pido, y juro etc.

« *Pablo Tompson.* »

No obstante estos y otros errores de detalle, el episodio principal, conservado por la tradición familiar y recogido por el diligente tradicionista, está en las costumbres de la época, hallándose abonada su verosimilitud, ya que no su veridicidad, por el hecho de que Pablo Thompson, padre de Martín, falleció en 1787, y de que su esposa ingresó efectivamente al convento de las capuchinas en 1790, muriendo allí en 1815, sin llegar, no obstante, a ser abadesa, como lo afirma así mismo fantásticamente la tradición. (Informes

autenticados, en poder del autor, procedentes del archivo de las monjas capuchinas de Buenos Aires.)

Menos digna de crédito, por cierto, es la otra tradición relativa a la estratagema que empleaba, según se cuenta, Martín, para penetrar diariamente a la casa de Mariquita y entrevistarse con ella burlando la vigilancia de los padres de su novia, a cuyo efecto se habría servido, a lo que se dice, del disfraz de aguador. De más está decir que, una vez estampados en letras de molde, tanto este novelesco episodio, como el antecedente, son ya artículo de fe para los que escriben sin comprobar aseveraciones, habiendo sido ambas historietas reproducidas y dadas como exactas en trabajos de carácter histórico publicados en estos últimos años.

II

**Juicio de disenso promovido por el alférez de fragata
de la real armada, don Martín Jacobo Thompson (1)**

Excelentísimo señor :

Don Martín Jacobo Thompson, alférez de fragata de la real armada, ante V. E. como más haya lugar digo : que necesitando un certificado de el escribano don Pedro de Velasco, de lo ocurrido entre él y doña Magdalena Trillo en el día de ayer, y como para poder dármele le es necesario una orden de V. E. por tanto

Suplica a V. E. si lo tuviera a bien se sirva dar la providencia competente para el efecto : devolviéndosele los documentos que él exhiba.

Buenos Aires, 7 de julio de 1804.

(Firmado) *Martín Thompson.*

(1) En esta reproducción han sido corregidos los errores ortográficos más graves y omitido algunas providencias de trámite.

Buenos Aires, 7 de julio de 1804.

Como lo pide.

(Rúbrica del virrey Marqués de Sobremonte.)

(Firmado) *Gallegos*.

Don Pedro de Velasco escribano de su majestad, y de la superintendencia general y junta superior de real hacienda de este virreinato : Certifico en cuanto puedo y haya lugar en derecho, cómo en la noche del día 5 del presente mes de julio entró en mi casa don Martín Thompson alférez de fragata de la real armada, a suplicarme pasase a la casa de la morada de doña Magdalena de Trillo, a fin de que por ante mí prestase su consentimiento al casamiento, que el expresado don Martín tiene intentado con la hija de la señora doña María de los Santos Sánchez de Velasco, según así se lo había dicho al confesor de ésta fray Cayetano Rodríguez, para que dicho padre lo pusiese en noticia de S. E., a fin de que nombrase escribano para el efecto. Que efectivamente al siguiente día por la mañana pasé a verme con dicha señora doña Magdalena, y habiéndole hecho el relato que queda puntualizado, y que el expresado don Martín Thompson me ha-

bía nombrado como interesado y por no poderlo hacer S. E. de oficio ; me contestó dicha señora ser cierto cuanto le decía, pero que le era forzoso consultar con su abogado, y que en el día me contestaría ; añádile que fuese por un boleto firmado de su mano, a cuyos puntos me había de ceñir para la extención del instrumento ; y en esa misma noche, por medio de un criado, y bajo de sobre escrito, me remitió el papel que exhibo con la carpeta rubricada por mí. Y para que conste en virtud de lo mandado en el antecedente superior decreto lo signo y firmo en Buenos Aires a 7 de julio de 1804.

(Firmado) *Pedro de Velasco.*

Que aunque no rehusó que mi hija se case, sino que antes lo deseo ; pero mirando por su bien, y por el mío, como debo, no puedo convenir gustosa en que lo haga con don Martín Thompson, pues basta que su padre, que tanto juicio y conocimientos tenía, y tanto la amaba como hija única, lo haya rehusado en vida ; y además de eso siendo Thompson pariente bastante inmediato, sin las calidades que se requieren para la dirección y gobierno de mi casa de comercio, por no habersele

dado esta enseñanza, y oponerse a su profesión de militar, conozco que no pueden resultar de este enlace las consecuencias que deben ser inseparables de un matrimonio cristiano, para que entre padre e hijos haya la buena armonía que debe consultarse principalmente a fin de evitar el escándalo y ruina de las familias, que tanto se oponen a los santos fines del matrimonio.

Excelentísimo señor :

Don Martín Thompson, alférez de fragata de la real armada, ante V. E., del modo más conforme a derecho digo : que desde mediados del año de 1801, contraí esponsales con doña María de los Santos Sánchez de Velasco, hija legítima de don Cecilio Sánchez de Velasco ya finado, y de doña Magdalena Trillo de este vecindario, y aunque con el fin de inducirlos, a matrimonio en quietud de nuestras propias conciencias y observancias de un contrato tan sagrado como recomendable por todos los derechos, solicité el consenso de sus padres, bien persuadido de que ningún motivo les asistía para negarlo y mucho menos para que haciéndose árbitros de la voluntad de la niña en materia tan delicada, aspirasen a su variación o

retardo; pero por causas que hasta ahora he querido averiguar aunque acaso de muy fácil comprensión, se manifestaron tan distantes de concederlo que ni la mediación de personas de carácter y respeto, ni el recuerdo de unas consideraciones capaces de suyo para vencer los mayores obstáculos fueron bastantes para allanar el pretendido consentimiento. Mas al fin confiando en el tiempo de algunas treguas al empeño en que me veía constituido, y muerto el padre de mi esposa en quien suponía mayor obstinación, renové mis instancias con la madre, siendo tanto los pasos de armonía y contemplación con que he procurado atraerla a mi partido, que sería nunca acabar si tratase de puntualizarlos al presente, sin que hubiese omitido el muy oportuno de los confesores y personas eclesiásticas de recomendación, que para iguales casos son, desde luego, las más propias, pero todo ha sido inútil porque aunque muchas veces se ha significado enteramente llana y gustosa pero a cortos momentos ha vuelto a retractarse como V. E. se halla bien cerciorado por haber intervenido en alguna de estas gestiones.

En estas circunstancias no siéndome tolerable por más tiempo el sufrir los inconvenientes que

trae consigo una comportaci3n igual, y habiéndose decidido doña Magdalena Trillo en contra de mis pretensiones, como lo advertirá V. E. por el papel que pasó al escribano don Pedro Velasco, de quien me valí últimamente para que explorase su voluntad y tomase comprobante de ella, me veo en la necesidad, a pesar de la mucha paciencia que me había propuesto y cuyos rigores he sobrellevado por largo tiempo, de ocurrir a la integridad de V. E. con la justa súplica de que usando de las facultades que le concede la real pragmática de 28 de abril de 1803, y teniendo consideraci3n a que la madre de mi esposa no presenta causal alguna que merezca aprecio en abono de su opini3n, según lo persuade el papel que dirigió al escribano Velasco y que acompañó con el certificado que ha dado de su realidad, se digne habilitar la niña para que sin necesidad de él pueda contraer matrimonio. Esta gracia imploro de la bondad de V. E. y para ello, a V. E. pido y suplico se digne expedir la providencia que siendo más conforme a mi solicitud fuese del mejor agrado de V. E.

Excelentísimo señor.

(Firmado) *Martín Jacobo Thompson.*

Excelentísimo señor:

Ya ha llegado el caso de haber apurado todos los medios de dulzura que el amor y la moderación me han sugerido por espacio de tres años largos, para que mi madre, cuando no su aprobación, a lo menos su consentimiento me concediese para la realización de mis honestos como justos deseos, pero todos han sido infructuosos pues cada día está más inflexible. Así me es preciso defender mis derechos ; o V. E. mándeme llamar a su presencia pero sin ser acompañada de la de mi madre para dar mi última resolución, o siendo ésta la de casarme con mi primo, porque mi amor, mi salvación y mi reputación así lo desean y exigen, me mandará V. E. depositar por un sujeto de carácter para que quede en más libertad y mi primo pueda dar todos los pasos competentes para el efecto. Nuestra causa es demasiado justa según comprendo para que V. E. nos dispense justicia, protección y favor.

No se atenderá a cuanto yo pueda decir en el acto del depósito pues las lágrimas de madre quizá me hagan decir no sólo que no quiero salir, pero que ni quiero casarme ; así se me sacará a depósito aun cuando llegue a decir uno y otro.

Por último prevengo a V. E. que a ningún papel mío que no vaya por manos de mi primo, dé V. E. asenso ni crédito, porque quien sabe lo que me pueden hacer que haga.

Por ser esta mi voluntad lo firmo en Buenos Aires a 10 de julio de 1804.

(Firmado) *María de los Santos Sánchez.*

Sor don Martín Thompson.

Muy señor mío :

Cerciorada por la de V. M., que acabo de recibir, de que para terminarse la instancia que ha dirigido al excelentísimo señor virrey a efecto de que me habilite para que celebremos el matrimonio que tenemos contratado, mediante a. que se opone mi señora madre, se le ha mandado que presente poder mío podrá V. M. hacerlo sirviendo esta carta, pues por ella se lo doy con toda la amplitud que sea necesario en el concepto de que será suficiente a vista de que las actuales circunstancias no permiten otra cosa, y para que conste la firmo en Buenos Aires a 11 de julio de 1804.

B. L. M. de V. E. su más atenta servidora.

(Firmado) *María de los Santos Sánchez.*

Excelentísimo señor :

Don Martín Jacobo Thompson, alférez de fragata de la real armada, en el expediente que he promovido sobre que le habilite a doña María de los Santos Sánchez de Velasco para el matrimonio que tenemos tratado, digo : Que consiguiente al auto expedido por V. E. sobre que legitime mi persona con la presentación de el poder de mi propuesta esposa lo verifico desde luego exhibiendo las cartas que me ha escrito en el particular a efecto que reconocida previamente si le juzgase preciso sobre los efectos convenientes. Por tanto : A V. E. pido y suplico habiendo por presentada la referida carta y con ella cumplido el mandato que he hecho relación, se sirva proveer sobre mis instancias según en ellas se conviene y es de justicia que imploro de la bondad de V. E.

Excelentísimo señor :

(Firmado) *Martín Jacobo Thompson.*

Buenos Aires, 11 de julio de 1804.

Por presentado con las cartas que se acompañan y atenta su insuficiencia en el actual esta-

do a producir en lo judicial para que se manifiestan, reconózcense, por la persona que las suscribe, cuya diligencia se somete al escribano mayor de gobierno, y evacuada dése cuenta con los demás antecedentes de la materia para librar la providencia que corresponda.

(Rúbrica del virrey Marqués de Sobremonte.)

(Firmado) *Basavilbaso*.

En Buenos Aires, a doce de dicho mes y año notifiqué el antecedente superior decreto a don Martín Jacobo Thompson. Doy fe.

(Firmado) *Basavilbaso*.

En Buenos Aires dicho día 12 de julio de 1804, yo, el escribano mayor de este virreinato, en virtud de la superior comisión que me está conferida, recibí juramento a doña María de los Santos Sánchez, que lo hizo por Dios nuestro Señor y a una señal de cruz, prometiendo decir verdad sobre lo que fuese preguntada: y siéndola con arreglo a lo mandado en el antecedente superior decreto, dijo: Que el contenido en las dos cartas de 10 y 11 del corriente, que se le había puesto de ma-

nifiesto, es cierto; y que la firma que se halla al pie de cada una de ellas, y dice *María de los Santos Sánchez*, es hecha de puño y letra de la declarante que por lo mismo reconoce que haya otras dos cartas, cuyo contexto reproduce aquí. Siendo esto la verdad en cargo de su juramento y lo firma de que doy fé.

(Firmado) *María de los Santos Sánchez*.

(Firmado) *Ramón de Basavilbaso*.

Buenos Aires, 13 de julio de 1804.

Vistos, con lo relativo de la declaración y reconocimiento que precede: hágase saber a doña Magdalena Trillo que dentro de dos días perentorios, preste a su hija doña María de los Santos Sánchez y Trillo el asenso o consentimiento necesario para el matrimonio que intenta contraer con el alférez de fragata don Martín Thompson; o que si causa o razón tuviese para denegarlo, represente dentro del mismo término, bajo apercibimiento que de no verificarlo así se le suplirá de oficio.

(Rúbrica del virrey Marqués de Sobremonte.)

(Firmado) *Basavilbaso*.

Que aunque no rehusó que mi hija se case, sino que antes lo deseo; pero mirando por su bien, y por el mío, como debo, no puedo convenir gustosa en que lo haga con don Martín Thompson, pues basta que su padre que tanto juicio y conocimiento tenía, y tanto la amaba como hija única, lo haya rehusado en vida; y además de eso siendo Thompson pariente bastante inmediato, sin las calidades que se requieren para la dirección y gobierno de mi casa de comercio por no habersele dado esta enseñanza, y oponerse a su profesión de militar, conozco que no pueden resultar de este enlace las consecuencias que deben ser inseparables en un matrimonio cristiano, para que entre padres e hijos haya la buena armonía que debe consultarse principalmente a fin de evitar el escándalo y ruina de las familias, que tanto se oponen a los santos fines del matrimonio.

(Firmado) *María Magdalena Trillo.*

Excelentísimo señor :

Doña Magdalena Trillo, madre, tutora y curadora de la persona y bienes de su hija legítima doña María de los Santos Sánchez, con su mayor

respeto dice : Que por providencia de 13 del presente mes se sirve V. E. mandarla, que dentro de dos días perentorios preste a dicha su hija el consentimiento necesario, para el matrimonio que intenta contraer con el alférez de fragata don Martín Thompson ; o que si causa y razón tuviere para denegarlo la presente dentro del mismo término, bajo apercibimiento que de no verificarlo así, se le suplirá de oficio. Entendía la exponente que con la respuesta que acerca de esto dió al escribano de la superintendencia había evacuado enteramente sus funciones sobre el particular, porque la respuesta no puede ser más categórica, ni más racional y prudente combinados todos los extremos. Pero advierte que a pesar de esta su calidad V. E. le manda de nuevo que preste su consentimiento, o dé razón ; de donde infiere que, o bien no se presentó aquella respuesta, o que si se presentó V. E. no la tuvo por legítima, en atención a no ir firmada ; mas si no fué en esta forma no ha sido culpa de la exponente, sino del escribano que no se la trajo a firmar, como se lo previno, cuando se la entregó para que lo extendiese, según estilo : bien que si de este segundo principio nace el nuevo proveído de V. E., estaba

salvado el defecto, con que se hubiese mandado, que la exponente reconociere la letra y declarase sobre la certeza, así como no sabiéndose si la letra y firma del papel o carta presentada por Thompson era de su hija se le mandó a ésta que la reconociese, aun sin observar la formalidad de tomarle el juramento en presencia de la exponente como su tutora. Mas sea lo que fuese la causa del nuevo proveído, lo cierto es que la exponente dió respuesta categórica por escrito, y que ésta es suya, tomada con plena deliberación y maduro acuerdo; y para que no se crea que la supone la presenta firmada de su mano, sacada de la copia con que se quedó.

Por ella se convencerá V. E. que no presta su consentimiento para el matrimonio de su hija, no porque rehuse o no quiera que se case, pues antes bien lo desea, sino porque halla que no le conviene con Thompson. Si a su hija se le pasara el tiempo o le faltaran pretendientes, no se opondría la exponente a que se casase, aunque Thompson no sea para ello. Mas habiendo quien la pretende y cuando no quiera con éste, no debiendo desconfiarse que se presente otro u otros de las calidades que la exponente necesita y a que su hija

le conviene, ¿ qué razón habría, qué magistrado prudente podría compelerla y estrecharla a que dé su consentimiento ? ¿ Pues qué ? No hay más, sino porque una joven incauta e inexperta se dejó envolver en los lazos de un pretendiente astuto y artificioso, por eso han de convenir los padres, quieran que no quieran, en que se case, y el interesado pretendiente entre a manejar su caudal, para que se regale y viva, y los nietos perezcan, si no fuese la misma hija. ¿ Qué padre habrá que mire esto con indiferencia ? ¿ Cómo podrá darse superior cristiano que esto autorice, y que compulse a los padres a que condesciendan en su ruina, y en la de toda su posteridad, o a lo menos a que callen ? ¿ Cómo han de callar con un sacrificio de esta naturaleza y tormento continuo ? No es posible.

Diráse que la Iglesia, nuestra común madre, así lo quiere por el bien del alma, que es primero que el del cuerpo. No hay duda que debe ser primero porque es parte más noble el alma que el cuerpo; aquélla es inmortal y éste perecedero. ¿ Pero qué ? Entre todos los hombres del mundo, ¿ sólo Thompson agrada a la hija de la exponente ? ¿ Sólo él puede hacerle familiar ? ¿ Sólo con él

puede asegurar su salvación? Ese es el garfio de que comunmente se valen las hijas de familia no bien impuestas todavía de los principios más elevados de nuestra religión para arrancar el consentimiento de sus superiores a pretexto de santidad o virtud. Pero los que han pasado la primavera de la edad del hombre, y se hallan ya en el otoño, reflexionando sobre las excursiones que hacían en aquella verde edad, tras las flores que los encantaban, saben y conocen muy bien que este no es sino el lenguaje de las pasiones, o un velo impenetrable de una fascinación seductora.

Si a la hija de familia la llevara el aprovechamiento espiritual, si éste fuere el deseo que la ocupara, si no atendiera tanto a otra cosa, como a la religión, entonces no se apartara del consejo de sus mayores, entonces no contrarrestara abiertamente a la voluntad de sus padres, porque la misma religión que afecta seguir se lo prohíbe bajo culpa de pecado mortal, imponiéndole en esta materia la obligación de pedir consejo a sus padres y de no deber apartarse de él, por ser caso gravísimo que lo requiere, que ninguno se lo pueda dar más sano, y que ella no es capaz de tomar por sí sola, careciendo de la edad y experiencia

necesaria, envuelta en la niebla de las pasiones, que no deja percibir la luz. Pareceríale a alguno que habla la exponente con encarecimiento o rigorismo. Pero no es así. Quisiera que los que esto pensasen vieses los autores, que [a la exponente le han leído y se desengañarían que en lo que deja sentado no hay ficción, ni alucinamiento; singularidad o rigorismo, pues es de muchos y buenos. Por esto no peca el padre ni la madre en oponerse al matrimonio de la hija con cierta y determinada persona, sino que antes hace cosa lícita y honesta, si no conviene, y pueden por lo mismo persuadir a la hija que no lo haga, estorbárselo, y aún amenazarla si lo hiciese. No se atreviera la exponente a decirlo si no lo hubiera visto.

Pero cuando la hija no pecara y la madre no pudiera impedirselo, ¿debería no obstante efectuarse el matrimonio? Si de su celebración echase de verse probablemente qué había de resultar entre padres e hijos o aunque no fuere sino entre los parientes de ambos contrayentes, amargos disgustos, alteraciones pesadas, riñas, debates y contiendas, que suscitasen escándalos, dicen otros no menos que los primeros, que no se debe permi-

•

tir, que antes lo debe interdecir o vedar el eclesiástico, aunque haya esponsales contraídos, y se haya seguido desfloro de la virgen, porque la virtud de la justicia, resultante de los esponsales, no puede obligar a la ejecución de un hecho que no puede hacerse sin pecado. Por esto se dice, que seguro está que la Iglesia apremie el cumplimiento de esponsales, de donde se tornan probablemente riñas entre los padres de los contrayentes ¿ Cuánto menos apremiará se tomen entre padres e hijos y entre estos mismos ?

De la ineptitud de don Martín Thompson, joven por otra parte muy a propósito para la carrera que abraza, pero inadecuado para correr con los negocios de la casa de la exponente, no se puede prometer sino esta discordancia y desunión de voluntades, que necesariamente ha de dar un estampido. El, como joven colocado en carrera brillante, querrá pasear y gastar. La exponente, por el contrario, como que se ve con un cúmulo de cuentas abultadísimo, que hay que liquidar, ventilar y discutir y que en el día no tiene de quien valerse, por haberle servido Nuestro Señor llevarle a su marido, ¿ querrá que Thompson se sujete, se ataree y descrime ? ¿ Querrá hacerlo

.

Thompson ? ¿ Será Thompson para hacerlo ? ¿ Qué Dije es Thompson, que no se encuentre otro que lo reemplace ? ¿ Qué compasión merece la expone- nte a su hija, con respecto al estado de orfan- dad en que la ve, corriéndole todavía por las meji- llas las lágrimas por la muerte de su padre ? ¿ Es esta la correspondencia que sacan las madres de las hijas que han traído en su seno por nueve meses ?

Y V. E., padre de hijos, gobernador cristiano, superior equitativo y prudente, ¿ habrá de permi- tir que este diluvio de males venga sobre una tris- te, desamparada y afligida viuda ? ¿ Tendrá V. E. corazón para verla padecer más ? ¿ Llegará día en que pueda decirse que el magistrado más respe- table de estos dominios atendió más a los antojos de una niña que a los justos clamores de una madre ? No lo cree, ni lo espera la exponente, porque aunque esta es la primera gestión que hace en su integrísimo tribunal, sabe por expe- riencia propia, que le caracteriza un noble, jui- cioso y recto modo de pensar. Sabe que si el soberano protege y auxilia los matrimonios con- venientes, también reprueba y rechaza los dis- conformes y antojadizos. Y sabe, en fin que aun

la más tierna y dulce madre, la iglesia, no aprueba semejantes enlaces, no procede a autorizarlos y se ofende de los hijos que de esta manera los intentan? ¿Cómo no habiendo en esto sino sinceridad, candor y buena fe, se ha de persuadir la exponente que V. E. ha de suplir el consentimiento que ella más por fuerza que de grado niega? Lo niega porque su hija como joven, no consulta la razón, no mira el bien de su casa, no se compadece de su madre, ni se condena al celibato olvidando a Thompson, porque hay otros, que sin hacerle agravio le aventajan en proporciones. Discurra V. E., si en estas circunstancias obra con cordura la exponente en negar su asenso, y si V. E. estará necesitado a prestarlo o suplirlo faltando la debida proporción y aun la justicia.

(Firmado) *María Magdalena Trillo.*

Excelentísimo señor :

Don Martín Thompson, alférez de fragata de la real armada, en el expediente que ha promovido sobre que se habilite a doña María de los Santos Sánchez para que, sin necesidad de consenti-

miento de su madre, doña Magdalena Trillo, pueda contraer conmigo el matrimonio que tenemos contratado, o se le supla por la autoridad de V. E. conforme a lo dispuesto en la última real pragmática de matrimonios, respondiendo al traslado que se me ha conferido del escrito de su predicha madre, en que trata de justificar la oposición y negativa que ha manifestado en el particular, aunque bajo de unos pretextos los más débiles que podían imaginarse; digo: que con total desprecio de ellos se ha de servir la integridad de V. E. a acceder a mi solicitud como muy justa, legítima y arreglada.

Cuando las leyes han autorizado a los padres para que intervengan en los matrimonios de sus hijos menores, y sujetado a estos a que primero obtengan su consentimiento con el fin de conservar, aquéllos, la autoridad que les es debida por todos los derechos, no los ha constituído en manera alguna árbitros de sus voluntades, ni les ha dado la potestad absoluta de oponerse por un puro capricho, y sólo sí cuando para ello concurriere legítima causa, como lo sería si el matrimonio ofendiese gravemente al honor de la familia, o perjudicase al estado, según lo expli-

ca la pragmática del año 1776, en el artículo 8°.

Si comparamos con estos antecedentes la oposición de doña Magdalena Trillo al matrimonio de su hija, se hallará desde luego que bien lejos de merecer el concepto de justo y racional debe graduarse por el contrario infundada, y arbitraria, pues no hace constituir en algunos de los capítulos que designe la citada pragmática, sino cabalmente en los que ella detesta y abomina cuales son las conveniencias temporales, con el olvido y abandono de los altos fines para que fué instituído el santo sacramento del matrimonio, como se expresa en el artículo 7°.

Bien es verdad que en la deducción de iguales motivos proceda muy equivocada doña Magdalena Trillo, pues los principios de mi educación, el buen porte y arreglada conducta con que de notoriedad me he manejado siempre, desmienten a todas luces las invectivas y exclamaciones con que se produce contra mí, dejándose ver claramente que todo ha sido disparar al aire, sin indicar siquiera dato alguno que justifique la realidad de sus recelos y conceptos.

Este mismo silencio acerca de hechos algunos particulares que me constituyan en el grado

que me suponen, es la prueba más relevante de la injusticia de sus proposiciones, pues V. E. está cierto que si hallara con algunos antecedentes capaces de acreditarme poco instruído para el manejo de cualquiera interés de cuya administración me encargue, o nada atento a su cuidado y conservación, no hubiera omitido en estamparlos con la mayor escrupulosidad, pero distante de ello sólo ha tratado de llenar papeles con arengas generales y fastidiosas exclamaciones, que sólo deben merecer el desprecio de V. E.

La sola consideración de que ya hacen tres años largos que se concertó este matrimonio, sin que para desbaratarlo hayan tenido el mayor influjo cuantos artificios y resortes se tocaron por los padres de la niña, hará conocer a V. E. que no ha sido obra del artificio y seducción por mi parte, y de falta de experiencia por la suya, porque a ser así, con facilidad se hubiera desvanecido como sucede regularmente en iguales casos. Y más cuando en un tiempo tan considerable no se le ha separado del confesonario, y aún por último se ocurrió al retiro espiritual de nueve días en la Casa de ejercicios, como es constante a V. E., saliendo cada vez más convencida de la necesi-

dad en que se hallaba de llevar a efecto el matrimonio sin que hubiera tampoco encontrado sujeto alguno de probidad que no aprobase su designio.

Después de todas estas pruebas y pasos debía ya desengañarse doña Magdalena Trillo (como lo ha estado muchas veces aunque sin consistencia), que decida la voluntad de su hija a nuestro matrimonio, le sería a cualquiera otro matrimonio a que se inclinase de tormento y aficción, y que él solamente hallaría la tranquilidad y sosiego a que aspira sin temor alguno de los amargos disgustos, altercaciones, contiendas y escándalo que pronostica su madre, cuando por el contrario debe prometerse que en ambos hallaría unos hijos que, por su respeto, moderación, sumisión y buen porte harían algún día las delicias de su casa.

Mi falta de instrucción e inteligencia para correr con los negocios de la casa es otro de los obstáculos que presenta para no convenir en nuestro enlace y aun lo propone como motivo de discordancia; pero cuando nuestros negocios, que de notoriedad se saben no ser otros que la material administración de unas fincas fructíferas, exigieran un estudio particular, no tiene motivos

para creer yo no sea capaz de sujetarme a ello y a adquirir cuantas luces me sean necesarias a su más cabal desempeño.

Mas al fin, todo esto no significa otra cosa que un puro empeño, a fines particulares de conveniencia propia, que jamás deben traerse a consideración por los padres para impedir los matrimonios de sus hijos, según he reflexionado al principio, y mucho más cuando no se fundan en antecedente alguno que den la más leve verosimilitud a sus recelos, temores y pronósticos. En esta virtud :

A V. E. pido y suplico se digne expedir la resolución oportuna con arreglo a mi solicitud, en justicia que implora de la justificada bondad de V. E.

Excelentísimo señor :

(Firmado) *Martín Thompson.*

Buenos Aires, 20 de julio de 1804.

Vistos, y atendiendo a que por parte de doña Magdalena Trillo no se ha expuesto causa alguna, justa y racional, que sea capaz de impedir por derecho la celebración del matrimonio que intenta

contraer con el alférez de fragata don Martín Thompson, su hija menor doña María de los Santos Sánchez y Trillo : se la suple de oficio por este superior gobierno, el asenso o consentimiento que al efecto se requiere por la real pragmática de la materia; y dándose al mencionado Thompson el correspondiente certificado, con inserción de este auto supletorio, para que acuda a impetrar la real licencia por los conductos que previene la real ordenanza, como también por una sola vez el testimonio que pidan los interesados, archívese y resérvese el proceso en la oficina del actuario.

(Rúbrica del virrey Marqués de Sobremonte.)

(Firmado) *Basavilbaso.*

En Buenos Aires a 21 de julio de 1804 años
hice saber el superior auto antecedente a don
Martín Thompson, doy fe

Basavilbaso.

En dicho día, mes y año notifiqué el expresado
superior auto a doña Magdalena Trillo, doy fe

Basavilbaso.

Con fecha 21 de julio de 1804 se le dió por mí al predicho don Martín Thompson, el certificado mandado : lo que anoto para que así conste.

Basarilbaso.

Con fecha 30 del mismo mes y año saqué dos testimonios íntegros de este expediente, en 16 fojas cada uno, primeros pliegos de papel del sello segundo y los demás comunes ; y comprobados los entregué, el uno a doña Magdalena Trillo, y el otro a don Martín Jacobo Thompson ; lo que anoto para que conste

Basavilbaso.

LA COMPAÑERA DE UN ESTADISTA

CARMEN NÓBREGA DE AVELLANEDA

LA COMPAÑERA DE UN ESTADISTA

CARMEN NÓBREGA DE AVELLANEDA

I

Señoras :

En la mañana del 15 de octubre de 1840, don Juan Nóbrega, caballero lusitano, casado en Buenos Aires con la dama porteña doña Julia Miguens, montaba a caballo frente a la puerta de su domicilio, vasta casona colonial, cuya fachada, de amplia portada y cinco ventanas laterales se elevaba en la calle Moreno entre Chacabuco y Las Piedras. Abrigaba don Juan, aquel día, la intención de dirigir

el cotidiano paseo hacia su quinta de la calle Larga de Barracas, para ordenar allí ciertos trabajos necesarios, y regresar después con el fresco acopio de olorosas violetas, regalo codiciado por Carmen y Julia, sus dos más caros pimpollos, cuyas rosadas manitas enviábanle en ese instante, desde la ventana en que se hallaban con su aya, una despedida que nadie hubiera podido imaginar sería la postrera. Nadie, sin embargo, es quizá demasiado decir, pues ya iba a ponerse en marcha el ginete, cuando, fingiendo astutamente tener que arreglarle el estribo, acercósele el negro liberto Fidel — quien por lo visto no lo era tan sólo de nombre — y advirtió con cautela a su patrón la presencia, en una de las próximas esquinas, de varios sujetos mal entrazados, que, al parecer, acechaban la casa. Fuera por no acumular sobre sí mayores sospechas, o por no haber dado motivos para atraerse las iras de la mazorca — como nunca, en aquel mes y año, feroz y desbordada des-

pués de las intentonas revolucionarias del bando unitario, — lo cierto es que Nóbrega, sin darse por avisado del peligro que corría, y adoptando antes bien el aire del que no teme nada porque en nada ha faltado, estimuló a su cabalgadura y rompió a andar con rumbo a la quinta, donde se apeaba del caballo media hora más tarde. Encontrábase allí dirigiendo en persona algunas faenas de huerta, cuando, de improvviso, se vió cercado felinamente por un grupo de bandidos de la mazorca, que le arrojaron un lazo al cuerpo, derribándole en tierra, donde el cuchillo de uno de los de la banda, célebre virtuoso en el arte del violín... de la época de Rosas, ejecutó en la garganta de la víctima una de sus partituras acostumbradas (1). El sacrificio fué do-

(1) Para relatar la muerte de Nóbrega hemos seguido, en ausencia de fuentes históricas más seguras, una tradición de familia. Todo lo que documentalmente sabemos acerca de ese asesinato es que lo perpetró la banda de Silverio Badía, según propia declaración de éste, como lo hace constar la sentencia de muerte que se ejecuto

blado con el escarnio ; a la crucifixión siguió la esponja empapada en hiel. Con su habitual cortesía la mazorca dejaba más tarde su tarjeta de visita en todas las casas de la familia Miguens, invitándolas a vestirse de gala y adornar sus viviendas para festejar el deceso del inmundo unitario. Demás está decir que la casa de la calle Moreno quedó en adelante más que nunca expuesta al espionaje y desmanes mazorqueros. Una mañana que Carmen contemplaba en su jardín del primer patio la curiosa variación de unas hortensias, cuyas flores, al principio rosadas, íbanse tornando celestes, oyó de pronto en dirección de la calle un repentino y formidable estrépito y volviendo la vista de ese lado observó con

contra él mismo el 17 de octubre de 1853. El fallo de referencia se halla publicado *in extenso* en *El Nacional* de ese mes. Eduardo Gutiérrez hace, en *El puñal del tirano*, una emocionante descripción del sacrificio de Nóbrega, que nos inclinamos a creer novelesca, sin afirmarlo categóricamente, pues no nos ha sido posible encontrar los autos del proceso de Badía, donde tal vez se contengan los pormenores circunstanciales del episodio.

asombro que un hombre, clavando sus enormes espuelas en los hijares del caballo que montaba, obligábalo a trepar el escalón de la puerta de entrada, a penetrar al zaguán, a avanzar, por el patio, hasta el sitio donde florecían las hortensias, y a girar sobre ellas varias veces pisoteándolas hasta dejarlas completamente destrozadas. La niña alzó los ojos hacia el ginete que tan duramente castigaba la deserción política de las veleidosas flores, convertidas, de la noche a la mañana, de federales en unitarias, y, al reconocer en el sujeto al temible Cuitiño, huyó despavorida a las habitaciones interiores. Así se combatía a los adversarios políticos y a sus simpatizantes en aquel período aciago de nuestra historia, no más bárbaro, ciertamente, que muchos de los que han conocido todas las naciones civilizadas del orbe durante esas tristes épocas de su vida, en que, revueltas las aguas sociales, la resaca de los bajos fondos sube a enturbiar la limpidez de las capas intermedias

y superiores y a aumentar los detritus e impurezas que flotan siempre en la superficie.

El destino o la Providencia se complace a menudo en contradecir los augurios y cálculos más probables, corrigiendo infortunios humanos inmerecidos y elevando al pináculo de la grandeza a criaturas nacidas bajo una estrella infausta. Algo de eso ocurrió en nuestro caso. Muerto Nóbrega, sus pequeñas hijas, doblemente huérfanas, pues ya lo eran de madre, quedaron a cargo de sus tíos carnales, don Juan y don Estanislao Miguens y doña Victoria Fernández, bellísimos caracteres moldeados con el más puro de los metales en que se funden las almas nobles. Comenzaron estos parientes ejemplares por procurar a las pequeñas huérfanas, con afecto acendrado, una esmerada y sólida educación, y completaron más tarde tan hermosa obra acrecentando la fortuna de sus sobriñas mediante una generosa administración de sus bienes. Por tal modo, Carmen y Ju-

lia, ya señoritas, vinieron a reunir en sus donosas personas, aparte de los encantos físicos, y las gracias espirituales de que no escaseaban, el atractivo, tampoco desdeñable, de sus bien provistas hijuelas, liquidadas y en propia mano. Su entrada en sociedad constituyó el más halagüeño de los éxitos. Los más apuestos galanes se disputaron el deber de atenderlas y cortejarlas; todos los vates de salón las cantaron en versos esproncedianos, y uno, que no se encontraba en esa categoría, pero en cambio era a ratos poeta de verdad, Ricardo Gutiérrez, dedicó a Julia uno de sus libros poéticos y dejó autógrafa en el álbum de Carmen aquella sentida composición, delicada y melancólica como todas las suyas, cuya primera estrofa dice así:

Baje a tu hogar la bendición del cielo
Con la lumbre del sol en la mañana,
Y el fiero espectro de la muerte impía
No haga ronda, en la noche, a su muralla.

Con los deliquios del amor primero
Tu sueño arrulle la ilusión dorada,
Y con su canto de inefable aliento
Te despierte en la aurora la esperanza.

Como es de imaginarse, bien pronto ambas hermanas se vieron asediadas por pretendientes decididos que les brindaron la ventaja de hacer una elección enteramente a su gusto. La primera en casarse fué la menor de las dos, tomando por esposo a un caballero acaudalado, de conocida familia porteña, periodista y en ocasiones también un poco poeta, cuyo merecido prestigio mundano habíase acrecentado considerablemente con motivo de un viaje al viejo mundo, realizado en aquellos tiempos en que se podían contar con los números dígitos los pocos argentinos dichosos que ostentaban esa ejecutoria de alta distinción. Carmen fué más calmosa y tardía en decidirse, concluyendo, al fin, por escoger, entre la pléyade de selectos adoradores que le formaban brillante cortejo, a un joven pro-



Carmen Nóbrega de Avellaneda a los 25 años de su edad

vinciano, de pequeña y a la verdad poco garbosa figura, de andar cadencioso y pausado, de negra y rizada barba asiria, de ojos profundos y pensativos, de palabra melodiosa y deslumbradora. Por ley de secreta afinidad mental, más quizá que por simple coincidencia, ese joven a quien Carmen acordaba su predilección, era también, como ella, un hijo de degollado por la tiranía. Llegado de Tucumán, algunos años atrás, a la no fácil conquista de Buenos Aires, pobre, pobrísimo en bienes de fortuna, pero rico, opulento en dones del espíritu, su nombre comenzaba ya a mencionarse con aplauso en las asambleas políticas y en los estrados judiciales de la rica y engréida ciudad porteña. Él, también, como su prometida, procedía de familia de antiguo abolengo colonial, que, además, contaba ya algunos ascendientes con nombre ilustrado por públicos servicios, y se llamaba Nicolás Avellaneda.

II

Si hubo nunca algún matrimonio en el cual se vió realizado aquel ajuste perfecto de las almas que asegura la paz doméstica y la dicha del hogar, ese matrimonio fué el de Carmen Nóbrega y Nicolás Avellaneda. Pero la paz doméstica y la dicha de los particulares, por respetables y deseables que sean, no interesan a la vida colectiva si no llegan a influir en su proceso. Y he aquí, precisamente, el motivo por el cual no puede dejar de merecer la atención de la historia social y política de nuestro país el enlace que nos ocupa, así como el carácter y acción de doña Carmen Nóbrega. Hemos hablado antes de leyes secretas de afinidad psicológica que parecerían haber intervenido en la alianza en cuestión, y, cuanto más de cerca se la examina, más inclinado se encuentra el espíritu a acep-

tar tal supuesto. Es más aún. Cuando con un conocimiento suficientemente amplio de todos los hechos y factores individuales o mesológicos que han concurrido a formar la trama íntima de los sucesos de nuestra historia, se considera y estudia ese casamiento, uno se siente hasta tentado de imaginar la existencia de algún agente o poder superior que lo hubiera concertado *ex profeso* con un fin predefinido y transcendente. Pero no anticipemos los sucesos, como suelen decir los novelistas, y, limitémonos, por ahora, a observar que, de los dos jóvenes desposados, el que, al dar ese paso decisivo en la vida, más independencia de carácter demostraba y valentía mayor para sobreponerse a poderosos prejuicios reinantes era la novia. A través de los sesenta años que nos separan ya del ambiente porteño de entonces, y del cambio profundo por él sufrido en ese intervalo, no es fácil comprender, ni tampoco medir, el grado de valor moral revelado en su decisión por

doña Carmen Nóbrega. Ella, una patricia porteña, una rica heredera, una mujer colmada de toda suerte de dotes y encantos personales, despreciando los ventajosos partidos que se le ofrecían, para asociar su seguro magnífico destino al incierto porvenir de un joven provinciano, con talento promisorio y voluntad de llegar, sin duda, pero, al fin... provinciano, vale decir, perteneciente a una casta distinta. El hecho importaba algo peor, quizá, que una mesalianza, una claudicación, casi una apostasía, a los ojos de aquella sociedad bonaerense, henchida de arrogancia, orgullosa de su preeminencia económica y cultural sobre todo el resto del país, perturbada, hasta la ceguera, por la pasión localista. Todo esto debió arrostrarlo y vencerlo en su resolución Carmen Nóbrega, dando, con sólo ello, la prueba más acabada de una fuerza de carácter, de inteligencia y de corazón nada comunes.

Que esa fusión, esa comunión íntima y

completa de las almas, de que hablábamos antes, no existió, no pudo existir entre los desposados desde el propio instante en que se cambiaron para siempre los anillos nupciales, es algo para nosotros punto menos que axiomático, como lo es, asimismo, que si el hecho llegó pronto a producirse debióse principalmente a la acción ejercida por la esposa sobre el esposo, antes bien que a la de éste sobre aquélla. Dando por sentado, pues todas las circunstancias autorizan a suponerlo, que ambos jóvenes fueran a la boda dulcemente embriagados con el néctar divino del amor, milagro y muy grande habría sido que hicieran excepción casi única a las leyes afectivas del caso. Nadie, tal vez, como Emerson, las ha visto con mayor penetración de mirada, ni pintado con las tintas de una paleta más rica en matices. Recordaréis, sin duda la hermosa página. Después de describir, con colores brillantados, la sublime poesía de la pasión amorosa y los exquisitos transportes

y efusiones de los amantes, cuya inflamada imaginación viste la persona del sér adorado con las galas de todas las perfecciones, el brillante ensayista presenta a nuestra contemplación los entretelones, diríamos, de la luna de miel; peligroso y decisivo período, en el cual, caídas de los ojos las vendas de la ilusión, aparecen en el amado sus reales condiciones, o, como dice Emerson con novedosa imagen, « en que los ángeles y los demonios que habitan en ese templo del cuerpo se asoman a todas las ventanas ». No todas las uniones conyugales resisten la dura prueba, y entonces, roto el mágico sortilegio, disipado el encanto prodigioso, la plateada luna de amor se vela con densos celajes y el himno epitalámico se transforma en treno elegíaco. Mayor es todavía el riesgo del fracaso en ciertos casos especiales. ¡ Mil veces infelices el hombre o la mujer que, sin poseer el estado de gracia necesario, ligan su existencia a la de uno de esos seres vaciados en moldes dis-

tintos de los comunes y en el fondo de los cuales se encuentra siempre un grano, siquiera sea pequeño, de genial insanía! Ningún ejemplo más adecuado para ilustrar este aserto que el de nuestro tema. En 1876 el doctor Avellaneda, ya presidente de la república, regresa a su ciudad natal después de larga ausencia. Imaginaréis el exultante regocijo de amigos y parientes tucumanos al recibir ese huésped, ya ilustre, que salía desconocido de la bella ciudad provinciana diez y nueve años antes, en busca del áureo vellocino de la celebridad. Los agasajos cordiales, las visitas dadas y devueltas se suceden en serie interminable, y los corazones, dilatados por el cariño, se abren de par en par a todas las confidencias. Una de las tías del doctor Avellaneda, matrona inteligente y culta, de holgada posición pecuniaria y con hijos ya logrados, persona, por lo tanto, mimada por la dicha, según todas las apariencias, confiésole al sobrino, en un raptó de íntima expansión,

ser la más desgraciada de las mujeres. Como en el consultorio de un médico, la afligida señora enumera con prolijidad los síntomas del incurable torcedor que la roe: cavilaciones sin causa suficiente, tristezas inmotivadas, pesadillas espantosas, la obsesión tenaz de la muerte, breve, todo el cuadro sintomático de una probable neurastenia aguda. El doctor Avellaneda escucha a su tía con paciencia evangélica, y, puesto en el trance inevitable de enjugar las lágrimas de la dama, recuerda oportunamente que la explicación consuela, que el mal de muchos es siempre más llevadero, y sale del paso convenciendo a la señora de que es esa una dolencia de familia de la cual él mismo se siente atacado. He aquí las últimas frases del extraño y curioso diálogo entablado en esa ocasión :

— Yo conozco su enfermedad, mi tía. La sufro también.

— ¿Tú también ?

— Sí, mi tía. Todos somos *Huidobros*... las per-

sonas más cuerdas, más juiciosas en los hechos exteriores, pero un loco por dentro... Escúcheme, tía... He meditado tanto lo que he hecho que creo haber acertado algunas veces... Pues bien, a pesar de todo esto, siempre he sido un loco por dentro, siempre agitado, insomne, inquieto, profundamente triste en los días más felices, y fatigando, quizá, con desigualdades sin motivo y turbulencias — ¿ por qué no decirlo ? — lunáticas, las afecciones más consagradas.

— ¿ Hasta la de tu mujer ?

— No. Su virtud y su talento me han asegurado siempre su indulgencia (1).

Restando a las palabras del grande hombre su evidente exageración circunstancial, ¿ comprenderéis, ahora, con esfuerzo menor, por qué afirmábamos antes que, para obtener la perfecta armonía de ese hogar modelo, la más grande parte del capital de tolerante cariño y de bondadosa inteligencia hubo de ser puesto por Carmen Nóbrega ?

(1) N. AVELLANEDA, *Escritos y discursos*, tomo III, página 171 y siguientes.

III

« La esposa es, según su carácter y conducta, o un pedestal o una lápida de su marido », ha escrito el doctor Eduardo Wilde, refiriéndose a la acción, que califica de colossal, ejercitada por Carmen Nóbrega sobre su eminente consorte. « Este — agrega — habría sido un gran estadista, un literato, un talento, en cualquier parte: soltero, casado o viudo; mas junto a su mujer — su amiga y confidente — fué y pudo ser todo eso con menor dificultad y en mayor grado. » El talentoso humorista manifiesta en seguida su admiración ante la hazaña realizada por la señora para « reducir — dice — a la normal de una escala elevada esa naturaleza romántica, incongruente, inencuadernable, incoleccionable, irreductible a las formas burguesas, incomparable por fin, de Avellaneda », y

partiendo de esta premisa, concluye lógicamente que « cuando tal mujer ha podido ejercer tan formidable presión sobre tal hombre, sin hacerla sentir, sin ostentarla, sin provocar explosiones, esa mujer es genial, como talento y como carácter ». Rindiendo el debido homenaje a tan competente opinión de nosotros por ciertas las anteriores afirmaciones, pero sólo a título provisorio, y, según es de rigor en los estudios que se precian de exactos, impongámonos la exigencia de probarlas para que puedan revestir en adelante la túnica de las verdades consagradas. Pásemos, pues, a indagar las causas del ascendiente beneficioso ejercido sobre el doctor Avelleda por esta mujer, a primera vista superior, dejando con esto de lado otra opinión del mismo doctor Wilde, según la cual dicha influencia constituye un secreto indescifrable que se llevó a la tumba la insigne señora. ¿No nos suministra él mismo, contradiciéndose, algunas de las piedras del pedestal con-

sabido, cuando se detiene a indicar ciertos rasgos de la dama, de quien escribe, con elegante concisión, que « había nacido matrona a pesar de los triunfos no lejanos de sus ojos negros, serenos y sin malicia » ? Y ¿acaso no esboza ya un principio a lo menos de explicación cuando sostiene que si Avellaneda fué y pudo ser a la vez gran escritor, orador y hombre de estado, recorriendo, en el breve término de diez años, la carrera de los públicos honores, hasta encumbrarse, por méritos propios, a la más alta magistratura de la república, debiólo « al reposo de su vida íntima y al espejo que tenía delante, como el sacerdote en los templos budistas, para mirar su conducta y mensurar sus actos » ?

Dos formas distintas de acción — la una directa y militante, indirecta y defensiva la otra — pone en práctica la mujer casada para cooperar a la elevación de su marido, dependiendo la opción entre ellas del carácter y cultura de ambos cónyuges. En el primer

caso, la mujer se atribuye un papel más o menos principal en la humana tragicomedia, y, trabajando en su desempeño, solicita, intriga, utiliza su influjo y prestigio personales, moviliza sus relaciones y parentela, esparce rumores, teje y maneja cábalas, mézclase, en una palabra, en el tumulto de los sucesos, para dirigirlos o actuar en ellos. En el segundo caso, la ayuda de la mujer, su colaboración en la obra del esposo, es menos directa y ostensible, lo que no quiere en modo alguno significar que sea menos valiosa y apreciable. Contraída, ante todo, a las atenciones del hogar, la esposa hace gravitar sobre sus hombros exclusivos todo el fardo de los cuidados domésticos, de las inquietudes de la vida material, aliviando así al ocupado consorte de una carga por demás embarazosa, libre de la cual la actividad de éste duplica a lo menos su rendimiento, como lo observaba con razón Wilde. Esta segunda forma de auxilio no priva necesariamente a

la esposa, que posee aptitudes para el caso, de una discreta intervención como operadora en la obra representada por su marido. Limitada, esa participación, a tareas o funciones auxiliares, que a menudo se disimulan entre los bastidores del teatro, en ellas suelen también usarse algunos de los medios ya dichos. Ambas formas de colaboración han encontrado, tal cual vez, en los anales de nuestra historia, personificaciones muy notables, pero, entre éstas, ningunas, quizá, tan completas y representativas como las de doña Encarnación Ezcurra de Rosas y doña Carmen Nóbrega de Avellaneda. Ensayemos evocarlas en momentos interesantes de su vida. La violenta oposición de las líneas y de los tonos, antes bien que la maestría en el manejo del pincel, nos servirá para bosquejar y contraponer estas figuras, características de dos épocas, apenas separadas por cuarenta años, de nuestra historia política y social.

IV

Al expirar, en 1832, el primer gobierno de Rosas, éste concibe y ejecuta en persona aquella campaña expedicionaria al río Colorado, con la cual conquista el modesto título de Héroe del desierto, ya que no el desierto mismo, que quedó como antes, y por muchos años aún, sujeto a la posesión de los primitivos señores de la pampa. La situación política del país es, en esos momentos, delicada, y no deja de ofrecer peligros para el plan de dominación que Rosas persigue con tesón infatigable. Éste parte, sin embargo, tranquilo, y se aleja de Buenos Aires 400 leguas sabiendo perfectamente que, durante su ausencia, la máquina de opresión por él montada y puesta en funcionamiento desde varios años atrás continuará realizando su obra anarquizante bajo la segura mano de doña Encar-

nación. Y tal ocurrió en efecto, a pesar y quizá más bien con motivo de los graves conflictos que sobrevinieron en seguida. Resumamos los hechos. El general Juan Ramón Balcarce, sucesor de Rosas en la gobernación de Buenos Aires, por indicación, naturalmente, del mismo don Juan Manuel, concertándose con su ministro de la guerra, el general Enrique Martínez, resuelve emanciparse de la tutela de Rosas y eclipsar su creciente prestigio. Usando de los resortes del mando ambos generales intentan crearse un partido político propio y hacerse una mayoría en la cámara de representantes ganando a toda costa las elecciones del año 1833. ¡Vana quimera y arriesgada aventura! Misia Encarnación, que para no desmentir su nombre encarnaba en forma insuperable el temido fantasma de su consorte, baja ella misma a la arena del combate, y, verdadera amazona guerrera, recoge el guante arrojado a su esposo. Constituída, por tácita delegación del ausente, en cabeza

visible del partido federal, y erigida, por naturales tendencias, en jefe supremo de las huestes rosistas, su casa de la calle de las Torres conviértese en un cuartel general donde acuden los fieles de la causa para llevarle noticias o recibir sus órdenes. Los prohombres y altos funcionarios de la administración pública, Anchorena, Rojas, inclínanse ante ella y la consultan; los generales de la independencia, Viamonte, Pinto, Pinedo, le hacen la venia como a un superior jerárquico, y la obedecen sin titubear; los comisarios de policía, Chanteyro, Parra, Cuitiño, Matías Robles, ejecutan sin discutir las mazorcadadas que manda llevar a cabo para aterrorizar a sus contrarios políticos. La varonil señora multiplica su actividad; todo lo sabe y a todo pone remedio. ¡Y qué género de remedios!

No se hubiera ido Olazábal (don Félix, el general de la independencia) si no hubiera buscado yo gente de mi confianza que le han baleado las ventanas de su casa, lo mismo que las del godo

Iriarte (el general Tomás Iriarte) y el fascineroso Ugarte. Esa noche patrulló Viamonte, y yo me reía del susto que se habían llevado. De esas resultas le escribió una carta Viamonte a don Enrique (el general Enrique Martínez), diciéndole que no respondía de su vida si se obstinaba en no salir del país.

Así informaba, poco después, misia Encarnación a su « compañero querido », sobre los sucesos pasados, en una carta fechada el 4 de diciembre de 1833. Esta misiva había sido precedida de otra, igualmente noticiosa e interesante, en la cual se halla la advertencia que sigue :

Un mulato sastre, Carranza, muy unitario, ha ido para el ejército, creo que con negocio; me dicen que te lleva un barril de aceitunas de regalo; no las comas hasta que otro coma primero, no sea gancho.

La carta contiene esta información y rasgo sugerente de carácter :

Por todas partes tienen bomberos ; uno de los que espían esta casa es el pícaro de Castañón, el edecán, pero el día que yo le pille lo he de meter adentro y le he de pegar una buena soba...

Como es de suponer, estos hechos concluyeron en una asonada revolucionaria, a consecuencia de la cual fué depuesto Balcarce, siendo reemplazado por el general Viamonte, quien, no obstante su acatamiento a la autoridad de la Heroína, no consiguió siquiera inspirarle confianza :

El gobernador me ha visitado dos veces. No se lo agradezco, pues como mi nombre ha sonado, por decidida, contra los furiosos, me tienen miedo, y porque debe estar seguro que no me he de callar cuando no se porte bien...

Ya lo creo que no se había de callar la musa inspiradora de ciertos diarios de la época, que, cuando alguno de sus redactores no cargaba lo suficiente el cáustico irritante de la procacidad, limitándose a llamar *facine-*

roso y lomo negro al general Enrique Martínez: « has estado flojo, hijo », no olvidaba decirle misia Encarnación, amonestándole maternalmente por el uso de términos tan moderados. ¿A qué recargar todavía las sombras del retrato con rasgos físicos como el del prominente mentón hirsuto, cuando los morales bastan de sobra para poner de relieve el carácter viril de la mujer de Rosas ?

V

Acabamos de ver erguirse, en un expresivo autoretrato, la enérgica silueta de la compañera del Restaurador. Tratemos ahora de delinear la de la esposa de Avellaneda, empezando antes por reconstruir, como lo hicimos con misia Encarnación, el ambiente político social que sirve de fondo a la figura. Han transcurrido cuatro décadas. Una ya ex-

tensa ciudad de fisonomía netamente cosmopolita ha reemplazado al chato caserío del Buenos Aires de la época de Rosas, vestido de encarnado como sus propios habitantes. Los edificios coloniales, con techos de teja, han sido substituídos, en su mayor parte, por otros de uno o dos pisos, excepcionalmente de tres, y techo de azotea. Hanse empedrado o adoquinado las calles y realizado, además de estos y otros progresos edilicios, cambios importantes en los hábitos y costumbres que van quitando poco a poco a la Atenas del Plata su aspecto aldeano de edades pretéritas. En el orden político y moral los adelantos no son menores. ¡Cuánta mudanza escénica desde aquel alzamiento, personalmente dirigido por misia Encarnación, y llamado no sin cierta verdad, « de los restauradores », pues éstos se restauraron a lo menos en el poder, que el Héroe del desierto reasumía más adelante, empuñando férreamente, el rebenque de mando con que rigió al país hasta

1852! Al organizarse después la nación constitucionalmente, debió aún experimentar crisis muy peligrosas: su división en dos mitades, que se hostilizaron entre sí casi como enemigas; la unión posterior de ambas, realizada en forma imperfecta, pues dejaba, como antes, en poder de una de las fracciones, la manzana de la discordia, o sea, la ciudad de Buenos Aires, capital geográfica e histórica del país y no sólo de la provincia de su nombre, que se la reservaba en propiedad para mantener su hegemonía sobre el resto de la República. Tal exigencia creaba al gobierno nacional una situación por demás depresiva: la de una persona obligada a residir en ajeno domicilio y a quien aquel que se considera como dueño único de casa, recuerda en toda ocasión y hace sentir a cada instante su posición precaria y subalterna de huésped (1).

(1) «La coexistencia de los gobiernos nacional y provincial en la ciudad de Buenos Aires, antes de que ésta fuera declarada capital permanente y propia de la Nación, dió

Se comprende sin dificultad que, en tales condiciones, la cordial convivencia de huésped y casero era punto ménos que improbable, o, por mejor decir, que la ruptura entre ambos constituía un hecho casi seguro. Con tan pro-

lugar a numerosos conflictos de diverso género. Varios de ellos proporcionaron materia a prolongados debates, otros se resolvieron en los campos de batalla y algunos no quedaron sino para risueños comentarios. A estos últimos pertenece el que vamos a referir.

La guerra del Paraguay había concluído e iban a regresar a Buenos Aires los últimos restos del glorioso ejército que había llevado a cabo una larga y penosa campaña... La capital de la república se preparaba a recibir dignamente a los sobrevivientes... El programa de las fiestas había sido ya formulado y hasta se había publicado el itinerario que debían seguir las tropas y en el cual estaban comprendidas la casa de gobierno nacional y la de la municipalidad, que pertenecía entonces a la provincia y ocupaba el local donde está hoy la intendencia, y una parte de lo que es hoy Avenida de Mayo.

El presidente Sarmiento quería presenciar el desfile desde un punto que le permitiera ver de cerca el ejército y dirigirle una proclama, no siendo apropiada para ese objeto la Casa Rosada, que estaba separada de la vía pública por rejas y jardines.

La municipalidad le hizo invitar para que concurriera a sus balcones, pero el presidente se valió de algún intermediario a fin de hacer comprender que el primer magis-

visoria solución el viejo antagonismo entre las dos mitades del país, así incompletamente reunidas, quedaba siempre subsistiendo, y, como la brasa oculta bajo la ceniza, amenazando la casa con el incendio. Mitre logró evitarlo, en parte por su condición e inmenso

trado de la Nación no podía presidir como huésped desde casa ajena el acto que iba a tener lugar, y que sólo aceptaría la invitación en caso de que se pusiese a su disposición el edificio para llenarlo como mejor le pareciera.

La municipalidad manifestó que tendría mucho gusto y mucho honor en recibir en su local al presidente de la República, pero que no podía dejar de ser, ni por un momento, la dueña de su casa, mucho más cuando ya había hecho arreglos e invitaciones en ese concepto.

Sarmiento agradeció entonces la invitación y excusó su asistencia; pero no podía dejar sin su merecida recompensa esa falta de consideración y de cortesía. Mandó construir y preparar convenientemente un gran tablado sobre la misma vía por donde debían pasar los cuerpos del ejército... Allí se instaló en el momento oportuno con su grande y correspondiente comitiva, y, fundándose en la necesidad de facilitar por todos los medios posibles el paso de las tropas por la plaza, suprimió a última hora del itinerario la cuadra de la calle Bolívar comprendida entre Rivadavia y Victoria, de manera que la municipalidad se quedó con su casa preparada, sus invitaciones hechas y sin desfalle que presenciar. » (MANUEL M. ZORRILLA, *Recuerdos de un secretario*, t. II, pág. 5 y sigts.).

prestigio de porteño, en parte también por la guerra del Paraguay, que acalló, durante algún tiempo, las disensiones internas. El sanjuanino Sarmiento gobernó en un ambiente urbano francamente inhospitalario, y, para entregar el bastón presidencial al tucumano Avellaneda, vióse antes obligado a hacer frente a una rebelión, cuyo motivo ostensible o pretexto ocasional — la imposición oficial de una candidatura — enmascaró, como de costumbre, la verdadera causa eficiente: los antiguos celos y rivalidades que, desde los lejanos tiempos de la colonia, habían dividido y opuesto en dos grupos contrarios a los nacidos aquende y allende aquel tan mentado arroyo del Medio, cuya insignificancia caudalosa simbolizaba bien mal, ciertamente, las no disimuladas repulsiones psicológicas y las reales divergencias de intereses entre abajeños y arribeños, entre porteños y provincianos. Tal es, en el orden político, la *temperatura moral* de la época en que nos proponemos

presentar a doña Carmen Nóbrega, para hacer ver la eficaz ayuda que prestó al estadista, su compañero, en la solución de los graves problemas que hubo de afrontar esa presidencia memorable.

Hay actos individuales que no limitan sus efectos al círculo de lo meramente privado y transitorio sino que los extienden, también, a la esfera de lo social y duradero. De esos actos, el casamiento de Nicolás Ayellaneda y Carmen Nóbrega. Sin que se lo hubiera previsto y calculado — como suele acontecer en las nupcias concertadas por las monarquías con fines dinásticos o políticos, — ese matrimonio de la pudiente y cultísima patricia porteña con el talentoso provinciano de ilustre casa fué a modo de símbolo y augurio a la vez de la íntima fusión que, con la directa intervención de ambos cónyuges, debía realizarse más tarde entre las dos mitades aún mal unidas del país. Y no sólo fué augurio y símbolo de esa unión, sino que, lo que vale sin

duda más, llegó después a constituir uno de sus más importantes factores. Si con criterio y vistas de historiador sociólogo se escudriñan y computan prolijamente todas las causas del arduo proceso, que tras múltiples peripecias vino a tener su desenlace en la fijación de la capital de la República, realizada por el presidente Avellaneda, que consolidó para siempre la unión nacional, no es legítimo ni factible suprimir, en el cuadro completo de esas causas, la acción de la compañera del estadista. Cómo y en qué medida se ejerció esa influencia es algo de que no acertará a darse cuenta jamás quien ignore lo que fueron y representaron en la sociedad argentina, durante cerca de veinte años, la casa y salones de los esposos Avellaneda. Centro de atracción de cuanto tenía de más culto y distinguido el gran mundo porteño entre los años 1865 y 1885, y, al propio tiempo, afectuoso salón hospitalario para los personajes del interior, que acompañados a veces de sus

esposas o familias respectivas, se instalaban en la ciudad metropolitana o se hallaban en ella simplemente de paso, la casa y salones de Avellaneda constituyen, durante esos veinte años, a modo de un órgano visceral del país, cuya función fuera la de acercar y reconciliar al interior con Buenos Aires, limando asperezas, suavizando contactos de una y otra parte, disipando las ojerizas y prevenciones existentes entre los hombres de ambos campos adversos. Para desempeñar con éxito esa tarea, grandes eran, sin duda, las condiciones intelectuales y las aptitudes políticas del joven tucumano, pero ellas se elevaron a una mayor potencia merced a su casamiento con Carmen Nóbrega. El hombre de estado que ya se traslucía en el tribuno elocuente anterior a ese matrimonio, encontró, en la señorita de Nóbrega, la compañera ideal para la vida que soñaba. Sagaz y prudente, fina y discreta a la vez, dotada de una dulzura encantadora, de una bondad y paciencia infinitas, de un ma-

raviloso don de gentes y en un todo identificada, además, con el pensamiento y propósitos de su marido, nadie tan adecuada como ella para atraerse las simpatías, granjearse la amistad y conquistar la ilimitada adhesión de aquellos esquivos hombres de tierra adentro, cuya hosquedad y recelos provincianos, más que justificados ante las pullas mortificantes de que les hacía blanco la implacable pasión porteñista, disipábanse en seguida como por ensalmo, al trasponer los dinteles de la casa de Avellaneda y penetrar, con pie seguro y ánimo sereno, en aquellos salones amigos, cuyo ambiente, mitad provinciano, mitad porteño, dábales al punto la dulce y grata sensación de hallarse en su propia casa del terruño (1).

(1) En sus interesantes *Recuerdos de un secretario*, el doctor Manuel Marcos Zorrilla explica el prestigio que tuvo en el interior de la república la candidatura presidencial del doctor Avellaneda, por la acertada gestión, brillantes iniciativas y notable desempeño en el departamento de justicia, culto e instrucción pública del que fué, realmente,

VI

Hemos dicho que la casa y salones de Avellaneda desempeñaron en el país a modo de una función orgánica. Cúmplenos ahora estudiar la anatomía y la fisiología del órgano, o, para decirlo en términos más llanos, hacer ver un poco el interior de ese hogar y mostrarlo en sus actividades político-sociales. Conocemos ya la situación de la casa, pues esta no es otra que aquella vasta casona de la cual salía para ir hasta su quinta de Barracas

un gran ministro de Sarmiento. El doctor Juan M. Garro, editor y biógrafo de Avellaneda, corrobora esta idea agregando otra razón : las numerosas simpatías personales y valiosísimas amistades que supo granjearse el doctor Avellaneda entre los hombres políticos de las provincias. Ambas razones son exactas, y la segunda quedará evidenciada cuando se publiquen los papeles del doctor Avellaneda ; pero necesitan ser completadas con una tercera, menos ostensible, y, por lo mismo, más fácil de pasar desapercibida : la casa y el salón de Avellaneda, del cual era el alma doña Carmen Nóbrega.

el padre de Carmen Nóbrega la mañana en que fué asesinado por los agentes de la mazorca. El edificio, en parte restaurado y decorado en su interior según el gusto de la época, conserva, no obstante, el sello característico de su estilo primitivo hispano-colonial. Tras puesta la gran puerta de calle, tachonada de enormes cabezas de clavo, nos hallamos en el ancho zaguán, sobre el cual se abren, a derecha e izquierda, otras tantas puertas exteriores, correspondientes a las dos alas del edificio, que, prolongadas hasta el fondo del terreno, van circundando, uno después del otro, los cuatro patios centrales sucesivos. De éstos, nos interesan sólo los dos primeros. En el segundo, ascienden, recostadas a las paredes, colosales glicinas y jazmines del país, que unen sus ramas sostenidas por un zarzo, formando un verde y florido techo casi impenetrable a los rayos solares. Este patio representa en la casa algo así como el salón de su *nursery*, sirviendo también de límite extremo

a los juegos y ocupaciones de los niños, cuya vida se desenvuelve ampliamente en las habitaciones y patios internos, cuando no en la azotea o el alto mirador, sin extenderse jamás a los dominios del primer patio, reservado para las relaciones exteriores y las actividades sociales de la gente mayor. Las espaciosas salas de recibo — hacia el oeste, el despacho y la biblioteca, hacia el este, los salones y el vasto comedor con salida a un coqueto jardín — abren sus puertas y ventanas exteriores sobre este primer patio, fiel trasunto de su hermano andaluz, en el cual, para embeleso de la vista y deleite del olfato « entretejen sus ramajes y confunden sus perfumes » plantas selectas de vistosas flores presididas liberalmente por una exótica palma sin monopolizarles ni el aire ni el sol (1). Tal era la

(1) Llegó con todo un momento en que las ramas del árbol interceptaron la luz solar al dormitorio del doctor Avellaneda. La higiene, por boca de algún médico, exigió entonces el sacrificio de la palma. Doña Carmen acató el fallo, no así su compañero, para el cual, como lo dijo en

topografía general de esa entonces suntuosa mansión, a cuyos severos salones dirigiremos ahora unas ligeras miradas. Desdeñemos, empero, fijar la atención en detalles de ornato o de mobiliario, no porque no lo merezcan los muebles de ébano con incrustaciones de marfil, de la biblioteca, o los de roble tallado, del comedor, sino porque la impaciencia nos urge y agujijonea para que sorprendamos y fijemos en el papel algunas de las escenas de que fueron teatro esas históricas salas, donde el príncipe de los oradores argentinos ensayó en alta voz, sus magnilocuentes oraciones o el jefe de estado meditó sus grandes medidas de

análoga ocasión, « un árbol es una vida ». El gran intendente de Buenos Aires, don Torcuato de Alvear, transó el pleito a su modo y en su forma original y expeditiva de costumbre : presentóse un día en la casa de Avellaneda, acompañado de una cuadrilla de peones municipales y dirigió en persona la extracción del árbol y su trasplante a los jardines que estaba formando en la Recoleta, donde hoy existe con la siguiente inscripción, no del todo exacta : « *Phœnix dactylifera* : palmera donada y plantada por el doctor Nicolás Avellaneda, presidente de la República, junio de 1881. »

gobierno, y donde reinó, como soberana del hogar, y ejerció su apostolado caritativo esa emperatriz de la beneficencia y de la bondad que fué la digna compañera del estadista (1).

VII

Al intentar describir el salón de Avellaneda sálenos al paso una seria dificultad: la

(1) Como decimos en el texto, la casa que habitó el presidente Avellaneda estaba situada en la calle Moreno entre Chacabuco y Las Piedras, al centro de la cuadra y sobre la vereda que mira al norte. En el terreno que ocupaba se levantó en 1913 el actual edificio de los señores Moore y Tudor, que lleva los números 750, 754 y 762. La vieja casa contigua, por el costado este, perteneciente a los herederos de Stegmann, marcada con el número 740, y que se conserva tal cual era en esos antiguos tiempos con sus árboles añosos y empinado mirador, puede dar una idea aproximada de la de la familia Avellaneda, teniendo, sin embargo, presente, que la última estaba edificada en un terreno de un ancho mayor en once metros, y, como hemos visto, poseía dos alas de habitaciones, en lugar de una, y dos ventanas más en su fachada.

que consiste en encerrar, en el párrafo de un artículo, la imagen o representación de algo que es, por esencia, proteico y multi-forme. Nada tan refractario a la fijeza, tan sujeto a cambiar en el espacio de veinte años, como la fisonomía de un salón, máxime si éste es el de un político. ¿Cómo salvar un obstáculo, a primera vista insuperable, en cuanto el único procedimiento para conseguir el objeto deseado, que sería escribir la historia del salón de Avellaneda, no encuadra en el estrecho marco de nuestro trabajo? Existe, con todo, un medio de orillar la dificultad, lo que equivale a vencerla. La discreta distinción entre lo esencial y lo contingente, entre lo funcional y lo adventicio, nos va a sacar del apuro. Empecemos así por distinguir, en el órgano ya descrito, tres centros diferentes de actividad político-social: el despacho-biblioteca del doctor Avellaneda, los salones consagrados a las recepciones mundanas, la sala particular de doña Carmen Nóbrega.

Hecha esta distinción, cúmplenos agregar que esos tres centros distintos de actividad no interesan, a nuestro estudio, en igual medida. Poco pierde éste con suprimir en él la pintura del despacho-biblioteca, no obstante las protestas de nuestra curiosidad, vivamente picada por asomarse al taller o laboratorio del presidente para darse la satisfacción de sorprender y observar, en pleno trabajo de alumbramiento o de ejecución, tanta grande obra pública duradera, tanta concepción política de alto vuelo como se planearon y realizaron por el laborioso estadista. Pasemos, por lo tanto, a las salas de recepción, abiertas, todos los lunes, a los amigos y relaciones (1).

(1) En la novela de Groussac titulada *Fruto vedado*, que es también un poco la novela del autor por su pequeño contenido autobiográfico, se ensaya la descripción de un recibo en casa de Avellaneda. La pluma todavía poco segura del que había de llegar a ser más tarde un magistral escritor, presenta el despacho de Avellaneda convertido esa noche en una especie de comité electoral, donde se incubaba la candidatura a la presidencia de la república

Eran apenas las diez de la noche, y, según el horario social de esos tiempos, la selecta concurrencia de damas y caballeros colmaba ya los salones de recibo, desbordando en el patio y despacho-biblioteca los hombres envidados en el cigarro o en la política. Todas las fiestas mundanas del género se ajustan más o menos a un mismo programa — con-

del dueño de casa, en quien reconoce « uno de los espíritus más finos y cultivados de la América latina ». El momento elegido por el novelista es, sin duda, poco adecuado para dar idea de lo que fueron después, y aun antes, las grandes recepciones dadas en esa casa ; en cambio, resulta muy conveniente a los efectos del cuadro que se propone pintar el autor, permitiéndole trazar una serie de personajes grotescos de la comedia política. Más ajustado a lo real y normal de los hábitos de la casa, no obstante su brevedad esquemática, es el ligero croquis en que nos muestra la sala de Misia Carmen, « señora muy relacionada, y, puede decirse, popularizada por su inagotable beneficencia... El salón estaba lleno de señoras, con unos cuantos caballeros de frac o levita, casi todos muy jóvenes o casi ancianos. Alguien estaba tocando en el piano un valse de Chopin, una de esas inspiraciones extrañamente poéticas, casi sin marcado ritmo, y más propias para mecer el pensar indolente que para medir el giro de la danza arrebatada ».

versar, bailar, oír música, iniciar o proseguir poéticos idilios sellados a menudo con uniones venturosas, — y las recepciones que nos ocupan no podían hacer excepción al ritual. Empero, tres rasgos, casi diríamos propios, distinguían estos recibos de todos los de su época : la presencia constante en ellos de un grupo numeroso de damas bellísimas, la asistencia, también asidua, de muchos hombres de intelecto superior, y, por último, la presencia de artistas eminentes o aficionados de nota que enaltecían la velada luciendo sus relevantes talentos musicales. Por los aristocráticos salones de Avellaneda, han paseado, en uno u otro momento, su radiante hermosura venusina, las más grandes beldades de la época : Teodolina Fernández de Alvear y Ana Urquiza de Victorica, Clotilde Barra de Mouján y Joaquina Arana de Torres, Carlota Velázquez de Ocampo y Aurelia Arrotea de Saguier, Manuela Robbio de Bullrich y Carmen Videla Dorna de Lynch, Angélica Ocam-

po de Ocampo y Rosa Delgado de González, Francisca Ocampo de Ocampo y Amalia Uriburu de Zorrilla, Teodolina Alvear de Lezica y Catalina Tomkinson de Solveyra, Clorinda Garmendia de Avellaneda y Mercedes Vieyra de García, Lola Guiñazú de Ruiz y Virginia Tomkinson de Trelles... *J'en passe et de « meilleures »*. ¿Cómo continuar una enumeración que llenaría, sólo con nombres, páginas enteras? La más rápida y superficial de las observaciones nos permite asimismo comprobar en seguida los otros dos caracteres apuntados. Aquí, el doctor Guillermo Rawson entretiene y encanta al vicepresidente, don Mariano Acosta, al gobernador de Buenos Aires, don Carlos Casares, al nuncio apostólico monseñor Mattera, al vate Carlos Guido y Spano, disertando con erudición, doblada por la elocuencia, sobre cuestiones palpitantes de higiene pública, a propósito de un caso sospechoso de cólera o fiebre amarilla que se dice ocurrido últimamente en el foco epidémico de la Boca;

en otro grupo, formado por Miguel Navarro Viola, Diego de Alvear, Enrique B. Moreno y Tristán Achával Rodríguez, el doctor Eduardo Wilde, con su habilidad consumada de juglar literario, hace juegos malabares con las ideas y doctrinas, mezclando y barajando las verdaderas y las paradojales; más allá, el doctor Acistóbulo Del Valle, ante el doctor Onésimo Leguizamón, el ministro español, señor Pérez Ruano y el poeta Olegario V. Andrade, interpela, en son de broma, al coronel Lucio V. Mansilla, sobre la realidad de las minas auríferas de Amambay y Maracayú — que el público malicioso concluyó por llamar de Farsacayú, — y el intrépido explorador de los Ranqueles y de las minas sale del paso, con su habitual serenidad, afirmando enfáticamente que oro había, sin duda ninguna, en las sierras paraguayas, sólo que para obtenerlo por valor de una libra esterlina era necesario invertir por lo menos dos...

De pronto, un reclamo de silencio circula

por doquier en los vastos salones, y la concurrencia, obediente al pedido, se dispone gustosa a escuchar: es que el tenor Roberto Stagno, con su dulcísima voz angélica y su arte insuperable de cantante, va a hacer oír una romanza de *Fausto* o de *Roberto el diablo*; o bien que el coloso Tamagno está a punto de cantar uno de los trozos de *Aída* o *Hugonotes* en que lanza esas notas formidables, como de órgano de iglesia, que llenan por completo el ámbito del recinto y parecen chocar contra sus muros pugnando por salir y escaparse hacia el exterior; o bien que el eximio barítono Battistini se prepara para modular un aria de *La Favorita*, en la cual hace espléndido derroche de su voz melodiosa y expresiva, su gracia de estilo y señoril distinción de maneras. Otra vez es el gran violinista José Silvestre White, primer premio del conservatorio de París, a quien sirve de introductor el ministro de Francia, Conde Amelot, previo un espiritual billete dirigido a la dueña

de casa, en el cual, después de solicitar su beneplácito para asistir al recibo del próximo lunes en compañía de Monsieur White cumple con el deber de advertir a la dama que, no obstante su apellido británico y significativo por añadidura, sólo el alma de Monsieur White es enteramente blanca pues el célebre artista es cubano y... mulato. Otro día es el afamado concertista Alfredo Napoleón o la prodigiosa maga del arpa Clotilde Cerdá y Bosch, conocida en el mundo lírico con el nombre sonoro de Esmeralda Cervantes, en mérito de haber sido así bautizada por el poeta Víctor Hugo, que le dió el onomástico, y la reina Isabel II, que le puso el apellido. La famosa arpista electriza a los que la escuchan arrancando a su instrumento, con sus ágiles manos aladas, torrentosas cascadas de notas cristalinas o estupendos acordes vibrantes de pasión que el público premia con aplauso entusiasta y el presidente recompensa igualmente a su modo poniendo en manos de Esmeralda

una carta circular de recomendación para todos nuestros agentes diplomáticos del Pacífico. En ella les recuerda que « la inspirada artista apareciéndose entre nosotros en una época de sufrimientos nos ha enseñado cómo el oro que no acierta a pagar su genio es distribuido pródigamente por su piedad ». Modelos tan eximios eran más que capaces de encender la emulación en los aficionados del país o profesionales extranjeros aquí residentes. Con la mayor frecuencia se hicieron así escuchar como cantantes, en los mismos salones, las señoritas Georgina Lumb, en duos con el propio tenor Stagno, la señorita Emma de la Barra, hoy señora de Llanos, y las señoras Rosa Delgado de González, Teresa Ortega de Obligado y Eduarda Mansilla de García; y revelaron su técnica y alma de pianistas el profesor del Ponte, don José Domingo Boneo, la bella señora Ernestina Boniche de De Mot y las señoritas Agustina Paz y María y Elena Fernández Blanco.

El cuadro no resultaría del todo completo si no agregáramos todavía algunas escenas. No bien extinguidos los ecos del concierto, la danza recobra su imperio nuevamente, y, al oír que el pianista preludia unos lanceros, varias parejas de casados dispónense a bailarlos. En tanto los danzantes ejecutan, con lapsus o distracciones que excitan el buen humor, las acompasadas figuras del baile, un hermoso grupo juvenil — que bien puede estar compuesto por Carmen y Pepa Alvear, Angélica Cárcova, María Ignacia Rodríguez Gaete, Joaquina Arrotea, Dalinda Riera, Lola Bazán y Cruz Victorica — hace círculo a Pedro Goyena. Con palabra algo mesurada, que marca acentuadamente todas las sílabas, pero flúida a pesar de su lentitud, y dando a su verba amenísima una gracia sutil indecible, por la distinción de sus vocablos, siempre escogidos con esmero, sin incurrir sin embargo en la afectación, por las imágenes que emplea, por la leve sonrisa in-

tencionada con que acompaña sus suaves ironías, el delicioso *causeur* desenvuelve ante su gentil y atento auditorio un tema adecuado a las circunstancias : el de los peligros a que se expone el prestigio de las niñas casaderas, con una excesiva exhibición social. « Corren el riesgo de llegar a parecerse — dice de ellas en conclusión — a esas telas colgadas como muestra en la puerta de las tiendas, desteñidas por el aire y el polvo de la calle, adornadas con lunares por las moscas, ajadas por las manos de los clientes que las arrugan para ensayar su calidad : todos las miran o las palpan y ninguno las compra. » Y, con este, a modo de epifonema, que resume gráficamente su demostración, Goyena se esquivo del grupo interesante, que, entre risueño y pensativo, queda celebrando la ingeniosa alegoría, mientras el ático maestro cruza sin detenerse el perfumado patio andaluz — donde se ha dado sitio de honor a una enorme estrella de flores que no encontró ca-

bida en las salas, — y penetra en el despacho-biblioteca de enfrente. Al través de los grupos allí reunidos Goyena se aproxima al formado por el general Roca, Don Torcuato de Alvear y los doctores Bernardo de Irigoyen, Luis Sáenz Peña, Benjamín Paz, Carlos Pellegrini, Tiburcio Padilla, Uladislao Frías, Victorino de la Plaza, Simón de Iriondo y Pedro Antonio Pardo, que rodean al dueño de casa, quien les anticipa en ese momento, no una idea o medida de gobierno, sino una bella página literaria que está próximo a dar a luz (1). Jamás pudo sospechar Goyena, con

(1) « Los esparcimientos de la amena literatura ofrecían un poderoso atractivo sobre el doctor Avellaneda que... tenía una selecta colección de producciones de ese género en cuyas páginas iba a refrescar frecuentemente su cabeza caldeada por el estudio serio y las preocupaciones de la vida pública... Amigos que concurrían a su casa para hablarle de política o de otras cosas análogas o parecidas se daban cuenta en ciertas ocasiones de que allí no había teatro por el momento sino para la literatura y era necesario entregarse a ella completamente... Es muy probable que en muchas ocasiones, previsto el caso por el buen olfato que suelen tener ciertos hombres públicos, fuese esa una

toda su ingénita perspicacia, que en ese pequeño cenáculo de hombres públicos, así

táctica calculada para evitar compromisos o ahorrarse el desagrado de dar una respuesta desfavorable.

« Un día se anunció la aparición de las poesías completas de Jorge Isaacs y ellas fueron esperadas con ansiedad a causa de la resonancia de su novela *María*, que tantos apasionados y admiradores tuvo en su época. El libro vino y causó un profundo desencanto... El poeta no estaba a la altura del novelista. El doctor Avellaneda... escribió un artículo comparativo entre el poeta y el novelista... Al día siguiente de haber sido terminado debía tener lugar un acuerdo de ministros para el que se había citado con anticipación. Todos concurrieron a la hora fijada, y, después de hechos los primeros saludos y de cambiadas las frases usuales en tales casos, se produjo ese discreto silencio que precede a la exposición del asunto que motiva la reunión.

« El doctor Avellaneda echó entonces la mano al bolsillo y sacó un legajo de papeles que los presentes tomaron por algún proyecto de mensaje al Congreso o por un trabajo sobre finanzas o cosa parecida. Pero no había tal cosa. El manuscrito era el escrito sobre Isaacs que el autor se puso a leer inmediatamente, sin introducción ni aviso de de ninguna clase. Hubo al principio un aire de sorpresa en los oyentes, aire que fué cambiando poco a poco en otro de agrado y satisfacción... pues se trataba de un trabajo verdaderamente delicado y los ministros eran hombres intelectuales... El doctor Avellaneda suspendía a veces la lectura para hacer algunos comentarios o aclaraciones a lo escrito, o para agregar ideas nuevas que se le ocurrían, y, por su parte, los ministros objetaban, aprobaban o de

reunidos por la palabra de Avellaneda, hubiera cuatro futuros presidentes de la Nación.

cualquier otro modo hacían también uso de la palabra ; de manera que a los pocos momentos de iniciada la reunión el presidente y todo su gabinete se hallaban completamente entregados a la literatura.

«Entre tanto, el edecán de servicio guardaba rigurosamente la puerta y se negaba a anunciar a las personas que iban a buscar al presidente, sin excepción alguna, manifestando que su Excelencia se hallaba muy ocupado en acuerdo de ministros. Cuando la materia quedó agotada, se vió que era muy tarde para entrar a ocuparse del objeto a que debió ser destinada la reunión y quedó esta aplazada para el día siguiente. El doctor Avellaneda guardó sus papeles y los ministros se retiraron. «Creo que este será el primer caso de un novelista ensalzado y de un poeta condenado en acuerdo de ministros », dijo al levantarse el doctor Alsina, que fué el primero en abandonar el salón presidencial.

«En ese tiempo el arte del reportaje no estaba elevado a la categoría en que hoy se encuentra, pero no faltaban noticieros, como se decía entonces, que andaban a la pesca de novedades. Algunos interpellaron a los ministros a su salida ; pero éstos esquivaron toda respuesta, y, al día siguiente, uno de los diarios más difundidos y mejor informados de la época, traía en sus columnas un suelto que decía lo siguiente : «Ayer ha tenido lugar en el salón presidencial un largo acuerdo de ministros que no ha sido interrumpido por persona alguna ajena al gabinete, habiendo estado las puertas muy bien guardadas. Se cree que debe haberse tratado algo grave o delicado, pues el

VIII

Error no pequeño habría sido retratar a la señora de Avellaneda como figura central del cuadro brillante y rumoroso que ofrecían estos recibos semanales en la época de su más grande apogeo. Para perfilar esa austera figura de matrona argentina en su ambiente natural y propio, en el que armonizaba con las altas cualidades de su espíritu selecto, con su elevación moral, con su afabilidad y modestia sin afectación, con su inteligencia y dulzura proverbiales, es menester mostrarla en más severo escenario y en sus ocupaciones

presidente y los ministros guardan una absoluta y prudente reserva sobre el objeto de la misteriosa reunión. ¿Estará de por medio la política interna, que empieza a embravecerse de nuevo, o la escabrosa cuestión internacional que tenemos pendiente? Trataremos de averiguarlo por nuestros propios elementos de información. » (MANUEL M. ZORRILLA, *Recuerdos de un secretario*, II, pág. 9 y sigs.).

de todos los días, ya sea recibiendo, en esas mismas salas destinadas a los saraos, la visita de sus amigas de etiqueta o de poca confianza, ya sea actuando en su saloncito particular, especie de santuario reservado a los íntimos, de despacho oficial de la señora, y, en ocasiones también, de consultorio social, todo a la vez. Señalemos, antes que nada, uno de sus rasgos más acentuados: su respeto por las creencias ajenas. Sus amigas lo eran así, casi todas por no decir todas las grandes damas de la sociedad porteña de la época, sin excluir, siquiera, a las esposas e hijas de los adversarios de su marido por razones de política. Los vaivenes de ésta solían retraer temporalmente a algunas damas de los salones de misia Carmen sin que jamás las alejaran por completo. Cualquier circunstancia que se presentase, la organización de un concierto o bazar de caridad, una obra social emprendida en común, servía de pretexto para reanudar el comercio amistoso interrumpido, y el afecto recíproco,

nunca retirado, permitía continuar la última conversación con la frase encantadora del maestro salmantino, cuando no con alguna inédita de la propia cosecha y no menos encantadora, como la proferida, en cierta oportunidad, por doña Josefina Mitre de Caprile : « Carmen, la política nos separó y la caridad vuelve a unirnos. » ¡ Qué inmensas distancias, como siderales, nos sepeaban ya en materia de cultura, de aquellos bárbaros tiempos de misia Encarnación, en que se baleaban las casas de los opositores para atemorizarlos y aventarlos del país ! Cuando se atesora, como doña Carmen y sus amigas, la virtud de la tolerancia, y se practica, como ellas, la religión de la amistad, las disidencias de opinión nunca se vuelven irreductibles, y en el instante mismo en que el bien de la sociedad o el de la patria lo exigen ceden su lugar a aproximaciones oportunas siempre fecundas en resultados benéficos. Así ocurrió con la conciliación de los partidos realizada el año

1877, verdadero arco iris de paz en el cielo tempestuoso de nuestra política, que aplacó las pasiones irritadas, serenó los agitados espíritus, y, merced al abrazo cordial cambiado entonces entre Mitre y Avellaneda, la voluntad persistente del último, secundada por la pericia militar de Roca, pudo, al año siguiente, resolver en definitiva el problema económico-social más importante de los que haya presentado la historia argentina: la conquista, para la civilización, de nuestras pampas féculdas y dilatadas. Y no penséis que exagero cuando afirmo que muchos de los éxitos de un gobernante pueden atribuirse, hasta cierto punto, a la acción moderadora, en lo interno, conciliadora y captadora de voluntades, en lo exterior, de una compañera como Carmen Nóbrega. Sarmiento, que, por desgracia suya, vióse privado de este género de influencias, lo que explica tal vez algunas de sus intemperancias y salidas de tono — como aquella resolución en que puso a precio la cabeza del

caudillo López Jordán, o la otra ocurrencia de tomar como blanco de tiro las paredes de un colegio nacional en construcción para probar la eficacia mortífera de las primeras ametralladoras llegadas al país, — Sarmiento, decimos, puede servir de ejemplo para ilustrar y apoyar la aseveración. Él mismo lo comprendía más de una vez, y, al experimentar el sensible vacío, buscaba la tibia atmósfera familiar del doctor Vélez Sarsfield, de don Manuel Ocampo o del hogar de su joven amigo, el doctor Avellaneda, siendo uno de los íntimos del saloncito de misia Carmen, hasta quien llegaban, así por esa visita como por las de otros clientes o admiradores del doctor Avellaneda, las salpicaduras y contragolpes de la política (1). Es fama que, cuando el presidente deseaba verse libre de alguna persona,

(1) La general despreocupación reinante entre nosotros para la guarda de papeles ha sido causa de que sólo se conserven tres cartas escritas a misia Carmen por el autor de *Facundo*. En cambio, existe en poder de la familia un ejemplar de esta obra, magníficamente encuadernado,

cortando, sin violencia, una entrevista que comenzaba a volverse pesada, sugería gentilmente a su interlocutor la idea de pasar al saloncito de Carmen; lo que, envolviendo una evidente atención, importaba sobre todo un ardid para desprenderse del importuno o del pegajoso. El hombre público sabía bien que podía girar sin limitación a cargo de la amabilidad y paciencia de su esposa, quien no limitaba su acción de defensa a una actitud meramente pasiva. Con su clarividencia de mujer inteligente, que lo que no lo comprende lo adivina, misia Carmen se adelanta a prevenir los deseos e intenciones del político. Busca y encuentra los medios adecuados de

que obsequió su autor a la señora de Avellaneda con la siguiente dedicatoria :

« *A Carmen de Avellaneda* : como el árbol, de puro viejo, no da ya fruta que valga, le envío una, en *conserva*, de su primera cosecha.

« Se recomienda por la caja que la contiene, aunque gustándola sepa a fruta mal sazónada, pero de buena estirpe.

« Fáltale el perfume de la vida ! Acéptelo como el retrato de joveu de su amigo *El autor*. »

atraerle simpatías y ganarle adeptos. Muchos se preguntaban con asombro cómo el presidente, en medio de las graves ocupaciones que lo absorbían, hallaba tiempo aun para dar bienvenidas, enviar obsequios de flores y hacer multitud de esas pequeñas atenciones que tanto halagan el amor propio de la gente. No sospechaban, por cierto, que la diligencia de misia Carmen estaba siempre de guardia, como un centinela avizor, para hacer *quedar bien* a su marido, y que éste, con la mayor frecuencia, se veía obligado a recibir, sin pestañear, el reconocimiento por finezas que, si podían serle agradecidas en el pensamiento, no merecían serlo en la ejecución.

IX

Conocemos ya el saloncito de misia Carmen, situado en el fondo del patio andaluz,

sirviendo de teatro a actividades políticas, bien distintas, sin duda, de las desarrolladas por misia Encarnación Ezcurra. Sin tomar cartas en el juego, como la mujer de Rosas, la de Avellaneda tampoco desdeñaba ocasión que se le presentase para acrecentar el prestigio y los partidarios de su esposo o servir con inteligencia sus designios. Bien lo comprendían aquellas personas que, por cualquier motivo, necesitaban acercarse al jefe del estado o formularle algún pedimento, y, temerosas de no ser oídas si lo efectuaban directamente, acudían, en primera instancia, al « despacho » de misia Carmen como a puerto seguro de salvación. Sólo dos casos citaremos en abono de lo dicho. En 1875, doña Juana Manuela Gorriti llegaba a Buenos Aires procedente de Lima, donde sus patéticas desventuras conyugales y su negra pobreza de emigrada habíanla compelido a pedir al magisterio el pan de los suyos y el propio sustento. Hija de un prócer de nuestra inde-

pendencia y con sus fuerzas casi agotadas para la lucha « la pobre peregrina », como se llamaba, venía a solicitar una pensión al gobierno de su país ; pero un óbice legal cerrábale el paso, el de su matrimonio. El momento elegido para la petición era además todo menos que propicio, pues, cuando se exhortaba por el jefe del estado, como algo absolutamente necesario ahorrar sobre el hambre y la sed de todos para servir con puntualidad nuestra deuda pública, no parecía oportuno impetrar subsidios que importaban favores excepcionales. ¿ Qué hacer en tal situación ? La ilustre escritora no vaciló un solo instante : expuso su caso a la señora del presidente quien lo tomó a su cargo con tanto empeño que, en el breve término de dos meses, el congreso concedía la pensión graciable y el presidente promulgaba la ley. La estimable tradicionista no olvidó, por cierto, el servicio recibido. Próxima ya a caer vencida por la vejez, escribe a su benefactora una

afectuosa esquila, y, para agradecer una atención de la amiga, envíale de regalo... ¿qué supondréis? ¿Flores, algún objeto de arte o de ornato, una obra de mano de labores femeninas? Nada de eso. Algo que, en su tacto finísimo de mujer superior, comprendía que iba a llegar más adentro en el alma de la señora: una reliquia piadosa de mérito. He aquí el otro caso. El cónsul francés en Buenos Aires, M. Dudemaine, vió una vez llegar hasta su oficina a una compatriota, viuda y con cinco hijos pequeños. Persona distinguida y con parientes en Francia que podían recogerla, pero destituída totalmente de recursos, solicitaba con apremio su inmediata repatriación. Careciendo de fondos para atender el pedido hallábase el cónsul perplejo y desconcertado, cuando, de pronto, un caballero allí presente, el doctor Emilio Daireaux, concibió y puso en práctica una idea salvadora:

Escribí — cuenta él mismo veinticinco años después del episodio — escribí a la señora de Avellaneda, que era entonces la señora presidenta, como decimos en Francia, y, al día siguiente recibí, bajo sobre, todos los pasajes necesarios, acompañados de estas palabras, en francés muy correcto, que valían más que nada, porque resumían todas las bondades de la que tan bien sabía prestar su socorro: « quédole agradecida por haberme proporcionado la oportunidad de realizar una buena acción ».

Así atendía misia Carmen los asuntos llevados a su « despacho » de presidenta. Veamos ahora cómo se expedía en los casos de conciencia que solían sometérsese. Consultada, en cierta ocasión, por un joven amigo suyo sobre la conveniencia de un enlace, que vacilaba llevar a cabo con una niña cuya madre hallábase separada de hecho de su esposo, la austera señora expresó su juicio desfavorable al casamiento, fundándolo en la siguiente alternativa: si la separación fué motivada por culpas de la esposa, triste y peligroso

ejemplo tiene en ella la hija para modelar su conducta ; si la desavenencia debióse a hechos del marido que no eran de carácter público y grave, poca paciencia y resignación demostró tener la señora para no tolerar y perdonar esas faltas, y, también, poca fe en sí misma, para no confiar en que, a la larga, pudiera enmendar a su marido ; triste y peligroso ejemplo es también el que ofrece a su hija en este segundo caso. Después de tomar el peso y desentrañar el sentido de este fallo, digno de una esposa cristiana con alma templada al diapasón de lo grande, nadie extrañará cierto juicio de monseñor Mattera sobre la personalidad moral de doña Carmen Nóbrega. Censuraba una vez el nuncio apostólico, en rueda de damas, los bailes de niños realizados con fines de caridad. « ¿ Y qué diría usted si supiera que la señora de Avellaneda ha mandado a sus hijas a un festival de esa clase ? » le interrumpió una de las señoras presentes, buscando desarzonarlo. « Que

7
June 21

Senor D. Luis Lopez

En papel triste
Como quien escri-
be, pero alegre
y lleno de los
mejores deseos
como lo mere-
ce a quien se
dirige. Va mi
felicitacion de dia
de San Luis
Ad. sabe que es

Siempre su amigo

Carmen M. Nóbrega



Para su

Luis Goyena

Autógrafo (reducido) de doña Carmen Nóbrega de Avellaneda

donde *donna* Carmen lleve a sus niñas estarán bien llevadas», replicó inmediatamente el representante de su santidad, en su media lengua ítalo-española, batiéndose en retirada.

X

Con el último año de la presidencia de su esposo llegaron para doña Carmen días difíciles y de prueba. La cuestión candente, y aún sin resolver, de la capital de la República volvería a tornar otra vez posible el choque de las dos fuerzas antagonistas del país, con motivo de la renovación de las autoridades nacionales. Grandes fueron, sin duda, la ansiedad y el dolor de la señora al ver acumularse en el oscuro horizonte las nubes precursoras de la tormenta formidable. Ella, que tanto y tan bien había trabajado en la aproximación amistosa del interior y Buenos Ai-

res, debió experimentar, en aquellos días, la misma sensación de infinito desaliento del que ve desplomarse, en el espacio de breves horas, la obra paciente de toda su vida ; algo así como la tristeza del arquitecto que asiste al derrumbe de su joya más preciada o el desconsuelo del artista que ve perecer entre las llamas de un incendio el fruto glorioso de su genio creador. Practicadas las elecciones del 11 de abril de 1880, y triunfante en ellas el candidato del interior, general Julio A. Roca, los episodios se precipitaron como al final de las tragedias. En vano el presidente hacía repetidos llamados a la concordia ; en vano se esforzaba en reconciliar a los argentinos, reuniéndolos, en la comunión de las glorias nacionales, al rededor de los restos repatriados de San Martín, o para rememorar el centenario de Rivadavia. Alzado por el gobernador el pendón revolucionario, resolvió el presidente abandonar la ciudad y concentrar el ejército en algún sitio próximo para abatir

la rebelión declarada. El día 2 de junio, por la tarde, salió, como habitualmente, de la casa de gobierno. Iba esa vez en compañía del ministro de justicia, culto e instrucción pública, doctor Miguel Goyena, y del joven don Pablo Egaña, cuyos movimientos habían perdido su elasticidad de costumbre en razón de llevar puestas, bajo su propio traje, varias prendas de vestir del doctor Avellaneda. El presidente y sus acompañantes subieron al coche particular del primero, y el fiel Victoriano, que lo conducía, cruzó serenamente las calles de la ciudad, alcanzó, al rato, los suburbios del Once, y, sorteando baches y pantanos, llegó, una hora después, a la puerta del cuartel del 1º de caballería, que se alojaba en la antigua Chacarita de los Colegiales, situada entonces en plena campaña, entre quintas de verduras, hornos para ladrillos y vetustos caseríos coloniales cercados por tunas y pitas espinosas.

— Coronel, — dijo el doctor Avellaneda, descendiendo del coche, al jefe del cuerpo que salió a recibirlo — el presidente de la República viene a pedirle a usted hospitalidad.

— Señor, — contestó sorprendido, pero resuelto, el bravo y caballeroso Manuel J. Campos — el presidente de la República no pide hospitalidad en ningún punto del territorio argentino, y mucho menos en uno de los cuarteles del ejército nacional. Puede V. E. dar sus órdenes, pues aquí estamos todos para cumplirlas.

- Las órdenes fueron dadas, y, días después, las autoridades de la Nación ejercían sus funciones constitucionales en el vecino pueblo veraniego de Belgrano, declarado al efecto su sede provisional. Doña Carmen, entre tanto, tomaba por su parte las medidas necesarias para compartir la suerte de su esposo, visitando, en persona el propio Belgrano, donde arrendó una casa para ella y los suyos. Conocido el hecho en la ciudad de Buenos Aires, algunos se propusieron impedir esa traslación, por creer que la permanencia

de la familia del presidente evitaría, en caso de lucha, el bombardeo de la plaza. Para hacer desistir a la señora de su idea, hízole una visita el doctor Manuel Quintana, quien reveló una vez más, en el desempeño de su cometido, su tacto exquisito de diplomático gentilhombre. Misia Carmen dejó que el distinguido jurisconsulto y hábil dialéctico explanara *in extenso* su persuasiva demostración, fundada en los peligros a que se exponía la señora, y, agotadas que fueron las municiones del embajador, se limitó a contestar estas sencillas palabras : « Nadie mejor que usted, doctor Quintana, sabe que el primer deber de la esposa es seguir a su marido donde quiera que vaya y correr a su lado los mismos peligros. »

Ya iban a ponerse en movimiento los coches en que se marchaba la señora con sus nueve pequeños hijos, cuando surgió de pronto un obstáculo inesperado. El marido del ama que daba el pecho al menor de los niños, gra-

tificado, sin duda, con ese objeto, por quien deseaba impedir la partida, se opuso rotundamente a la de su mujer, esperando, por ese medio, forzar a la madre a desistir del viaje. « Pues que quede el niño en la ciudad », fué la resolución de la señora. Y el niño y su nodriza, bajando del carruaje, fueron confiados en el acto a la guarda segura de doña Julia Nóbrega de Huergo, suerte de gemela siamesa de doña Carmen, en cuanto las dos hermanas porteñas — *par nobile sororum*, como las llamó su profesor de inglés Mr. Lewis — parecían unidas por las almas, como las otras lo estaban por los cuerpos, tanto era lo que se adoraban y servían entre sí no obstante hallarse situados, sus respectivos esposos, en los dos polos opuestos de la política.

¿ Cómo omitir en el catálogo de las influencias de doña Carmen Nóbrega sobre su compañero, las que emanaban de algunas de las grandes virtudes de la dama, como su caridad y su piedad ejemplares? ¿ La caridad de Misia Carmen Nóbrega? Poco es decir que ella fundó o dirigió como presidenta, numerosas asociaciones benéficas o que prodigó su auxilio a los menesterosos. Eso lo hacen muchos; eso hasta suele hacerse como *sport* o por snobismo y sin espíritu alguno de verdadera caridad. La de doña Carmen, como todos los actos de su vida, presentaba rasgos personales inconfundibles, a la vez delicados y superiores. « Me duele tu pecho », escribía a su hija en una de sus cartas famosas Madame de Sevigné. « Me duele el pecho de todas las criaturas humanas que sufren », habría podido de-

cir Misia Carmen, parodiando a la célebre escritora. Su sensibilidad para la desgracia o el dolor ajenos era, en efecto, tan grande, que su alma sentíase heridá y entraba en intensa vibración, no diremos ya ante los infortunios o sufrimientos graves y emocionantes, sino hasta en presencia de las más leves contrariedades o privaciones del prójimo. Ir en auxilio de una necesidad angustiosa o urgente, secar lágrimas arrancadas por los grandes dolores, es cosa común y casi natural, pero sentar a su mesa por vía de estímulo y patrocinio a jóvenes escritores en formación (1), o bien obsequiar el palco del teatro, antes que

(1) « A Carmen le gustaba convidarme a comer, para observar las irradiaciones de mi felicidad ante la substitución de mi mesa de hospital. » (EDUARDO WILDE, *El duelo de hoy*, artículo).

« Comí algunas veces en su mesa de familia presidida por la porteña ejemplar, de inteligencia y virtud proverbiales, a cuya influencia prudente y entrañable cariño — con algo de maternal — tanto debió su talentoso y enervado compañero. » (PAUL GROUSSAC, *Loò que pasaban* : Nicolás Avellaneda.)

a las amigas de viso social, a las que, por reveses de fortuna, se hallaban privadas de una diversión de que disfrutaban en tiempos más prósperos, eso no lo hacen sino las naturalezas delicadas, capaces de vivir, en imaginación, la existencia de los demás, complaciéndose en sus alegrías y experimentado hasta el ligero escozor de sus contrariedades. Dar, es igualmente cosa corriente y hasta vulgar; pero dar sin humillar, sin hacer sentir, llegando a hacer creer a la persona beneficiada que es más bien ella la que otorga el favor, eso no lo practican sino las almas de selección como la de doña Carmen Nóbrega. Bien lo sabía el buen cochero Victoriano, íntimo conocedor de los hábitos de su patrona, para la cual era un acto no raro hacer detener en plena calle el *coupé* que la conducía, e invitar a sentarse a su lado a señoras ancianas o achacosas, así le fueran del todo desconocidas, que seguían su mismo camino. Y esto, realizado con sencillez, sin afectación, sonriente y afa-

ble, o amistosa y cariñosa, según el caso, pero ocultando siempre, para no lastimar, el eco doloroso con que resonaba en su corazón cualquier molestia o sufrimiento ajenos. Todavía otro aspecto de su instinto caritativo. Así como existen personas que postulan siempre la maldad de los demás — tal vez porque ellos mismos la anidan e incuban en el fondo de sus almas pequeñas, — Misia Carmen, por la razón opuesta, presumía la honradez de los otros, salvo la prueba en contrario. Y esa manifestación de su espíritu benévolo tuvo a menudo este hermoso resultado: más de alguna víctima inocente, perseguida por el monstruo social de la maledicencia, que empezaba a hincarle su diente ponzoñoso, encontró, en la protección de doña Carmen, el seguro infalible de su buen nombre. La fiera renunciaba a una presa ya casi cierta así que la veía refugiada en el hogar de la austera matrona, tenido, por todo el mundo, a modo de un sagrado asilo inviolable.

Y con su canto de inefable aliento
Te despierte en la aurora la esperanza,

tal profetizaban los versos de Gutiérrez, y, con cronométrica regularidad, eso mismo ocurrió todos los días en vida de la diligente señora, que, al alba, hallábase ya en pie, pronta para emprender la cotidiana tarea, cuyo primer ejercicio era la imprescindible visita a Dios, el profundo recogimiento del alma sobre sí misma, la íntima comunión con el infinito. Con buen o mal tiempo, mucho antes de las seis poníase en camino del templo más próximo, donde oía la primera misa, entre las cocineras devotas que cumplían con ese deber antes de ir al mercado y algunas pocas señoras religiosas del barrio. Después de estar provista con un viático semejante y haberse tonificado el alma con un cordial tan reconstituyente, ¿quién puede sentirse débil para afrontar la diaria labor por ingrata o penosa que sea? ¿Cómo dudar que Misia Car-

men Nóbrega sacara del límpido surgente de energía moral de su fe religiosa, profundo e inagotable, la fortaleza con que soportó las pruebas terribles a que fué sometida, desde que, niña aún de corta edad, sintió su tierno corazón traspasado de puñales por el cruel sacrificio de su genitor, hasta su muerte estoica, bendiciendo a Dios, en medio de atroces suplicios? Y no imaginéis que ese oro finísimo de su religiosidad acendrada, de su unción casi mística se hallara mezclado con las impuras escorias del fanatismo o de la gazmoñería. Practicaba un catolicismo evangélico, que a nadie perseguía y todo se lo explicaba; que sabía comprender, respetar, y, en último caso, hasta perdonar. Por eso el biógrafo halla a veces en esa figura actitudes en apariencia contradictorias. Así, mientras de una parte escuda con su protección decisiva a las maestras normales traídas de los Estados Unidos para preparar profesoras argentinas, de otro lado inicia una campaña, coronada por el



La señora de Avellaneda a los 45 años de su edad

éxito, para substituir los guardianes y empleados masculinos de la cárcel y correccional de mujeres, por religiosas consagradas a esa misión, con visible ventaja para la reforma de las reclusas. Pero, ¿es que existe realmente verdadera oposición antinómica entre esos dos actos? ¿No denotan, por el contrario, la misma amplitud de un espíritu superior, la unidad perfecta de una conducta que coloca, por arriba de todas las creencias, la conciencia recta, la intención pura, la bondad, los valores morales, en una palabra? Y así eran, en efecto, la moral y la religión de Misia Carmen, cuya « inflexible dulzura » — para emplear la bella expresión que el crítico Villmain aplica al Papa Pío VII, — cuya inflexible dulzura no se mostraba intransigente sino con el vicio y la perversidad irreductibles. Modesta, con dignidad, poseyó además el arte difícil de hacerse perdonar sus distinciones, a lo que contribuyó sin duda no poco su moderación y recato de gran señora.

Respetaba cuidadosamente las convenciones sociales, más necesarias para la vida de lo que algunos imaginan, insinuando siempre a los suyos la utilidad de observarlas. « Serlo y parecerlo », era una de sus máximas predilectas, mostrándose en este punto más rígida aún que Madame de Lambert, para la cual « no es tan importante parecer honesto, como serlo, pues los que se despreocupan de la aprobación de los demás, y se cuidan solamente de aquello que la hace merecer, obtienen al fin ambas cosas ». Puestos en el caso de decidirnos entre una u otra de estas opiniones, la más elemental prudencia nos aconsejaría optar por la de Carmen Nóbrega.

XII

Tiempo es ya de que pongamos de lado los pinceles. Si después de lo anotado la ima-

gen de doña Carmen Nóbrega no vive y se sale del lienzo sonriéndonos dulcemente, culpa será de la impericia del retratista, que no mejoraría su obra con añadir otros rasgos a los ya acumulados. Alejándonos ahora un tanto de la tela y volviendo a contemplarla, vemos en ella destacada una simpática figura de gran dama argentina ; una severa y bondadosa matrona ; una mujer, fina y penetrante, culta y discreta en lo intelectual ; piadosa, caritativa y tolerante en lo moral ; amable y todo corazón en lo afectivo ; una señora, en fin, dotada de un carácter que aliaba la suavidad del terciopelo a una firmeza diamantina. Compenetrada, en un todo, con el estadista que fué su compañero, cooperó, en la obra de éste, en forma inapreciable, despejando de piedras la senda porque subía, aliviándole del peso fatigoso para la marcha, fortaleciendo su voluntad en los pasos difíciles, curando sus heridas con el bálsamo del cariño, tejiéndole coronas con los laureles conquistados en

la ascención. Que este tipo de mujer, moral, más que intelectualmente, fuerte, realizado en modo tan completo por doña Carmen Nóbrega, es eterno y necesario; que no puede extinguirse, sin que, al propio tiempo, la sociedad periclite y la civilización desaparezca o peligre, ocurresenos una verdad de evidencia, sin que esto implique negar, y mucho menos combatir, la creación de otros tipos distintos de mujer que tal vez ya están formándose. Sólo nos queda ahora un hecho que ratificar: el del reconocimiento, por el estadista, de la valiosa cooperación de su compañera. Algo hemos anticipado ya sobre este punto en aquel curioso diálogo entre el doctor Avellaneda y una tía suya tucumana que transcribimos al comenzar. Ese escrito, privado, por lo demás, es el único, que sepamos, en el cual el doctor Avellaneda hable de su esposa para loarla y enaltecerla. No debe extrañarnos este silencio. Un pudor natural veda la pública ostentación de ciertos senti-

mientos de familia, probados, más que con palabras, por medio de actos o tácitas manifestaciones de voluntad, como las llaman los juristas. Quien había sonreído ante los ingenuos piropos conyugales de aquel poeta colombiano, editado por Santiago Estrada, que continuaba siendo « todavía un buen novio aun después de haber sido marido », mal podía hacerse reo de la misma falta que criticaba. Nadie, en cambio, tan rendido como él con su esposa, que era una verdadera reina en su hogar, según testimonio unánime y público. Pero existe aún otro medio indirecto de patentizar esta *affectio maritalis*. El doctor Avellaneda ha hecho gala en sus escritos de una gran admiración y adoración por *la mujer*, desarrollada, a todas luces, si no nacida en él, mediante el trato íntimo con *su mujer*. El ilustre escritor nos ha descubierto así más de una vez todo el tesoro afectivo que guardaba a su esposa en lo profundo de su alma, volcándolo, ya en algún desahogo literario, ya

en el álbum de tal o cual dama amiga o simplemente conocida. ¿Por quién podían ser inspiradas y a quién podían ser dirigidas, que no fuera su dulce y abnegada compañera, expresiones tan castamente tiernas y tan impregnadas de un puro y santo cariño, como las siguientes?

He soñado con la Beatriz desconocida, y he creído un día besar sobre una frente de mujer la pureza ideal de su alma!...

La mujer, ángel de castos favores, debe refrescar bajo sus alas esas frentes calenturientas y soñadoras...

Prefiero, a los bienes con que se embriaga el orgullo del soldado y del rey, la sombra que haces sobre mi libro cuando tu frente se inclina sobre mí.

Dios puso al cielo muy lejos y a la mujer muy cerca y supo bien lo que hizo. Déjame mirar en tus ojos y en tu alma. Cuando tu corazón levanta sus castos velos, se muestra tan lleno de estrellas como el cielo.

El don supremo es la ternura del corazón, y

una sola palabra de cariño puede variar para alguno la dureza de su destino.

En el sublime poema dantesco, el excelso poeta, cercano ya al término de su viaje, vuelve los ojos hacia la divina Beatriz, deidad inspiradora de su elevación espiritual, y agradece la obra cumplida por su Dama en un elocuente apóstrofe en que pone todo el fervor de la plegaria. Cuando se ausculta el corazón de Avellaneda y se mide su afecto por Carmen Nóbrega — obligada, ella también, a bajar en ayuda de su esposo al infierno de la política, — se hace imposible dejar de creer que en las ocasiones supremas de la vida el gran orador y estadista ha debido elevar a su compañera, desde el fondo de su alma nobilísima, expresiones de gratitud iguales o parecidas a las de estos tercetos inmortales:

O Donna, in cui la mia speranza vige,
E che soffristi per la mia salute
In inferno lasciar le tue vestige ;

Di tante cose, quante io ho vedute,
Dal tuo poter e dalla tua bontate
Riconosco la grazia e la virtute.

¡Oh mujer, en quien vive mi esperanza, y
que, por acrecentar mis propios dones, sufris-
te dejar tu huella en el infierno: cuanto he
visto y llegado a ser débolo al poderío y a la
gracia de tu grandeza y de tu bondad!

APÉNDICE

El salón de Avellaneda

Buenos Aires, 3 de octubre de 1922.

Señor doctor Antonio Dellepiane.

Apreciable señor :

Con vivísima impaciencia esperaba yo, días pasados, *La Nación* para saborear, como se paladea una golosina delicada, sus sabrosas conferencias sobre *Carmen Nóbrega y su tiempo*, que es o más bien que fué también el mío. Y digo que fué, porque las pocas amigas de Carmen, aún de este mundo, como Aurelia Vélez, Delfina Mitre de Drago, Teresa Pizarro, Dolores Lavalle de Lavalle, Clotilde Barra de Moujan, Joaquina Arana de Torres y alguna otra, estamos ya fuera de lo actual y nos sobrevivimos. ¡Qué gratas emociones ha tenido usted la buena ocurrencia de

proporcionarnos, al evocar, con tanto relieve y colorido, figuras y escenas de otros tiempos que se enlazan a nuestra propia vida y forman íntima parte de ella ! Pensando que usted publicará después en un libro su hermoso trabajo, me he dicho si no sería el caso de volverlo aún más instructivo e interesante, agregando una lista, aunque no fuera del todo completa, de los amigos íntimos de la casa y de los concurrentes habituales a los lunes de Avellaneda. En esta persuasión me puse a repasar mis recuerdos y ayudada un poco por ellos y otro poco por alguna contemporánea, he conseguido reunir los apuntes que encontrará usted al pie de la presente.

La saluda con toda atención y estima.

Una cronista social improvisada.

Habituales de los lunes. — Remedios Oromí de Acosta, Micaela Cascallares de Paz, Cipriana Lahitte de Sáenz Peña, Carolina Senillosa de Harilaos, Clara Funes de Roca, Encarnación Ormachea de Pardo, Felisa Ocampo de Carabassa, Emilia Paz de Aguirre, Manuela Leal de Elizalde, Clara Horne de Maschwitz, Carolina Lagos

de Pellegrini, Mercedes Z. de Iriondo, Isaac M. de Boneo, María Luisa M. de Ledesma, Ventura Muñoz de Wilde, Paula Arditi de Rocha, Justina S. de Leguizamón, Carmen Tomkinson de Irigoyen, Manuela Navarro de Pacheco, María Antonia Beláustegui de Cazón, Domitila González de Cazón, Cesárea Frías de Fernández Blanco, Rosa Viale de Devoto, Manuela Argerich de Viale, Tomasa Biedma de Estrada, Josefa Callejas de Quintana, Mercedes Quintana de Quintana, Cirila Suárez de Perdriel, Manuela Suárez de Figueroa, Elena Esteves de Estrada, Arminda Zelis de Arana, María Luisa Zelis de Estrada, Monserrat Agrelo de de la Riestra, Mauricia Iraola, Antonia Iraola de Pereyra, Mercedes Aguirre de Anchorena, Matilde Martínez de Lamarca, Matilde Stegmann de Martínez de Hoz, Justina R. de Álvarez, Carmen Vargas de Blancas, Josefa Aguirre de Vassilicós, Ana Bello de Cárdenas, Virginia Alvear de Tomkinson, Carmen Olascoaga de Irigoyen, Astermia Iriondo de Pizarro, Florinda Torres de Hernández, Carolina Torres de Moreno, Emilia Chopitea de Senillosa, Florinda F. de Penard, etc.

Señoritas: Alcira, Adriana y Sofía Velázquez,

María Fragueiro, Juana y Martina Baudrix, Rosa y Mercedes Ocampo, Elena Sáenz Peña, Mercedes Demaría, Edelmira Agrelo, Alcira y Adela Ocampo, etc.

Señores: ministros extranjeros, senadores y diputados, Domingo Frías, Ricardo y José María Gutiérrez, Dardo Rocha, José Inocencio Arias, Manuel Augusto Montes de Oca, Santiago Larrosa, Manuel Zavaleta, Benjamín Zorrilla, Rafael Pereyra, Ramón, Alejo y Justiniano Ledesma, Eduardo Racedo, Álvaro Barros, Santiago Estrada, Manuel Arauz, comodoro y vice almirante Cordero, Carlos y Lucio Mansilla, Vicente Ocampo, Diógenes Urquiza, Carlos Saguier, Sixto Villegas, Manuel Romero, Alfredo Cosson, Calixto Moujan, José María Torres, Pastor S. Obligado, Santiago Cortínez, Juan Dillon, Martín Miguens, León Walls, Teófilo García, Mr. Mullhall, Ernesto Pellegrini, Mr. Lewis, Leonardo Pereyra, Carlos Casares, Martín Iraola, etc.

Del salón íntimo. — Carmen Miguens de Bosch, Carmela Miguens de Montes de Oca, Juliana Miguens de Rocha, Margarita Miguens de Martins, Dionisia Miguens de Galup, Juana Stegmann de Martínez de Hoz, Cesarea Frías de Fernández

Blanco, Elena Gowland de Hoevel, Teresa Pizarro, Dolores Pizarro de Olivera, Pastora Cárdenas de Gramajo, Valeria Cueto de Cárdenas, Ignacia Gómez de Cáneva, Catalina A. de Doynel, Josefa Martínez de Hoz de Casares, Matilde Stegmann de Martínez de Hoz, Hercilia Otamendi de Pinto, Nicolasa P. de Serantes, Rufina A. de Cambacèrés, Rosario Arocena de Ledesma, Petrona R. Arana de Demaría, Isabel Armstrong de Elortondo, Luisa Bonorino de Miguens, etc.



ÍNDICE

Proemio.....	5
Una patricia de antaño : María Sánchez de Mendeville.....	15
Apéndice :	
I. El valor histórico de las tradiciones.....	141
II. Juicio de disenso promovido por el alférez de fragata de la real armada, don Martín Jacobo Thompson	147
La compañera de un estadísta : Carmen Nóbrega de Avellaneda	177
Apéndice :	
El salón de Avellaneda	265

ILUSTRACIONES

Facsímile de la carta poder, escrita a lápiz, de María Sánchez a Martín Thompson para iniciar el juicio de disenso.....	26-27
Retrato al óleo de María Sánchez de Mendeville en 1845, por Rugendas.....	36-37

Facsímile de un billete de la señora de Mendeville a Echeverría.....	92-93
Daguerreotipo de la señora de Mendeville.....	114-115
Carmen Nóbrega de Avellaneda a los 25 años de su edad.....	184-185
Autógrafo (reducido) de doña Carmen Nóbrega de Avellaneda.....	244-245
La señora de Avellaneda a los 45 años de su edad.....	256-257



